



**Badenheim 1939**  
**AHARON APPELFELD**

**Prólogo de Philip Roth**

**Lectulandia**

Badenheim 1939, es un breve relato que cuenta cómo comienza la segregación y el planeamiento del progrom judío en un pequeño pueblo. Una diminuta localidad integrada y sin problemas de racismo ni separatismo previos.

Esa política irracional y la tranquilidad con que los judíos la aceptaron son resaltadas en su absurdo junto a una galería de personajes increíbles y dentro de un ambiente surrealista.

Appelfeld sólo se concentra en la inocencia con la cual los habitantes del pueblo aceptaron inscribirse en un padrón judío para ser llevados —ellos suponían— a Polonia, pero cándida y mansamente se deja llevar a la muerte.

Lectulandia

Aharon Appelfeld

# Badenheim 1939

ePub r1.1

Titivillus 08.01.15

Título original: *Badenheim 1939*  
Aharon Appelfeld, 1980  
Traducción: Raquel García Lozano  
Ilustraciones: Meir Appelfeld  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Prólogo

## Conversación en Jerusalén con Aharon Appelfeld

por Philip Roth (1988)

*Traducción del inglés por Ramón Buenaventura*

Aharon Appelfeld vive unos cuantos kilómetros al oeste de Jerusalén, en un laberíntico conglomerado de casas de piedra, cerca de un «centro de absorción» donde se acoge temporalmente a los inmigrantes, se les imparte enseñanza y se les prepara para la vida en la nueva sociedad. La ardua trayectoria que dio con Appelfeld en las playas de Tel Aviv, en 1946, a sus catorce años, parece haber generado en él una insaciable fascinación con todas las almas desarraigadas; y, en la tienda de comestibles donde hacen sus compras tanto él como los residentes del centro de acogida, no es raro que Aharon entable conversación, de modo improvisado, con algún judío etíope, o ruso, o rumano, que aún va vestido para el clima del país al que nunca regresará.

El salón de la vivienda de dos alturas está amueblado con sencillez: sillas cómodas, libros en tres idiomas en las estanterías y, en las paredes, los impresionantes dibujos adolescentes del hijo de Appelfeld, Meir, que ahora tiene veintiún años y que lleva estudiando en Londres desde que concluyó el servicio militar. Yitzak, de dieciocho años, acaba de terminar en el instituto y está cumpliendo el primero de sus tres años de servicio militar obligatorio. En casa sigue Batya, una chica de doce años, muy despierta y con el pelo oscuro y los ojos azules de su madre, la juvenil y simpática esposa de Appelfeld, judía argentina. Los Appelfeld parecen haber formado el hogar más tranquilo y armonioso a que cualquier niño puede aspirar como ambiente en que criarse. En los cuatro años que ya dura nuestra amistad, creo que nunca he visitado a Aharon en su casa de Mevasseret Zion sin recordar que su niñez —fugitivo de un campo de trabajo nazi, teniendo que valerse por sí mismo en los más primitivos parajes de Ucrania— pone un muy siniestro contrapunto a su ideal doméstico.

Una fotografía que he visto de Aharon Appelfeld, un antiguo retrato tomado en Chernovtsy, Bukovina, en 1938, cuando tenía seis años y que trajeron a Palestina unos familiares suyos supervivientes de la matanza, nos muestra a un niño burgués delicadamente refinado, muy despierto, a horcajadas de un caballito de madera y luciendo un estupendo traje de marinero. Es imposible imaginar que ese mismo niño, veinticuatro meses más tarde, habría de enfrentarse a la exigencia de sobrevivir durante años en los bosques, acosado y sin la ayuda de sus padres. Su aguda inteligencia está, desde luego, en la foto, pero ¿dónde la robusta astucia, el instinto

ferino, la tenacidad biológica que hace falta para soportar tan terrible aventura?

Ese muchacho ocultaba tantas cosas como ahora oculta el escritor en que se ha convertido. Aharon tiene cincuenta y cinco años, es de baja estatura, lleva gafas y es un hombre compacto, con un rostro perfectamente redondo y un cráneo perfectamente pelado, con el aspecto entre juguetón y serio de un hechicero benigno. Poco trabajo le costaría hacerse pasar por un mago de esos que divierten a los niños en las fiestas de cumpleaños, sacándose palomas del sombrero. Resulta más fácil asociar su aspecto suavemente afable y bondadoso con ese oficio que con la responsabilidad a que parece irremisiblemente abocado: la de dar cuenta, en una serie de relatos tan portentosos como difíciles de captar en todo su alcance, de la desaparición de Europa —mientras él engañaba a los campesinos y buscaba comida por los bosques— de la práctica totalidad de los judíos del continente, entre ellos sus propios padres.

Su materia literaria no es, sin embargo, el Holocausto, ni siquiera la persecución de los judíos. Ni, a mi modo de ver, es narrativa judía lo que él escribe, ni, ya que estamos, israelí. Tampoco, dada su condición de ciudadano judío de un Estado compuesto en su mayor parte de inmigrantes, es la suya una narrativa de exilio. Y, a pesar de que muchas de sus novelas están ambientadas en Europa y tienen ecos de Kafka, sus libros, escritos en hebreo, no son narrativa europea. De hecho, todo lo que Appelfeld *no es* nos arroja la suma de lo que *es*, a saber: un escritor desplazado, deportado, desposeído y desarraigado. Appelfeld es un escritor desplazado que escribe una narrativa desplazada, que ha hecho del desplazamiento y la desorientación su tema más exclusivamente propio. Su sensibilidad —marcada, casi desde la cuna por el solitario vagabundaje de un burguesito por unos parajes que no presagiaban nada bueno— parece haber generado espontáneamente un estilo que evita la concreción, un estilo de desarrollo atemporal y giros narrativos frustrados, que viene a ser una extraña realización de la mentalidad desplazada puesta en prosa. Tan única como el tema es la voz que se origina en una conciencia herida, concertada en algún punto con la amnesia y con la memoria, que sitúa el relato a mitad de camino entre la parábola y la historia.

Desde que nos conocimos, en 1984, Aharon y yo hemos hablado largo y tendido, las más de las veces mientras paseábamos por las calles de Londres, Nueva York y Jerusalén. Al cabo de estos años, pienso de él que es un contador de anécdotas inclinado al oráculo y un mago encantador folclorista, pero también un opinador lacónico e ingenioso y un obsesivo diseccionador de la mente judía —sus aversiones, sus ilusiones falsas, sus recuerdos, sus manías—. Y, sin embargo, como suele ocurrir entre escritores, nunca, durante nuestras peripatéticas charlas, llegamos a tocar de veras el trabajo del otro. Es decir: no hasta el mes pasado, cuando viajé a Jerusalén, para hablar con él de los seis de sus quince libros publicados hasta ahora en inglés.

Tras la primera tarde juntos, nos desembarazamos de un magnetófono entremetido y, tomando yo algunas notas de pasada, nos dedicamos a charlar como

siempre habíamos hecho, paseando por las calles o sentados en algún café donde nos diera por descansar un rato. Al final, cuando ya no quedaba nada que decir, o eso parecía, nos pusimos juntos al trabajo y resumimos por escrito —yo en inglés, él en hebreo— lo principal de nuestro intercambio. Jeffrey Green tradujo al inglés las respuestas de Aharon a mis preguntas.

ROTH: En tu narrativa hay ecos de dos escritores centroeuropeos de la generación anterior: primero, de Bruno Schulz, judío polaco que escribía en polaco y a quien mataron los nazis a tiros, a la edad de cincuenta años, en Drohobycz, ciudad galitziana de gran población judía en cuyo instituto de enseñanza superior daba clases y en la cual residía con su familia; luego, de Franz Kafka, judío de Praga que escribía en alemán y que también, como dice Max Brod, «vivió hechizado por el entorno familiar» durante la mayor parte de sus cuarenta y un años de existencia. Tú naciste a ochocientos kilómetros al este de Praga y doscientos kilómetros al sureste de Drohobycz, en Chernovtsy. En tu familia —próspera, altamente integrada, de habla alemana— se observan ciertas similitudes sociales y culturales con la de Kafka; y, al igual que Schulz, tú, junto con tu familia, padeciste personalmente el horror nazi. La afinidad que más me interesa, sin embargo, no es biográfica, sino literaria; y capto signos de ella, aquí y allá, en toda tu obra, pero la veo con especial claridad en *The Age of Wonders*<sup>[1]</sup>. La escena inicial, por ejemplo, donde se nos pinta a una madre y a su adorable hijo de doce años disfrutando de un viaje en tren, de regreso a casa, tras unas idílicas vacaciones estivales, me recuerda escenas iniciales de los relatos de Schulz. Y solo unas páginas más adelante, hay una sorpresa kafkiana, cuando el tren se detiene inesperadamente junto a un viejo y oscuro aserradero y las fuerzas de seguridad solicitan que «todos los pasajeros austríacos que no sean cristianos de nacimiento» lo hagan constar así en la oficina del aserradero. Me viene a la cabeza *El proceso* —también *El castillo*—, donde al principio hay una ambigua amenaza contra la situación legal del protagonista. Dime, pues, ¿qué importancia concedes tú a Schulz y a Kafka en el funcionamiento de tu imaginación?

APPELFELD: Descubrí a Kafka aquí en Israel, durante los años cincuenta, y lo sentí muy cercano, como escritor, desde el primer contacto. Me hablaba en mi lengua materna, el alemán —no el alemán de los alemanes, sino el alemán del imperio austro-húngaro, de Viena, de Praga, de Chernovtsy, con su tono especial, que, por cierto, los judíos pusieron gran empeño en crear.

Para sorpresa mía, no solo me hablaba en mi lengua materna, sino también en otra que yo conocía íntimamente, es decir la lengua del absurdo. Sabía muy bien de qué me estaba hablando. Para mí no era ninguna lengua secreta, y no me hacían falta explicaciones. Yo llegaba de los campos de exterminio y de los bosques, de un mundo que incorporaba el absurdo, y nada en este mundo me resultaba ajeno. Lo sorprendente era esto: ¿cómo podía un hombre que nunca había estado en ese mundo conocerlo con tan minucioso detalle?

Siguieron otros descubrimientos sorprendentes: la maravilla de su estilo objetivo, su preferencia por la acción en vez de la interpretación, su claridad y precisión, su amplia y abarcadora visión, cargada de humor e ironía. Y, por si todo ello no bastaba, otro descubrimiento me hizo ver que tras aquella máscara de no ser de ningún sitio ni tener ningún hogar, en su obra aparecía el hombre judío, como yo, de una familia solo integrada a medias, cuyos valores judíos habían perdido su contenido y cuyo espacio interior era de una angustiosa esterilidad.

Lo maravilloso era que aquella esterilidad no lo hubiera conducido a la negación o al odio de sí mismo, sino a una especie de tensa curiosidad por todos los fenómenos judíos, especialmente de los judíos del este de Europa, la lengua yiddish, el teatro yiddish, el hasidismo<sup>[2]</sup>, el sionismo e incluso el ideal de trasladarse al Mandato Palestino. Este es el Kafka de los diarios, no menos apasionantes que su obra. Descubrí una muestra palpable del compromiso judío de Kafka en su caligrafía hebrea, porque había estudiado hebreo y lo conocía. Su caligrafía es clara y también asombrosamente bella, se ve que está trazada con tanto esfuerzo y concentración como su caligrafía alemana; pero en la hebrea hay un aura adicional de amor por la letra aislada.

Kafka no me reveló solamente el mapa del mundo absurdo, sino también los encantos de su arte, que yo necesitaba por mi condición de judío integrado. Los cincuenta fueron para mí años de investigación, y las obras de Kafka arrojaron luz sobre el camino que yo trataba de alumbrar por mis propios medios. Kafka emerge de un mundo interior e intenta encontrar el modo de atrapar la realidad; yo venía de un mundo de realidad detallada y empírica, los campos de exterminio y los bosques. Mi mundo real estaba muy por encima de la imaginación, y mi tarea en cuanto artista no consistía en dar desarrollo a mi imaginación, sino en contenerla, lo cual ya entonces me pareció imposible, porque todo era tan increíble que incluso mi propia persona me parecía un personaje de ficción.

Al principio traté de huir de mí mismo y de mis recuerdos, vivir una vida que no me perteneciera y escribir sobre una vida que no me perteneciera. Pero un sentimiento oculto me decía que no tenía derecho a liberarme de mí mismo y que si negaba la experiencia de mi niñez en el Holocausto me convertiría en un tullido espiritual. Hasta cumplir los treinta años no me sentí libre para ocuparme, en cuanto artista, de esas experiencias.

Lamentablemente, accedí a la obra de Bruno Schulz con años de retraso, cuando mis planteamientos literarios ya estaban muy hechos. Me sentí y me sigo sintiendo muy afín a su obra, pero no con la misma afinidad que en el caso de Kafka.

ROTH: Entre tus seis libros traducidos por ahora al inglés, *The Age of Wonders* es el que posee unos antecedentes históricos más claramente identificables. El padre, que es al mismo tiempo quien escribe el relato, es admirador de Kafka; además, el padre, según se nos dice, participa en un debate intelectual sobre Martin Buber; también se pone en nuestro conocimiento que es amigo de Stefan Zweig. Pero esta

concreción, aunque no vaya mucho más allá de unas cuantas referencias al mundo exterior, no es corriente en los libros tuyos que he leído. A tus judíos se les vienen encima las desgracias del mismo modo en que los insoportables suplicios se les vienen encima a las víctimas de Kafka: inexplicablemente, sin origen conocido, en una sociedad que, aparentemente, no tiene historia ni política. «¿Qué quieren de nosotros?», pregunta un judío en *Badenheim 1939*, tras haberse apuntado como judío en, mire usted por dónde, el Departamento de Sanidad de Badenheim. «Es difícil de comprender», contesta otro judío.

Del sector público no llega ningún dato que pueda servir de advertencia a una víctima de Appelfeld, ni tampoco se presenta la inminente condena como parte de una catástrofe europea. El encuadre histórico ha de suministrarlo el lector, quien comprende, de un modo en que las víctimas no pueden comprenderla, la magnitud del mal en que están envueltas. Tu reticencia al desempeño de historiador, unida a la perspectiva histórica del lector informado, explica el peculiar impacto que tu obra posee, el poder que emana de estas historias contadas con unos medios tan modestos. Por otra parte, al deshistorizar los acontecimientos y emborronar los antecedentes, probablemente te aproximas a la desorientación experimentada por quienes ignoraban hallarse al borde de un cataclismo.

Se me ocurre que el punto de vista de los adultos en narrativa se parece en sus limitaciones al punto de vista de un niño, que no dispone de calendario histórico en que insertar los acontecimientos, según suceden, ni posee los medios intelectuales necesarios para penetrar en su significado. Me pregunto si tu propia conciencia de niño el borde del Holocausto no hallará reflejo en la sencillez con que el horror inminente se percibe en tus novelas.

APPELFELD: Tienes razón. En *Badenheim 1939* ignoré por completo la explicación histórica. Di por sentado que los hechos históricos eran conocidos de los lectores y que estos pondrían de su parte lo que faltaba. También estás en lo cierto, me parece a mí, al suponer que en mi descripción de la segunda guerra mundial hay algo de visión infantil, pero no estoy muy seguro de que la condición ahistórica de *Badenheim 1939* tome origen en esa visión infantil preservada en mi interior. Las explicaciones históricas me vienen siendo ajenas desde que adquirí la noción de mí mismo como artista. Y la experiencia judía de la segunda guerra mundial no fue «histórica». Entramos en contacto con unas fuerzas arcaicas, míticas, con una especie de oscuro subconsciente cuyo significado no conocíamos, y seguimos sin conocer ahora. Este mundo presenta un aspecto racional (con trenes, horarios de salida, estaciones y maquinistas), pero el hecho es que se trataba de viajes de la imaginación, mentiras y artimañas, que solo unos impulsos muy profundos y muy irracionales podían haber inventado. No comprendí entonces, ni comprendo ahora, el motivo de la matanza.

Fui víctima, y a las víctimas trato de comprender. Es un amplio y complicado espacio de la vida el que llevo tratando de asimilar desde hace ya más de treinta años.

No he idealizado a las víctimas. No creo que en *Badenheim 1939* haya tampoco ninguna idealización. Por cierto que Badenheim es un sitio más bien real, y Europa entera estaba llena de balnearios parecidos, terriblemente pequeñoburgueses e idiotas en sus formalidades. Ni siquiera al niño que yo era entonces se le escapaba lo ridículos que eran.

Aún hoy en día se sigue aceptando, en general, que los judíos somos gente hábil y refinada, que tiene acumulada toda la sabiduría del mundo. Pero ¿no es fascinante observar la facilidad con que nos engañaron? Utilizando unos trucos sencillísimos, casi infantiles, nos juntaron en guetos, nos mataron de hambre durante meses, nos sostuvieron a base de falsas esperanzas y al final nos enviaron a la muerte por vía férrea. Tuve muy presente esta candidez durante todo el tiempo que duró la redacción de *Badenheim*. En ella descubrí una especie de destilado o síntesis de la humanidad. La ceguera, la sordera de los judíos, su obsesiva preocupación por ellos mismos, son partes integrales de su candidez. Los ejecutores eran gente práctica, y sabían lo que querían. El cándido es siempre un *shlemazl*<sup>[3]</sup>, un payaso víctima de la desgracia, que nunca percibe las señales de peligro, que se lía, que se confunde, que acaba cayendo en la trampa. Estas debilidades me cautivaron. Me enamoré de ellas. Resultó que el mito de que los judíos controlaban el mundo con sus maquinaciones era un poco exagerado.

ROTH: De todos tus libros traducidos al inglés, donde se describen la realidad más dura y los más extremados padecimientos es en *Tzili*. *Tzili*, una niña sencilla, de familia judía pobre, se queda sola cuando su familia huye de la invasión nazi. La novela cuenta sus horrendas aventuras de supervivencia y su atroz soledad entre los brutales campesinos para quienes trabaja. Es un libro en el que no puedo dejar de ver una especie de contrapunto al *Pájaro pintado* de Jerzy Kosinski. Aunque es menos grotesco, *Tzili* nos presenta a una criatura asustada en un mundo todavía más inhóspito y más yermo que el de Kosinski, una criatura aislada que se desplaza por un paisaje tan incompatible con la vida humana como cualquiera de los que vemos en el *Molloy* de Beckett.

De pequeño, a los nueve años, tú también anduviste errante por ahí, igual que *Tzili*, tras fugarte del campo de concentración. Llevo tiempo preguntándome por qué, cuando utilizas literariamente tu propia vida en un lugar desconocido, oculto entre campesinos hostiles, tomas la decisión de convertir en chica al sobreviviente de una terrible prueba. ¿No se te pasó por la cabeza *no* ficcionalizar este material, sino representar tus experiencias tal como las recuerdas, para escribir un relato directo de sobreviviente, al modo de Primo Levi cuando nos cuenta su encierro en Auschwitz?

APPELFELD: Nunca he escrito las cosas tal como sucedieron. Por supuesto que todas mis obras son capítulos de mi más personal experiencia, pero no son, sin embargo, «la historia de mi vida». Las cosas que me han pasado en la vida ya han pasado, ya están moldeadas, y el tiempo las ha amasado para darles forma. Escribir las cosas tal como sucedieron equivale a hacerse esclavo de la memoria, la cual no

constituye sino un elemento secundario del proceso creativo. A mi modo de ver, crear equivale a ordenar, a clasificar y a elegir las palabras y el ritmo más adecuados para la obra. Los materiales, en efecto, están tomados de la propia vida, pero, en última instancia, lo creado es una criatura independiente.

Varias veces intenté escribir lo que fue la «historia de mi vida» en los bosques, inmediatamente después de mi fuga del campo de concentración. Quería ser fiel a la realidad y a lo que en verdad sucedió. Pero la crónica resultante no pasó de mero andamiaje, no muy robusto. El conjunto era más bien mezquino, una especie de cuento imaginario poco convincente. Las cosas más auténticas son facilísimas de falsificar.

La realidad, como bien sabes, siempre es más fuerte que la imaginación humana. No solo eso; es que, además, la realidad puede permitirse el lujo de ser increíble, inexplicable, de situarse fuera de toda proporción. Para gran dolor de mi corazón, la obra creada no puede permitirse las mismas libertades.

La realidad del Holocausto superó toda imaginación. Si me atuviera a los hechos, nadie me creería. Pero al elegir a una niña, algo mayor de lo que yo era en el momento de los hechos, arrebaté la «historia de mi vida» de las poderosas garras de la memoria, poniéndola en manos del laboratorio creativo. Dentro de este, la memoria no es el propietario único. En el laboratorio se hace imprescindible la explicación causal, la ilación entre todos los acontecimientos. Lo excepcional solo es permisible si se integra en la estructura total y contribuye a su comprensión. De la «historia de mi vida» tuve que ir retirando las partes increíbles, para obtener una versión más verosímil. Escribí *Tzili* cuando andaba por los cuarenta años. En aquella época estaba interesado en las posibilidades artísticas de la candidez. ¿Puede darse la candidez en el arte moderno? Pensaba yo entonces que sin la candidez aún presente en los niños y en los viejos, y en todos nosotros, hasta cierto punto, a toda obra de arte le faltaría algo. Traté de corregir la falla. Dios sabe si lo conseguí.

ROTH: Se ha dicho que *Badenheim 1939* tiene algo de fábula, de sueño, de pesadilla, etcétera. Ninguna de estas descripciones hace el libro menos enojoso para mí. Al lector se le pide —muy explícitamente— que comprenda que la transformación de un placentero establecimiento austriaco, frecuentado por los judíos, en un sitio tan siniestro como una estación de «reubicación» de judíos con destino a Polonia, es un proceso en cierto modo análogo a los acontecimientos precursores del Holocausto hitleriano. Al mismo tiempo, tu visión de *Badenheim* y de sus moradores judíos es casi impulsivamente grotesca e indiferente a los requerimientos de la causalidad. No es que vaya surgiendo una situación amenazadora sin previo aviso ni lógica, como tantas veces ocurre en la vida, sino que tú mantienes al respecto una especie de laconismo tan extremado, que llega a ser de una indescifrabilidad frustrante. ¿Te importaría solventar estas dificultades mías ante una novela que, por otra parte, es tu obra más conocida en Estados Unidos y, desde luego, la más apreciada? ¿Qué relación existe entre el mundo ficticio de *Badenheim* y

la realidad histórica?

APPELFELD: En *Badenheim* 1939 subyacen recuerdos infantiles muy nítidamente preservados. Nosotros, como todas las familias pequeñoburguesas, nos instalábamos todos los veranos en alguna localidad de veraneo. Cada año buscábamos un sitio tranquilo, donde la gente no anduviera cotilleando por los pasillos, ni confesándose por los rincones, ni metiéndose en lo que no le importaba, ni, por supuesto, hablara yiddish. Pero todos los años, sin falta, como si alguien se empeñara en mortificarnos, acabábamos rodeados de judíos, lo cual dejaba a mis padres con muy mal sabor de boca, y les producía no poca irritación.

Muchos años después del Holocausto, cuando me puse a reconstruir mi niñez de antes del Holocausto, vi que estas localidades de veraneo ocupaban un puesto muy especial en mi memoria. Muchos rostros y muchas agitaciones corporales volvieron a la vida. Resultó que lo grotesco estaba grabado nada menos que en lo trágico. En *Badenheim*, la gente se reunía para pasear por los bosques y para compartir muy elaborados platos; para charlar y para confesarse unos a otros. La gente se permitía no solo vestir de modo extravagante, sino también hablar con libertad, incurriendo a veces incluso en lo pintoresco. De vez en cuando había un marido que perdía a su esposa amante y resonaba un disparo en la noche, una punzante señal de desengaño amoroso. Por supuesto que desde el punto de vista artístico habría podido recomponer esos preciosos fragmentos de vida para que se sostuvieran por sí solos en pie. Pero ¿qué podía hacer? Cada vez que intentaba rememorar aquellos pueblos de veraneo, veía los trenes y los campos de concentración, y mis recónditos recuerdos infantiles quedaban tiznados de carbonilla.

El hado fatal se ocultaba ya en el interior de aquellas personas, como una enfermedad mortal. Los judíos asimilados se construyeron una plataforma de valores humanos y desde lo alto de ella contemplaban el mundo. Estaban convencidos de no ser ya judíos y de que nada que fuera de aplicación a los judíos podía aplicárseles a ellos. Tan extraña confianza los convirtió en criaturas ciegas o medio ciegas. Siempre he sentido cariño por los judíos asimilados, porque era en ellos donde el carácter judío, y quizá también el destino de los judíos, se concentraban con mayor fuerza.

En *Badenheim* traté de combinar las visiones de mi infancia con las visiones del Holocausto. Me sentía en la obligación de ser fiel a ambas. En otras palabras: no debía hermohear a las víctimas, sino pintarlas con todo detalle, sin adornos; pero, al mismo tiempo, debía poner de manifiesto el destino fatal que en ellas se ocultaba, aunque no lo supieran.

Todo ello constituye un puente muy estrecho, sin pretil, y es muy fácil caerse.

ROTH: No entraste en contacto con el hebreo hasta tu llegada a Palestina, en 1946. ¿Qué efecto ha podido tener esta circunstancia en tu modo de escribir en hebreo? ¿Eres consciente de alguna relación entre el modo en que accediste al hebreo y el modo en que escribes en hebreo?

APPELFELD: Mi lengua materna es el alemán. Mis abuelos hablaban en yiddish.

Casi todos los habitantes de Bukovina, donde viví de niño, eran rutemos y, por consiguiente, todos hablaban en rutenio. El gobierno era rumano, y a todo el mundo se le exigía que hablase también esa lengua. La segunda guerra mundial estalló cuando yo tenía ocho años, y entonces me deportaron a un campo de Transmitria. Tras haberme fugado de este campo, viví entre ucranianos, de modo que aprendí su lengua. En 1944 fui liberado por los rusos y trabajé para ellos de chico de los mandados, y así fue como aprendí ruso. Durante dos años, entre 1944 y 1946, anduve recorriendo toda Europa, y me hice con alguna otra lengua. Cuando, por fin, llegué a Palestina, en 1946, tenía la cabeza llena de idiomas, pero la verdad del asunto era que no poseía ninguno.

Aprendí hebreo con muchísimo esfuerzo. Es una lengua difícil, severa y ascética. Su fundamento más antiguo es este proverbio de la Mishná: «El silencio es la cerca que protege la sabiduría». La lengua hebrea me enseñó a pensar, a ser ahorrativo con las palabras, a no usar demasiados adjetivos, a no intervenir demasiado, a no interpretar. Digo que «me enseñó». De hecho, tales son sus requerimientos. Si no hubiera sido por el hebreo, no sé si habría encontrado mi camino hacia el judaísmo. El hebreo me ofreció el corazón del mito judaico, su modo de pensar y sus creencias, desde los tiempos de la Biblia a los de Agnon<sup>[4]</sup>. Ello constituye una espesa capa de cinco mil años de creatividad judía, con sus correspondientes altibajos: el lenguaje poético de la Biblia, el jurídico del Talmud y el místico de la Cábala. Tanta riqueza resulta, en ocasiones, difícil de abarcar. A veces se queda uno sin aliento, ante el exceso de asociaciones, la multitud de mundos ocultos en una sola palabra. Pero no importa, porque son unos recursos maravillosos. Al final, siempre encuentra uno en ellos más de lo que andaba buscando.

Como casi todos los niños que llegaron a este país como sobrevivientes del Holocausto, quería huir de mis recuerdos, de mi carácter judío, y proveerme de una imagen diferente de mí mismo. No hubo nada que no intentáramos para cambiar, para ser altos, rubios y fuertes, para ser goyim<sup>[5]</sup>, y todo lo que ello trae consigo. La lengua hebrea también sonaba gentil a nuestros oídos, y tal vez fuera esta la razón de que nos enamoráramos de ella con tamaña facilidad.

Pero a continuación sucedió algo muy sorprendente. Esa misma lengua en que veíamos un medio para fundirnos en el olvido de nosotros mismos e identificarnos con la celebración israelí de patria y el heroísmo, me llevó, engañándome, a los más secretos depósitos del judaísmo. Llevo desde entonces sin salir de ellos.

ROTH: Viviendo en esta sociedad, esta uno constantemente sometido al bombardeo de las noticias y de las discusiones políticas. Y, sin embargo, como novelista, puede decirse que en general has dejado de lado la turbulencia diaria de Israel, para concentrarte en predicamentos judíos señaladamente distintos. ¿Qué significa esta turbulencia para un novelista como tú? ¿De qué modo afecta tu vida literaria el hecho de ser ciudadano de una sociedad que ella sola se manifiesta, ella sola se afirma, ella sola se desafía, ella sola se hace leyenda? ¿Se ve alguna vez

tentada tu imaginación por esta realidad que va generando noticias?

APPELFELD: Tu pregunta viene a tocar una cuestión de gran importancia para mí. En verdad, Israel está lleno de tragedia desde que amanece hasta que se pone el sol, y hay personas tan superadas por esta tragedia, que de ellas podría decirse que se encuentran en estado de embriaguez. Esta actividad frenética no resulta solamente de la presión exterior. La inquietud judía también aporta lo suyo. Aquí todo está en zumbido permanente, todo es muy denso. Hay un montón de palabras, hace estragos la controversia. La *shtetl*<sup>[6]</sup> judía no ha desaparecido.

En determinado momento hubo una fuerte tendencia contraria a la diáspora, un retroceso ante todo lo judío. Hoy, las cosas han cambiado un poco, aunque este país no para nunca y está enredado en sí mismo, viviendo entre subidas y bajadas. Hoy toca redención, mañana tinieblas. Los escritores viven inmersos en este enredo. Los territorios ocupados, por ejemplo, no son solo cuestión política, sino también literaria.

Yo llegué aquí en 1946, siendo aún un muchacho, pero llevando a cuestas mi vida y mis padecimientos. Durante el día trabajaba en explotaciones agrícolas kibutz y por la noche estudiaba hebreo. Me pasé muchos años vagabundeando por este país enfebrecido, sin rumbo y sin nada que sirviese para orientarme. Andaba buscándome a mí mismo y buscando el rostro de mis padres, que se perdieron en el Holocausto. Durante los años cuarenta, teníamos la impresión de haber renacido aquí, como judíos, y, por consiguiente, de que todos acabaríamos por convertirnos en auténticas maravillas. Todas las concepciones utópicas generan atmósferas de este tipo. No olvidemos que todo esto ocurría después del Holocausto. Ser fuerte no era solo cuestión de ideología. «Nunca más iremos como corderos al matadero», bramaban los altavoces, desde todas las esquinas. Yo deseaba con todas mis fuerzas encajar en aquella gran actividad y tomar parte en la aventura del nacimiento de una nueva nación. Ingenuamente, creía que la acción impondría silencio a mis recuerdos y que acabaría floreciendo igual que los nativos, libre de la pesadilla judía, pero ¿qué podía hacer? La necesidad, podríamos decir, incluso, la perentoria necesidad de ser fiel a mí mismo y a mis recuerdos de la niñez hizo de mí una persona distante y contemplativa. La contemplación me devolvió a la región en que nací y donde se alzó la casa de mis padres. Esta es mi historia espiritual, y con esos hilos gira mi rueca.

Artísticamente hablando, volverme a instalar en ese territorio me ha dado anclaje y perspectiva. No estoy en la obligación de precipitarme a atender los acontecimientos recientes, para interpretarlos de inmediato. Los hechos de todos los días por supuesto que llaman a todas las puertas, pero ellos saben que mi casa no está abierta a tan agitados huéspedes.

ROTH: En *To the Land of the Cattails*, una mujer judía y su hijo ya mayor, fruto de su unión con un gentil, hacen el viaje de regreso al remoto paraje de Rutenia de donde ella es originaria. Es el verano de 1938. Cuanto más se aproxima a la tierra natal, más amenazadora se vuelve la violencia de los gentiles. La madre le dice al hijo: «Ellos son muchos, y nosotros pocos». A continuación escribes: «La palabra goy

surgió del interior de aquella mujer. Sonrió como si le estuviera viniendo un recuerdo lejano. Era la palabra a que su padre acudía de vez en cuando, muy de vez en cuando, para definir la estupidez irreversible».

El gentil con quien comparten el mundo los judíos de tus libros suele ser la encarnación no solo de esa estupidez irreversible, sino también de un comportamiento social amenazador y primitivo; el *goy* es un borracho que le pega a su mujer; el *goy* es un tipo medio salvaje, grosero y brutal, incapaz de «controlarse». Evidentemente, hay mucho que decir sobre el mundo no judío de las provincias en que sitúas tus libros —y sobre la capacidad de los judíos, en su propio mundo, para ser también estúpidos y primitivos—, pero ningún europeo no judío dejaría de reconocer que el arraigo de esta imagen en el imaginario judío tiene origen en la experiencia real. En otros casos, el *goy* se describe en términos de «espíritu pedestre... rebosante de salud». *Envidiable* salud. Como dice la madre de *Cattails*, refiriéndose a su hijo medio gentil: «No le pasa lo que a mí, no está asustado. Por sus venas corre una sangre distinta, más tranquila».

Me atrevo a afirmar que nada puede averiguarse del imaginario judío sin investigar antes el lugar que ocupa el *goy* en la mitología popular explotada en Estados Unidos por los humoristas judíos —como Lenny Bruce o Jackie Mason— y también, aunque en un nivel muy distinto, por los novelistas judíos. El retrato de *goy* más unilateral de la narrativa norteamericana está en *El dependiente* de Bernard Malamud. El *goy* es Frank Alpine, el vagabundo que saquea la pobre tienda de comestibles de un judío, Bober, y luego intenta violar a la aplicada hija de Bober, y, por último, tras convertirse al judaísmo según el modelo de Bober, es decir al judaísmo sufriente, acaba abjurando de la bestialidad *goy*. El judío neoyorquino que protagoniza la segunda novela de Saul Bellow, *La víctima*, se ve sometido a los abusos de un gentil inadaptado y alcohólico, un tal Allbee, no menos canalla y maleante que Alpine, aunque su agresión a la duramente conquistada tranquilidad de Leventhal resulte algo más civilizada. No obstante, el gentil más imponente de toda la obra de Bellow es Henderson, rey de la lluvia, explorador de sí mismo, que se traslada a África en busca de la salud mental, llevando consigo sus contundentes instintos. Para Bellow, lo mismo que para Appelfeld, el auténtico «espíritu pedestre» no es nunca judío, como tampoco lo es la búsqueda de las fuerzas más primitivas. No para Bellow, no para Appelfeld y, sorprendidísimamente, tampoco para Norman Mailer. Todos sabemos que en Mailer el sádico sexual se llama Sergius O'Shaugnessy, y el que mata a su mujer es Stephen Rojack, y el homicida impenitente no se llama Lepke Buchalter, ni Gurrah Shapiro, sino Gary Gilmore.

APPELFELD: El lugar del no judío en la imaginación judía es una cuestión compleja, cuya raíz está en las generaciones de miedo judío. ¿Quién de nosotros se echa encima la carga de explicarlo? Me limitaré a arriesgar unas cuantas palabras, tomadas de mi experiencia personal.

Acabo de decir miedo, pero el miedo no era uniforme, ni a todos los gentiles. De

hecho, había una especie de envidia a los no gentiles oculta en el corazón del judío moderno. La imaginación judía solía ver en el no judío una criatura liberada, sin creencias antañonas ni obligaciones sociales, que vivía una existencia natural en su propia tierra. Ni que decir tiene que el Holocausto alteró en cierto modo el curso de la imaginación judía. El lugar de la envidia lo ocupó la desconfianza. Se hicieron clandestinos los sentimientos que antes se desarrollaban al aire libre.

¿Hay algún estereotipo del no judío en el alma judía? Existe, y suele recogerlo la palabra *goy*, pero es un estereotipo sin desarrollar. A los judíos se les han impuesto demasiadas restricciones morales y religiosas como para que sean capaces de expresar estos sentimientos sin reservas. Entre los judíos nunca existió la confianza necesaria para expresar verbalmente, en toda su profundidad, la hostilidad que quizá sintieran. Eran, para bien o para mal, demasiado racionales. La hostilidad que se permitieron sentir iba dirigida, paradójicamente, hacia ellos mismos.

Lo que siempre me ha preocupado, y sigue inquietándome, es este antisemitismo dirigido a la propia persona, una vieja dolencia judía que en época moderna se ha disfrazado de modos diversos. Yo me críe en una casa judía integrada, donde el alemán era el bien máspreciado. El alemán no se consideraba solamente una lengua, sino también una cultura, y la actitud hacia esa cultura alemana era virtualmente religiosa. A nuestro alrededor vivía una multitud de judíos que hablaban yiddish, pero en nuestra casa estaba terminantemente prohibido hablarlo. Yo me críe en la sensación de que todo lo judío era reprobable. Desde la más tierna infancia, me enseñaron a poner la vista en la belleza de los no judíos. Eran altos y rubios y se comportaban con naturalidad. Eran personas cultivadas, y cuando no se comportaban de un modo acorde con su cultura, al menos sí lo hacían con naturalidad.

La doncella que teníamos en casa nos viene muy bien para ilustrar esta teoría. Era guapa y pechugona, y yo estaba muy apegado a ella. Era, a mis ojos, los ojos de un niño, la naturaleza en persona, y cuando se fugó llevándose las joyas de mi madre, a mí aquello me pareció un disculpable error.

Desde la primera juventud me sentí atraído por los no judíos. Me fascinaban por lo raros, lo altos, lo arrogantes que eran. Pero también los judíos me parecían raros. Me llevó años comprender hasta qué punto habían interiorizado mis padres todo el mal que atribuían a los judíos; y, a través de ellos, yo también lo hice. Todos llevábamos sembrada en el pecho una dura semilla de repugnancia.

En mí, el cambio se produjo cuando nos arrancaron de nuestra casa y nos metieron en los guetos. Entonces observé que todas las puertas y ventanas de nuestros vecinos no judíos, de pronto, estaban cerradas para nosotros, mientras caminábamos en solitario por las calles vacías. Ninguno de los muchos vecinos con quienes manteníamos alguna relación estaba en la ventana cuando nosotros salimos arrastrando las maletas. He dicho «el cambio», pero no es enteramente cierto. Por aquel entonces yo tenía ocho años, y el mundo entero se me antojaba una pesadilla. También luego, cuando me separaron de mis padres, sin yo saber por qué. Durante

toda la guerra, anduve merodeando por los pueblos ucranianos, manteniendo oculto mi secreto: la condición judía. Afortunadamente para mí, era rubio, y no despertaba sospechas.

Me tomó años acercarme al judío que había en mi interior. Tuve que desembarazarme de muchos prejuicios personales y conocer a muchos judíos para encontrarme en ellos. El antisemitismo aplicado a la propia persona era una creación original judía. No conozco ninguna otra nación tan impregnada de autocrítica. Aún después del Holocausto, los judíos seguían sin considerarse libres de culpa. Al contrario: no faltaron judíos prominentes que hicieron muy severos comentarios en contra de las víctimas, por no protegerse y no contraatacar. La capacidad de los judíos para interiorizar todas las críticas y observaciones condenatorias, para castigarse en consecuencia, es uno de los fenómenos más asombrosos de la naturaleza humana.

El sentimiento de culpabilidad se ha establecido y ha hallado refugio entre los judíos que quieren reformar el mundo, los diversos tipos de socialistas, los anarquistas, pero sobre todo entre los artistas judíos. Día y noche, la llama ardiente de este sentimiento produce pánico, susceptibilidad, autocrítica e incluso, a veces, la autodestrucción. Dicho en pocas palabras, no es precisamente un sentimiento maravilloso. Únicamente una cosa puede decirse a su favor: solo perjudica a quien lo padece.

ROTH: En *The Immortal Bartfuss*, Bartfuss le pregunta irrespetuosamente al exmarido de su querida, mientras ella agoniza: «¿Qué hemos hecho los sobrevivientes del Holocausto? ¿Nos ha cambiado en algo tan gran experiencia?». Esa es la pregunta que la novela plantea de una forma u otra prácticamente en cada página. Los solitarios pesares y anhelos de Bartfuss, sus desconcertados esfuerzos por superar su propio extrañamiento, su ansia de contacto humano, su mudo deambular por la costa israelí y sus enigmáticos encuentros en mugrientos cafés, nos hacen percibir el inmenso dolor en que puede trocarse la vida al día siguiente de un gran desastre. Tú mismo escribes, hablando de los judíos que terminan dedicándose al contrabando y al mercado negro en Italia, inmediatamente después de la guerra: «Nadie sabía qué hacer con las vidas salvadas».

Mi última pregunta, surgida de la preocupación que expresas en *The Immortal Bartfuss*, tal vez sea demasiado amplia. A juzgar por lo que pudiste observar durante tus vagabundeos sin hogar por la Europa de posguerra, y por lo que hayas averiguado durante tus cuarenta años de estancia en Israel, ¿hay alguna pauta observable en la experiencia de aquellos cuyas vidas fueron salvadas? ¿Qué *han hecho* los sobrevivientes del Holocausto y de que manera salieron irremisiblemente cambiados?

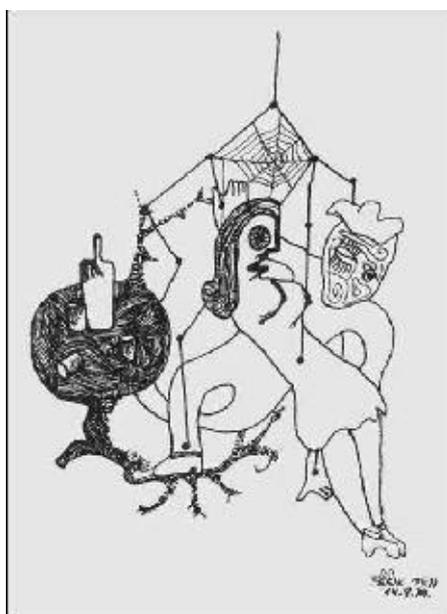
APPELFELD: Sí, este es el aspecto más doloroso de mi último libro. Indirectamente, en él trato de dar respuesta a la pregunta que acabas de hacerme. A ver si me puedo extender un poco más ahora. El Holocausto pertenece al tipo de experiencia enorme que lo reduce a uno al silencio. Cualquier cosa que se diga, cualquier respuesta que se dé, resulta «diminuta», carece de sentido, puede incluso

incurrir en lo ridículo. La más grandiosa de las respuestas puede parecer una nimiedad.

Pongamos dos ejemplos, si no tienes inconveniente. El primero es el sionismo. Sin lugar a dudas, la vida en Israel facilita a los sobrevivientes no solo un lugar de refugio, sino también la noción de que no todo el planeta está ocupado por la maldad. Han derribado el árbol, pero las raíces no se han secado; a pesar de todo, seguimos viviendo. No obstante, la satisfacción no alcanza a eliminar en el sobreviviente la idea de que debe hacer algo con esa vida suya que se ha salvado. Los sobrevivientes han vivido experiencias que nadie había vivido antes, y los demás esperan de ellos algún mensaje, alguna clave para entender el mundo de los hombres: un ejemplo humano. Pero ellos, claro, no pueden ni empezar a cumplir con tamaño requerimiento, y viven vidas de huida y ocultación. Lo malo es que ya no hay sitio donde esconderse. Se queda uno con una sensación de culpabilidad que va creciendo con los años, para al final convertirse, como en Kafka, en una acusación. La herida es demasiado profunda, y de nada servirán las vendas. Ni siquiera una venda como el Estado judío.

El segundo ejemplo es la postura religiosa. Paradójicamente, como una especie de concesión a sus padres asesinados, no pocos de los sobrevivientes adoptaron la fe religiosa. Sé muy bien qué luchas internas trae consigo esta paradójica postura, y la respeto. Pero es una postura que nace de la desesperación. No seré yo quien niegue la verdad de la desesperación. Pero es una actitud asfixiante, una especie de monacato judío y un autocastigo indirecto.

Mi libro no ofrece a los sobrevivientes ninguna de las dos cosas: ni sionismo, ni confortación religiosa. El sobreviviente, Bartfuss, se ha tragado el Holocausto entero, y anda por ahí con él en las extremidades. Bebe la «leche negra» del poeta Paul Celan, al salir el sol, a mediodía, al ponerse el sol. No tiene ninguna ventaja sobre nadie, pero aún no ha perdido su rostro humano. No es gran cosa, pero es algo.



## I

La primavera volvió a Badenheim. En la iglesia de pueblo cercana a la ciudad repicaban las campanas. Las sombras del bosque retrocedían hacia el bosque. El sol disipaba los restos de oscuridad y su luz se propagaba por la calle principal y de plaza en plaza. Era un momento de transición. Los veraneantes iban a invadir la ciudad. Dos inspectores pasaban por la callejuela examinando el alcantarillado. La ciudad, que había cambiado muchas veces de habitantes a lo largo de los años, conservaba su modesta belleza.

Trude, la esposa enferma del dueño de la farmacia, estaba asomada a la ventana. Miraba a su alrededor con la mirada decaída de quien conoce la gravedad de su enfermedad. La luz benévola tocó su pálido rostro y ella sonrió. La ciudad había pasado un invierno extraño, un invierno duro. Fuertes tormentas arrancaron los tejados de las casas. Los rumores corrían de boca en boca. Trude estuvo inmersa en un sueño delirante. Martin no se apartó de su cama. Ella hablaba sin cesar de su hija casada y él le prometía que todo iba bien. Y así pasó el invierno. Ahora estaba asomada a la ventana como si hubiese resucitado.

Las casas bajas y cuidadas habían vuelto a adquirir el aspecto tranquilo de siempre. Islas blancas en un mar de verdor.

—¿Ha llegado el correo? —preguntó Trude.

—Hoy es lunes, el cartero no llegará hasta la tarde.

El coche de caballos del empresario, el señor Pappenheim, surgió del bosque y se detuvo en la calle principal. El señor Pappenheim bajó del coche y saludó con la mano. Nadie le contestó. La calle estaba sumida en el silencio.

—¿Quién ha venido? —preguntó Trude.

—El señor Pappenheim.

Con el señor Pappenheim llegaba el aire húmedo de la gran ciudad, el olor de las alegrías y los miedos. Se pasaba todo el día en la oficina de correos: telegramas y cartas urgentes.

Exceptuando la aparición del señor Pappenheim, no ocurrió nada. La luz primaveral fluía lentamente, como todos los años. Por la tarde, la gente se reunía en el café y devoraba helados rosas.

—¿Ha llegado ya el correo? —volvió a preguntar.

—Sí, ha llegado. No hay nada para nosotros.

—¿Nada? —la enfermedad se percibía ahora en su voz.

Trude volvió a la cama, le ardía la frente. Martin se quitó el abrigo y se sentó a su lado:

—No te preocupes, hace tan solo una semana que recibimos una carta. Todo va bien.

—¿Por qué le pega? —no dejaba de delirar.

—Nadie le pega. Leopold es un buen hombre, y la quiere. ¡Qué ocurrencias

tienes!

Ella se calló como si la hubiesen reprendido. Martin estaba cansado, apoyó la cabeza en la almohada y se durmió.

Al día siguiente llegaron los primeros veraneantes. La pastelería adornó la fachada con flores. En el jardín del hotel aparecieron el profesor Fussholdt y su joven esposa, el señor Schutz, la señora Zauberblit, pero a Trude no le parecieron veraneantes conocidos, sino enfermos que iban al sanatorio.

—¿No reconoces al profesor Fussholdt? —dijo Martin.

—Parecen muy pálidos.

—Han venido de la ciudad —dijo Martin, intentando distraerla.

Entonces Martín supo que su mujer estaba muy enferma. Los medicamentos no le hacían efecto. El mundo entero le parecía transparente, enfermo y envenenado. La hija casada estaba cautiva y era maltratada. Los intentos de Martin por calmarla eran inútiles. Ella había dejado de escuchar. Por la noche, Martin se puso a escribir una carta a su hija Helena. La primavera en Badenheim es hermosa e impresionante. Ya han llegado los primeros veraneantes. Pero tu madre te echa mucho de menos.

La enfermedad de Trude fue infiltrándose en el alma de Martin gota a gota. También él comenzó a observar manchas de palidez en la cara de la gente. Desde que Helena se casó todo había cambiado en la casa. Intentaron impedirselo durante un año entero, pero no sirvió de nada. Como se suele decir, estaba enamorada hasta la médula. Y el precipitado matrimonio se celebró.

Una primavera verde oscuro surgía ahora de los jardines. Las dos prostitutas locales, Sally y Gertie, se habían puesto ropa primaveral y habían salido a pasear por el bulevar. Tiempo atrás, los habitantes del lugar intentaron hacer que se marcharan. La lucha, que empezó hace muchos años, no sirvió de nada. La ciudad se acostumbró a ellas como a las excentricidades del señor Pappenheim y a los veraneantes extranjeros que se plantaron allí como una raíz enferma. El dueño de la pastelería no les permitía entrar y, por tanto, ellas tenían que privarse de los pasteles de crema más deliciosos del mundo. Una vez, el juvenil señor Schutz, que apreciaba mucho a Sally, le llevó al bulevar unos pasteles. El dueño de la pastelería se enteró y armó un escándalo. Pero la lucha del dueño de la pastelería también fue inútil.

—¿Cómo están las señoritas? —preguntó el señor Pappenheim con solemnidad.

Con el paso de los años habían perdido la arrogancia urbana, habían comprado una modesta casa y habían comenzado a vestirse como las lugareñas. En su día organizaban fiestas desenfundadas. Pero los años y los amantes de la ciudad las habían dejado a un lado. Si no hubiese sido por los ahorros que tenían, su situación habría sido realmente mala. Solo les quedaban recuerdos y, durante las largas noches de invierno, los sacaban del olvido como si fuesen viudas.

—¿Qué ha sucedido este año?

—Nada extraordinario —dijo Pappenheim en tono jocoso.

—Un invierno extraño, ¿no es así?

Sentían afecto por Pappenheim y, con el paso de los años, hasta se interesaron por sus extraños artistas. En su aislamiento se aferraban a todo lo que podían.

—No te preocupes, no te preocupes, este año el programa del festival está lleno de sorpresas.

—¿Quién actuará esta vez?

—Un *yanuca*, un niño prodigio, lo descubrí este invierno en Viena.

—¿Un *yanuca*? —dijo Sally con voz maternal.

Al día siguiente los veraneantes inundaron Badenheim. El hotel estaba en ebullición. La luz primaveral y el alborozo de la gente llenaban las calles y, en el jardín del hotel, los mozos volvían a llevar las maletas de colores. El señor Pappenheim se fue achicando. El programa era un auténtico embrollo. Corría de calle en calle. Los artistas llevaban años volviéndole loco y ahora querían causarle la ruina.

La gente dejó sus maletas en el hotel y se dirigió al bosque. El profesor Fussholdt y su joven esposa. Un hombre alto guiaba a la señora Zauberblit como a una ceremonia. «¿Por qué no giramos a la izquierda?», preguntó la señora Zauberblit, y la gente se dirigió a la izquierda. El señor Schutz los seguía como hechizado.

—¿Por qué van tan despacio? —dijo Trude.

—Están de vacaciones —dijo Martín, como si fuese lo más normal del mundo.

—¿Quién es el hombre que va al lado de la señora Zauberblit?, ¿su hermano?

—No, querida, su hermano murió, hace años que murió.



## II

Por la noche llegó la banda de música. El señor Pappenheim se puso tan contento como si hubiese ocurrido un milagro. Los mozos descargaron los tambores y las trompetas. Los músicos se quedaron junto a la puerta como pájaros amaestrados sobre un palo. El señor Pappenheim repartió caramelos y chocolatinas. El conductor apremió a los mozos y los músicos comieron y guardaron silencio.

—¿Por qué habéis llegado tarde? —preguntó Pappenheim con cierta sensación de alivio.

—El coche se ha retrasado —le respondieron.

El director, que llevaba una capa hecha a medida, permanecía a un lado como si el asunto no fuera con él. El año anterior había tenido un duro enfrentamiento con el señor Pappenheim. Pappenheim quiso despedirlo, pero los veteranos músicos se pusieron del lado del director y no ocurrió nada. El director exigió un contrato detallado, un contrato por tres años, como era habitual. Al final se llegó a un acuerdo.

En su día, el señor Pappenheim los alojaba en la planta baja del hotel, en unas habitaciones estrechas y oscuras. Una cláusula del nuevo contrato exigía categóricamente un alojamiento decente. Ahora todos estaban esperando a ver las habitaciones. Pappenheim se acercó al director y le susurró al oído: «Las habitaciones están listas, en el último piso, son amplias y ventiladas». «¿Sábanas?», preguntó el director. «También hay sábanas». Pappenheim había cumplido sus promesas. Eran unas bonitas habitaciones. Al verlas, los músicos se apresuraron a desvestirse y a ponerse los uniformes azules. El señor Pappenheim permaneció a un lado sin apremiarles. En una de las habitaciones hubo una pequeña riña. Una pelea por una cama. El director los reprendió: «Estas bonitas habitaciones merecen un poco de silencio. Hay que recogerlo todo antes de bajar».

A las diez todo estaba preparado. Los músicos se agruparon en tríos con los instrumentos en la mano, pero Pappenheim estaba furioso. Si hubiera tenido dinero, les habría pagado una indemnización y les habría despedido. Le recordaban sobre todo sus propios fracasos. Treinta años ya. Siempre con retraso. No eran leales. Los instrumentos solo hacían ruido. Y cada año nuevas exigencias.

Y la velada comenzó. La gente rodeó a la banda como avispas. La banda sopló y golpeó como si intentara echarlos a todos. El señor Pappenheim se sentó en la galería y bebió una jarra tras otra.

Al día siguiente todo estaba tranquilo y en silencio. Martin se levantó temprano, barrió la entrada, limpió las estanterías y preparó un detallado pedido. Había pasado una noche terrible. Trude no se calmaba y se negaba a tomarse las pastillas. Al final tuvo que engañarla y darle un somnífero.

Sobre las diez apareció un inspector del Departamento de Sanidad para hacer un reconocimiento del lugar. El inspector preguntó detalles muy extraños. Quién era el propietario, si lo había heredado, cuándo y a quién lo había comprado, cuál era el

valor de la tienda. Martín, sorprendido, explicó que todo estaba encalado y había pasado por una profunda desinfección. El funcionario sacó el metro y midió. Y sin disculparse ni dar las gracias se dirigió directamente hacia la calle.

La visita enfureció a Martin. Confiaba en las autoridades y, por supuesto, se culpó a sí mismo. Posiblemente la entrada trasera no estaba lo suficientemente arreglada. Esa repentina visita le amargó la mañana. Estaba sobre el césped. Era una mañana como otra cualquiera. El lechero caminaba con andares de campesino, los músicos salieron al jardín, Pappenheim no les apremió y ellos se tumbaron en la hierba a tomar el sol. El director de la banda se sentó en un rincón y barajó las cartas para sí mismo. Por la tarde la señora Zauberblit apareció en la farmacia y anunció solemnemente que no había nada como unas vacaciones en Badenheim. Llevaba un vestido moteado de popelina. Pero a Martín le parecía que, de un momento a otro, iba a entrar su difunto hermano.

—¿No es extraño? —preguntó.

—Todo es posible —dijo ella, como si hubiera comprendido la pregunta.

Por la tarde los músicos también se tumbaron en el jardín. Sin los uniformes parecían desdichados. Llevaban años habituados a pelearse con Pappenheim. Ahora se peleaban entre ellos. El director no intervino. Dejó las cartas y los observo.

Uno de los músicos, que estaba escuálido, sacó del bolsillo de su chaleco un talón y se lo enseñó a sus compañeros. Los músicos le demostraron que estaba equivocado. Desde el jardín de Martin todo parecía un espejismo, tal vez porque la luz se iba volviendo gris y sombras alargadas se tendían una tras otra a lo largo del verde césped.

Y cuando oscureció, el director les sugirió que subieran a ponerse los uniformes. Ellos no se dieron prisa, parecían soldados agotados tras un largo servicio. El director intercambió algunas palabras con Pappenheim. El señor Pappenheim explicó detalladamente el programa del festival. «He oído que también actuará Mandelbaum, eso sí que es un logro excepcional. ¿Cómo lo ha conseguido?». «He trabajado mucho», dijo Pappenheim, y se dirigió hacia el comedor. Los veraneantes ya estaban comiendo a dos carrillos. La camarera lanzaba penetrantes miradas hacia la cocina. Los pedidos tardaban en llegarle a las manos. Pero los camareros veteranos alababan con cinismo la comida dándose aires de importancia. Trude no se encontraba mejor. Martin hablaba sin cesar, pero sus palabras no servían de nada. Todo le parecía transparente y enfermo. Helena estaba cautiva en la propiedad de Leopold y cada tarde, al volver del cuartel, le pegaba.

—¿Es que no lo ves? —preguntó.

—No, no lo veo.

—¿Son solo imaginaciones mías?

Martin estaba furioso. Trude mencionaba a veces a sus padres, la pequeña casa que estaba en la ribera del Vístula. Sus padres murieron. Había dejado de tener relación con sus hermanos. Martin decía que aún seguía anclada en aquel mundo, en

las montañas, entre los judíos. Y, en cierta medida, era verdad. Un miedo oculto y extraño la atormentaba, y Martín sintió que las alucinaciones de Trude se iban infiltrando en él.

### III

Al día siguiente se informó de que las competencias del Departamento de Sanidad se habían ampliado y de que, en el futuro, estaría autorizado a emprender investigaciones independientes. Fue un comunicado discreto que se pegó en el tablón de anuncios municipal. Nada más publicarse, los funcionarios del departamento se desplegaron y, sin más ceremonias, comenzaron a inspeccionar los lugares señalados en el mapa. Las inspecciones se realizaron de forma exhaustiva, siguiendo los cuestionarios enviados por la Diputación Provincial. Uno de los músicos, que hacía una extraña gala de su nombre polaco, dijo que los funcionarios le recordaban a un teatro de marionetas. Se llamaba Leon Samitzky. Hacía cincuenta años, cuando tan solo era un niño, sus padres habían emigrado de Polonia. Él llevaba en su corazón el recuerdo de Polonia con un extraño afecto. A veces, cuando estaba inspirado, se sentaba y hablaba de Polonia. Y el señor Pappenheim, a quien le gustaba su oratoria, se sentaba como un músico más y escuchaba.

Las nubes desaparecieron y la luz primaveral dejaba sentir su calor. Por la cara de los ancianos músicos reptaba una latente preocupación. Estaban sentados juntos sin decir nada. De pronto, Samitzky rompió el silencio.

—Añoro Polonia —dijo.

—¿Por qué? —quiso saber Pappenheim.

—No lo sé —dijo Samitzky—, cuando me fui de Polonia tenía siete años y ahora me parece que solo hace uno que me marché.

—Allí son muy pobres —dijo alguien en voz baja.

—Son pobres, pero no temen a la muerte.

Esa noche no pasó nada en Badenheim. El señor Pappenheim estaba sumido en la melancolía. No podía apartar la vista de Samitzky. También él se acordó de las esporádicas visitas de su abuela desde los Cárpatos. Era una mujer alta y corpulenta y, cuando llegaba a Viena, traía consigo el olor de los bosques y del mijo. El padre de Pappenheim odiaba a su suegra.

Los rumores corrían de boca en boca. Se decía que había riesgo para la salud y que el departamento quería localizar el foco, nada más, otros opinaban que posiblemente no fuera más que el Departamento de Hacienda camuflado en esa ocasión como Departamento de Sanidad. Los músicos intercambiaban impresiones. La ciudad estaba tranquila, cooperaba, ofrecía todo lo que el departamento pedía. Incluso el orgulloso dueño de la pastelería accedió a dar detalles.

Y, entretanto, los pálidos veraneantes invadían la pastelería. El dueño no podía atender tantos pedidos. Ese año el hambre era desmesurada. La gente cogía todo lo que caía en su mano. El dueño apremiaba al pastelero. El horno zumbaba todo el día. Le quitaban los pasteles de las manos cuando aún estaban ardiendo. Otra porción. ¿Por qué no pides otra porción? Yo no me muevo de aquí, las palabras embriagadas revoloteaban durante horas, hasta después de medianoche.

El dueño de la pastelería intentaba calmar los ánimos. Le resultaba imposible. Hambre y energía estaban aliados. Un año antes apareció por allí una mujer alta, bella y escultural, estuvo deambulando un día o dos por el bosque y, cuando volvió, se puso un traje de baño, salió a la terraza y proclamó: «Soy libre, libre para siempre». En vano intentaron calmarla. Ya no pertenecía a las personas sino a los olores del bosque, que encendieron en sus ojos esa fría locura.

Así era la primavera en Badenheim. El aire parecía estar impregnado de alcohol. Los comerciantes no llevaban allí a sus esposas, pero quien lo respiraba y se intoxicaba no podía prescindir de él, en primavera volverían allí como un campesino a la taberna. Allí se podía encontrar a una estudiante que se había escapado del instituto, a un hombre jovial y escuálido a quien los libros habían secado el cerebro, a mujeres altas con un secreto pegado a la frente como la piel.

—¿Se puede mandar desde aquí una carta? —preguntó una mujer.

—Por supuesto —dijo Pappenheim.

—¡Qué raro! —dijo la mujer—, yo pensaba que este lugar estaba completamente aislado.

Los músicos bajaron al bar a tomar una jarra de cerveza. Los años pasados al servicio del señor Pappenheim y de los lugares de veraneo los habían dejado vacíos. Sin una jarra de cerveza, su vida no era vida. Al principio el director les privaba de ese pequeño placer, pero en los últimos años él mismo los incitaba a que bajasen a tomar una jarra. Después de una jarra de cerveza estaban más alegres. Había renunciado por completo a los ensayos. Incluso el propio Pappenheim casi había dejado de exigírselo.

Un año antes empezaron a tocar canciones judías, algo que enfureció a los clientes habituales. Al parecer, ni ellos mismos sabían lo que tocaban. Quizá lo recordaron de repente, quizá lo habían oído en alguna parte. Sea como fuere, la cerveza causaba estragos en ellos. Engordaban, comían sin mesura y al final de la temporada siempre estaban endeudados.

—Son incorregibles —dijo Pappenheim.

La camarera, que era medio judía, se mostraba amable con ellos, los llamaba «niños» y, cuando el jefe de camareros estaba descansando o tenía el día libre, les daba exquisitos manjares.

## IV

Los inspectores del Departamento de Sanidad estaban desplegados ahora por cada rincón de la ciudad. Medían, tendían cercados, plantaban banderas. Los mozos descargaban carretes de alambre de espino, pilares de cemento y todo tipo de accesorios que sugerían una fiesta desenfrenada.

—Este año será muy alegre.

—¿Por qué lo sabe?

—Al parecer este año el festival alcanzará grandes dimensiones; si no, no se comprende el tesón del Departamento de Sanidad.

—Tiene razón, no me había percatado.

La puerta sur de la ciudad se cerró y otra puerta, que llevaba cerrada durante generaciones, se abrió para los viandantes. Los funcionarios del departamento trabajaban noche y día con martillos y luces de proyectores. «El señor Pappenheim se siente aliviado», dijo uno de los clientes habituales que en su día había puesto en duda la capacidad de Pappenheim como empresario.

Y llegaron los vientos suaves y templados y convirtieron el veraneo en un verdadero descanso. Pusieron hamacas en el jardín, tendieron las redes en la cancha de tenis. La gente se quitó la ropa de invierno y se puso camisas deportivas. Y Martin se fue embotando. La gente compraba todo lo que caía en sus manos. La perfumería estaba vacía. Los pedidos tardaban en llegar, si no hubiese sido por las reservas que tenía se habría quedado sin nada. Y la ciudad, que había sufrido un largo invierno con fuertes lluvias, ardía ahora con una alegría frenética.

El empresario no se movía del teléfono. Los artistas no llamaban, no contestaban, lo habían prometido y no lo hacían. ¿Cómo iba a cumplir el programa? Los abonados exigirían lo que habían pagado, y con razón. De momento era su problema. Las personas se dejaban llevar por la alegría y por la primavera, que los arrastraba hacia los espesos bosques. Pero el señor Pappenheim sabía que tras esa eclosión de entusiasmo arremeterían contra él y le exigirían su dinero. «¡Los artistas!, ¡los artistas!», gritarían. Estaba en la oficina de correos enviando un telegrama tras otro: «Ayudadme, salvadme, no podéis abandonarme así». Los telegramas salían pero no llegaba ninguna respuesta.

Y en la pastelería tomaban café y devoraban pasteles. Uno de los músicos, un chistoso, echó cuentas y calculó que ese año el dueño de la pastelería ganaría una fortuna. La gente se gastaba el dinero en los pasteles de fresa. El dueño estaba feliz, pero su satisfacción no era absoluta. El pastelero era perezoso y fingía estar enfermo, y él tenía que trabajar durante toda la noche. Ese año había una gran demanda.

Después de medianoche, el señor Pappenheim llegó a la pastelería. La gente se caía de sueño. Uno de los ancianos músicos, que temía perder su puesto, se sentó a su lado y le dijo que los preparativos de ese año habían causado una gran impresión en los veraneantes. Seguro que les esperaban muchas sorpresas. Nadie se burlaría más

de Badenheim. Pappenheim sabía que solo se trataba del servilismo de un anciano temeroso de perder su puesto, pero no se lo reprochó. Estaba hambriento y cansado. La voz de ese hombre goteaba dentro de él como en un cacharro vacío.

## V

A finales de abril llegaron los dos recitadores. El señor Pappenheim se puso en su honor el traje azul. Eran altos, delgados y parecían tener una profunda espiritualidad grabada en la frente. Rilke, esa era su pasión. El señor Pappenheim, que los había descubierto en Viena, se dio cuenta enseguida de que en sus voces latía una melodía mórbida y quedó fascinado. Hacía siete años de eso, o tal vez más. Desde entonces no podía prescindir de ellos. Al principio su lectura no provocaba ningún entusiasmo, pero en los dos últimos años, desde que la gente descubrió la melodía oculta de sus voces, todos estaban embriagados. La señora Zauberblit respiró profundamente: «Han llegado».

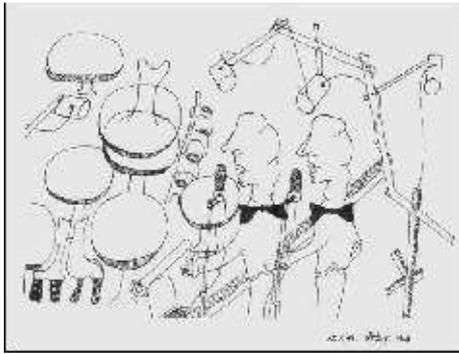
Los recitadores eran unos hermanos gemelos que, con el paso de los años, se habían vuelto indistinguibles. Pero su forma de recitar era distinta. Era como si una misma enfermedad tuviera dos voces. Una era suave, como conciliadora. No era una voz, sino lo que queda de la voz. La otra era clara y penetrante. La señora Zauberblit decía que, si no fuese por ese dúo de voces, su vida no tendría sentido. Su forma de recitar era para ella como un brebaje, y en las vacías noches de primavera susurraba a Rilke como quien bebe alcohol de noventa grados.

Los músicos, que en invierno tocaban en salas de fiesta y en verano en lugares de veraneo, no entendían qué encontraba la gente en la voz mórbida de los gemelos. En vano intentaba Pappenheim explicarles su magia. Solo Samitzky decía que esas voces tocaban sus células enfermas. El director de la banda los odiaba y los llamaba bufones de la era moderna.

Y, entretanto, la primavera completaba su obra. El señor Schutz perseguía a la estudiante como si fuera un chaval. La señora Zauberblit estaba inmersa en una conversación con Samitzky, y la joven esposa del profesor Fussholdt se puso un traje de baño y salió a tomar el sol en el césped.

Los gemelos ensayaban sin cesar. Al parecer no podían arreglárselas sin hacerlo. «Y yo, infeliz de mí, que pensaba que todo les salía espontáneamente», dijo la señora Zauberblit.

«Ensayan, ensayan», dijo Samitzky. «Si hubiera ensayado de joven, no habría acabado en esta miserable banda. Yo no nací aquí. Nací en Polonia, y mis padres no me dieron una educación musical». Después de media noche le dieron al señor Pappenheim un telegrama en el que ponía: «Mandelbaum está enfermo y no llegará a tiempo». El señor Pappenheim se levantó, sacudió la cabeza y dijo: «Es una tragedia». «¿Mandelbaum?», dijo la señora Zauberblit. «El festival artístico se va a la ruina», dijo Pappenheim. Samitzky intentó consolarlos, pero Pappenheim dijo «Era la estrella», y se hundió en su tristeza como una piedra. La señora Zauberblit le ofreció el vino francés que más le gustaba, pero él no lo tocó, y se pasó toda la noche lamentándose: «¡Mandelbaum!, ¡Mandelbaum!».



## VI

Las investigaciones mostraron la cruda realidad. Desde ese momento no se volvería a decir que el Departamento de Sanidad no era eficaz. Por la ciudad comenzaron a propagarse las sospechas, el recelo y la desconfianza. Pero la gente seguía ocupada en sus asuntos: los veraneantes en su descanso y la gente del lugar en sus problemas. El señor Pappenheim no dejaba de lamentarse por la gran pérdida, por Mandelbaum. Desde la llegada de aquel telegrama, su vida no era vida. La joven esposa del profesor Fussholdt informó a todo el mundo de que algo había cambiado en Badenheim. El profesor Fussholdt no salía de su habitación. Su gran libro, la culminación de su obra, iba a publicarse en breve y estaba revisando las pruebas de imprenta. Su joven esposa, a quien él mimaba como a una gatita, no entendía nada de sus libros. Solo le interesaban los vestidos y los cosméticos. En el hotel la llamaban Mitzi.

A mediados de mayo apareció en el tablón de anuncios un pequeño comunicado donde se decía que todos los ciudadanos judíos debían registrarse en el Departamento de Sanidad antes de fin de mes.

—Yo —dijo Samitzky, como si se alegrase.

—Y yo —dijo Pappenheim—, ¿quiere usted privarme de mi judaísmo?

—Me gustaría —dijo Samitzky—, pero su nariz delata que no es austriaco.

El director de la banda, que con los años había aprendido a achacarle a Pappenheim cualquier inconveniente, dijo:

—Por su culpa he tenido que enredarme en este laberinto burocrático. Los funcionarios han perdido el juicio y yo tengo que padecerlo.

La gente empezó a alejarse del señor Pappenheim como si fuese un apestado. El señor Pappenheim no se percató de ese rechazo y siguió corriendo como siempre del hotel a la oficina de correos.

La enfermedad de Trude se agravó en las dos últimas semanas. Hablaba todo el rato de la muerte. Ya no era miedo, sino una especie de intimidad. Las fuertes pastillas que continuaba tomando la trasladaban de un sueño a otro, y a Martin le parecía que estaba vagando por las últimas estancias de la vida.

Y comenzaron las confidencias. La gente hablaba como se habla de una vieja enfermedad que ahora ya no tenía sentido ocultar, y las reacciones fueron diversas: orgullo y vergüenza. La señora Zauberblit, manteniendo una deliberada indiferencia, no dijo nada y no preguntó nada, al final se dirigió a Samitzky y le dijo:

—¿Se ha registrado?

—Aún no —dijo Samitzky—, lo haré en el momento apropiado. ¿Es que tengo el honor de hablar con una ciudadana austriaca de origen judío?

—Sí, señor.

—En tal caso, podríamos celebrar pronto una fiesta familiar.

—¿Tenía alguna duda?

El jefe de camareros ofrecía con sus propias manos las cerezas de temporada, eran unas cerezas blancas. Las lilas trepaban por las rejas de la terraza y las abejas libaban con avidez las flores azuladas. La señora Zauberblit se sujetó el sombrero de paja con un pañuelo de seda. Las habían traído de Waldenheim por la mañana, ese año habían madurado pronto. «Es maravilloso», dijo la señora Zauberblit. Le gustaba mucho ese toque rústico.

—¿En qué está pensando? —preguntó Samitzky.

—Me estaba acordando de la casa de mi abuelo, el rabino de Kirchenhaus. Pasaba allí las vacaciones de verano. Era un hombre de Dios. Al atardecer iba a pasear a lo largo del río. Le gustaban las plantas.

—No os preocupéis, niños —dijo Samitzky sin dejar la botella—, pronto iremos a Polonia. Imaginaos, de nuevo en Polonia.

El señor Schutz iba corriendo de acá para allá como si estuviese drogado. La estudiante le volvía loco. «Señor Schutz», decía la señora Zauberblit, «¿por qué no se suma a la gente inteligente para mantener una conversación inteligente?». En los círculos académicos era considerado un genio, aunque un poco travieso.

—¿Ya se ha registrado? —dijo Samitzky.

—¿Qué? —dijo Schutz sorprendido.

—Debe registrarse. ¿No se ha enterado? Lo ha dicho el reglamento del Departamento de Sanidad. Un departamento bonito, un departamento gubernamental, un departamento cuyas competencias se han ampliado en los últimos meses. Ese respetable departamento solicita por favor al señor Schutz que se registre.

—No es una broma, querido —dijo la señora Zauberblit.

—¿En tal caso? —dijo completamente confuso. Era el niño mimado de Badenheim. La gente le quería. Pappenheim no paraba de lamentarse por el hecho de que el talento musical del señor Schutz se hubiese echado a perder. Era un derrochador incorregible cuyas deudas tenía que pagar su anciana y rica madre al final de la temporada.

Un temor lejano se instaló en los ojos de los músicos.

—¿De qué os preocupáis? —dijo Pappenheim con premeditada entereza—. Basta ya de melancolía.

—Nosotros somos huéspedes, ¿no es así? ¿También tenemos que registrarnos? —preguntó uno de los músicos.

—Yo diría —dijo Pappenheim con excesiva seriedad— que el Departamento de Sanidad quiere alardear de sus huéspedes ilustres y, por tanto, los registra en su libro de honor. ¿No es un bonito detalle por su parte?

—A lo mejor es por los judíos del Este —dijo uno de los músicos.

Entonces Samitzky se levantó y proclamó:

—¿Qué pasa?, ¿es que no te gusta? Yo soy un judío del Este en el pleno sentido de la palabra. ¿No soy de tu agrado?

## VII

La embriagadora primavera de Badenheim volvió a confundir a la gente. El señor Schutz se quedó sin un céntimo y envió dos cartas urgentes a su madre. Evidentemente la estudiante le estaba costando una fortuna. La señora Zauberblit estaba todo el día sentada al lado de Samitzky. Parecía que ese hombre era lo único que le quedaba en el mundo. El señor Pappenheim se hundió en la melancolía, la embriagadora primavera siempre le entristecía. La señora Zauberblit le reprendió y le dijo: «Yo cubriré las pérdidas. Deme un número de cuenta. Si Mandelbaum continúa burlándose de usted, invitaré a la orquesta de cámara de Kraus». Los gemelos deambulaban por la ciudad con un secreto en la frente. En el hotel hablaban de ellos como si estuviesen enfermos, en voz baja. No comían nada, solo tomaban café. El jefe de camareros dijo: «Si pudiera servirles los sonetos de muerte de Rilke, tal vez se los comerían. Al parecer no digieren otro tipo de alimento».

Después del desayuno, la señora Zauberblit, el señor Pappenheim y Samitzky decidieron ir al Departamento de Sanidad a registrarse. El funcionario ni siquiera parpadeó al oír las declaraciones de la señora Zauberblit. Esta alabó el departamento y dijo que no había otro igual en lo referente al orden y la belleza. No era de extrañar que hubiesen ampliado sus competencias. Samitzky informó de que sus padres habían llegado hacía cincuenta años y que desde entonces no habían dejado de sentir añoranza. El funcionario anotaba impertérrito, como una grabadora.

Esa noche Samitzky no se puso el uniforme. La banda tocó. Y todo el mundo vio claramente que la señora Zauberblit tenía un nuevo admirador. Estaba radiante como una enamorada. La joven esposa del profesor Fussholt estaba fuera de sí. El profesor Fussholt estaba concentrado en su nuevo libro y no se movía del escritorio. Estaba harta de la gente de Badenheim. ¿Qué era eso? ¿Otra vez los recitadores? La sumían en la melancolía. Uno de los músicos, uno de los cínicos, intentó consolarla diciendo que no debía enojarse, que en Polonia todo era hermoso, todo era interesante.

Al día siguiente Trude revolucionó toda la calle con sus gritos. Los clientes del hotel se asomaron a la terraza y vieron el desesperado combate. Nadie bajó a ayudar. El pobre Martin estaba tan desconcertado que se abrazó a sus piernas y le imploró: «Trude, cálmate, cálmate. Aquí no hay bosque, aquí no hay lobos».

Una noche extraña cayó sobre Badenheim. Los cafés estaban vacíos, la gente caminaba por las calles en silencio, como sonámbula. Parecía que un extraño espíritu se hubiese posado sobre la ciudad. El señor Schutz llevaba a la alta estudiante como si fuese a atarla. Sally y Gertie paseaban de la mano como dos colegialas. La luz húmeda de las noches de primavera reptaba por las aceras. Los músicos estaban sentados en la terraza contemplando la ciudad con miradas penetrantes. El señor Pappenheim permanecía solo en un rincón echando sus tristes cuentas: el trío me ha traicionado. La gente no me perdonará. No me perdonará, y con razón. Si lo hubiera sabido, habría hecho el programa de otra forma.

## VIII

El mes de mayo volvió a causar estragos en los árboles. Las aceras se cubrieron de un manto de nieve florido. El sol bajó de su alta órbita y deambulaba por las callejuelas. Las sombras del bosque se retiraron y dejaron paso a la luz. También la primera embriaguez pasó. Una mujer se acordó de que lejos de allí había dejado una casa. ¿Qué hacía allí? ¿Quién la había seducido?

—No muy lejos de aquí pasa el tren ómnibus. Por la noche hace parada —explicó Martin señalando la dirección.

—¿No hay autobús directo?, ¿no hay tren directo? —preguntó la mujer desconcertada.

El señor Pappenheim intentó convencerla y explicó: «Hay que quedarse un poco más. Los artistas llegarán. Siempre llegan». Pero ¿de qué servían las palabras? El primer miedo, que había llegado con los olores de la primavera, golpeó a la gente.

—¡Quédese! —se oyó la voz de un hombre.

La mujer escuchó un instante y luego dijo:

—¿Qué hay aquí? No entiendo qué felicidad se puede encontrar aquí.

—El festival. El festival. ¿No querrá perderse el festival?

Al oír esa palabra mágica, ella bajó la cabeza como si no fuese la voz de un seductor sino una voz que llegaba de lejos.

—¿Dónde se celebra? —nada más decirlo se arrepintió de haber hecho esa pregunta, pues podía interpretarse como que estaba accediendo.

—En la sala, en la sala grande.

—Yo no me quedo aquí —dijo la mujer, y echó a andar.

—¡No puede imaginarse lo bonito que es! ¡Qué grandes artistas actúan aquí! ¡Qué ambiente!

—Muéstreme por dónde se va al tren. Solo le pido una cosa. Muéstreme por dónde se va al tren.

—Es de noche. Todo está oscuro.

—¿Por qué me ha traído aquí?

—Créame —dijo el hombre en un tono que sonaba implorante—, no tenía malas intenciones. Quería proporcionarle una experiencia artística.

—Eso no me importa. Quiero volver a la ciudad.

—Le aconsejaría que se quedase y oyese al menos a un artista. Después vuelva. Es una lástima perderse una experiencia tan impresionante.

Extrañamente, esa última frase la doblgó. Dirigió la vista hacia él y no dijo una palabra.

—Créame —dijo él, y no añadió nada más.

Entraron en la pastelería. Los pasteles, el estilo rústico de los muebles, el vaho del café funcionan mejor que las palabras. Él habló de los gemelos, de Mandelbaum, del maravilloso empresario, el señor Pappenheim, el benefactor de los jóvenes artistas.

—Me llamo Karl.

—Me llamo Lotte.

El marido de Lotte era el jefe de ventas de una gran empresa. Había perdido la vida en las montañas. Karl estaba divorciado. Sus hijos vivían en Berlín con su abuelo, un general retirado. Todos los días los hacía correr por la hierba. Iba a meterlos en una academia militar. «El mayor», dijo Karl, «es un chico sensible y melancólico. ¿Cómo va a soportarlo? ¿Qué va a hacer allí? ¿Qué puedo hacer yo?, su madre es prusiana, prusiana de pies a cabeza».

Lotte escuchaba sin hacer preguntas. Y Karl sentía en cierto modo haberle manifestado sus melancólicos pensamientos. Buscaba otras palabras, pero, por alguna razón, no las encontraba.

—No puede imaginarse qué experiencia es estar en Badenheim. Estoy muy contento de que esté con nosotros —dijo tras unos instantes de silencio—. No hay que perderse un acontecimiento así.

—¿Acontecimiento? —dijo Lotte.

—No conozco una palabra mejor. Por lo que veo, es sensible a las palabras.

Y fuera todo florecía de nuevo, era una floración violeta que caía lentamente y destilaba un fuerte aroma. Unos perros salieron de la espesura y Lotte retrocedió y lanzó un grito. Karl los abrazó y se rio, «No tiene nada que temer, son perros grandes, pero muy buenos». Al parecer en su día habían sido perros de caza, pero ahora eran más tranquilos, les gustaban las personas y buscaban una muestra de afecto.

—Nunca había visto tantos perros juntos —dijo Lotte.

—Solo cuatro, solo cuatro. Son tranquilos, no les queda nada de su naturaleza anterior.

Y Lotte supo de pronto que todo lo que había tenido en la vida estaba muerto y no resucitaría. No estaba contenta. Una pena contenida la asfixiaba.

—Ahora, a dormir —dijo Karl, y los perros volvieron a la espesura.

En la sala, los músicos ya estaban tocando a buen ritmo. La gente bailaba un vals con amplios movimientos. Karl agarró a Lotte del brazo y la condujo adentro, como hace un hombre con una mujer a quien conoce desde hace tiempo, sin ceremonias.

## IX

El Departamento de Sanidad parecía ahora una oficina de turismo adornada con carteles: EL TRABAJO ES NUESTRA VIDA. EL AIRE EN POLONIA ES MÁS PURO. NAVEGA POR EL VÍSTULA. LAS NUEVAS ZONAS DESARROLLADAS TE RECLAMAN PERSONALMENTE. CONOCE LA CULTURA ESLAVA. Esas y otras proclamas adornaban ahora las paredes.

La señora Zauberblit, alegre como una joven enamorada, se reía del acento de Samitzky y decía que, en lo sucesivo, él sería el guía. Hacía unos días que ella se había escapado del sanatorio. Fue al mediodía, tras la visita de los médicos, después de que anotaran la temperatura, la cantidad de sangre en las flemas y otros detalles. Los vigilantes de la planta baja se quedaron dormidos y la muerte, la muerte sin adornos ni maquillaje, apareció en el pasillo y se detuvo junto al lavabo. Se quedó mirándola un instante, como mira una mujer a un viejo amante que vuelve a rondar a su puerta, se levantó, se acicaló, se vistió, se puso el sombrero de paja y se dirigió a la estación de ferrocarril. Durante el viaje ya sintió que todo estaba cambiando. Y, cuando el tren se detuvo en Badenheim y se encontró con los viejos conocidos y con los viejos coches de caballos, de pronto la muerte se apartó de ella. También los dolores se calmaron.

Todos los años se escapaban varios pacientes, y todos los años volvían. El sanatorio no renunciaba a ellos. Era un sanatorio viejo y lleno de ceremoniales. Había un régimen muy estricto, pero no desagradable, se organizaban recibimientos para los nuevos pacientes, una vez a la semana aparecía el sacerdote para confesar, había compañerismo y hostilidad como en todas partes. La explanada del sanatorio parecía una espaciosa playa. La muerte vagaba libremente por ella, por la rosalada o por el recibidor, todos hablaban con ella como se habla con un ser vivo: riendo y suplicando. Y, cuando llegaba la hora, abandonaban este mundo, unos con lamentos y otros en silencio.

La señora Zauberblit sentía que la risa, el apetito y el deseo de deambular por los bosques que tenía en el pasado habían vuelto a ella. Samitzky no comprendía lo que decía. Tantos años en la banda de música habían hecho mella en su sensibilidad. Había aprendido a beber, a dormir y a tocar los tambores. Y siempre por obligación. Y ahora la distinguida señora Zauberblit lo llamaba «mi príncipe», se reía de su pobre alemán y decía que Polonia era el país más bonito del mundo y el yiddish un idioma melódico y agradable al oído.

El Departamento de Sanidad también estaba abierto por la noche. La entrada estaba adornada con luces, y dentro, esparcidos por las mesas, había revistas, posters y folletos que hablaban de agricultura e industria, de arte y entretenimiento. Uno podía sentarse en un sillón, escuchar música, hojear una revista y soñar con Polonia.

Y la desconocida y lejana Polonia se iba dibujando como una especie de cuadro idílico y pastoral.

—¿No le gustaría venir con nosotros a Polonia? —preguntó Karl.

La mirada triste de Lotte se ablandó. Le miró con afecto y dijo:

—Si es lo que quiere.

La camarera estaba en la entrada del hotel proclamando a voz en grito: «Este año hay menos veraneantes y vamos a mimarles a ustedes como a huérfanos». Estaba ebria de júbilo. Llamaba a los huéspedes «distinguidos señores», «ilustres veraneantes de Badenheim». Y, cuando apareció el señor Pappenheim, hizo una profunda reverencia y dijo: «El mismísimo empresario en persona». El empresario no estaba tan contento como ella, pero olvidó por un instante sus preocupaciones y le pellizó la mejilla. La camarera gritó: «¡Ay!». Y la tarde la pasaban en el bar o en la pastelería. Si no hubiera sido por los músicos, que bebían y comían en exceso y luego se hundían en un estado de pesadumbre y melancolía, habría sido mejor. Pero los músicos habían visto muchas cosas en la vida, y estaban unidos a sus pequeños placeres como una raíz a la pesada tierra.

## X

Al Departamento de Sanidad llegaron tres inspectores de la Diputación Provincial. El director de la banda llevaba en el bolsillo del chaleco un documento interesante: la partida de bautismo de sus padres. Y el señor Pappenheim dijo sorprendido: «Nunca lo hubiera creído». Era extraño, pero el director no estaba contento.

—Si lo desea, puede unirse a la orden judía, es una orden muy buena —dijo Pappenheim.

—No creo en la religión.

—Si lo desea, puede ser judío sin religión.

—¿Quién ha determinado eso?, ¿el Departamento de Sanidad?

Por la tarde cayó una tromba de agua. La gente se metió en la sala. Luego sirvieron vino hirviendo como en otoño. El señor Pappenheim se concentró en una partida de ajedrez con Samitzky. Al atardecer apareció la hija de la señora Zauberblit. Había heredado de su padre, el general Von Schmidt, una esbelta figura, un cabello rubio, unas mejillas sonrosadas y una voz grave. Estudiaba en un instituto femenino, lejos de su madre.

En la ciudad aún recordaban al general Von Schmidt. Durante los primeros años, después de casarse, iban a Badenheim. Pero Von Schmidt no soportaba el lugar y lo llamaba Pappenheim, como el empresario. Pensaba que era un sitio para enfermos, no para personas sanas. No había caballos, ni caza, y ni siquiera la cerveza era cerveza. Después no volvieron a aparecer. Su recuerdo se fue perdiendo. Tuvieron una hija, los años fueron pasando y Von Schmidt, que había comenzado la carrera militar como suboficial, ascendió hasta alcanzar el más alto rango. El divorcio no tardó en llegar. Tras el divorcio, la señora Zauberblit apareció en Badenheim, alta, delgada y atormentada. Y así terminaba la historia.

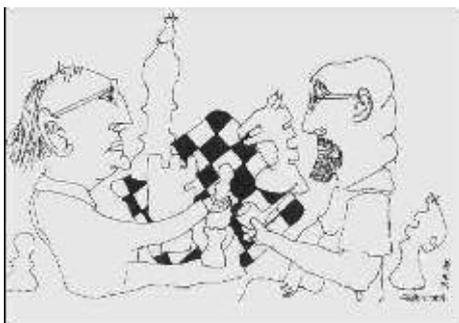
La hija informó al instante de que tenía un documento en su poder. Era un escrito de renuncia a los llamados derechos maternos. La señora Zauberblit examinó el impreso y preguntó: «¿Es también tu deseo?». «Es el deseo de mi padre y el mío», contestó la hija como si se lo hubiese aprendido de memoria. La señora Zauberblit firmó. Fue un encuentro duro y frío. «Perdón, tengo prisa», dijo, y se fue. La aparición de la hija dejó el hotel conmocionado. La señora Zauberblit se sentó en un rincón sin decir palabra. Era como si un nuevo orgullo hubiera brotado en ese momento en su rostro.

Por las alas del hotel un secreto comenzó a unir a las personas. Por alguna razón, el director de la banda no se sentía cómodo y fue a sentarse con los músicos. Por la tarde iban a actuar los gemelos. El dueño del hotel arregló la sala pequeña. Hacía dos días que no se les veía por la terraza. Estaban reclusos. «¿Qué hacen allí arriba?», preguntó alguien. El jefe de camareros confirmó que hacía dos días que no se llevaban nada a la boca. La gente estaba asomada a las ventanas y la luz del atardecer iluminaba sus rostros. Pappenheim dijo en voz baja: «Están practicando, son

maravillosos».

Por la tarde un silencio religioso llenó la sala pequeña. La gente se adelantó y Pappenheim corría de una puerta a otra como si estuviese en sus manos hacerles aparecer antes de tiempo. A las ocho bajaron y se detuvieron junto a la mesa pequeña. Pappenheim se retiró y se quedó junto a la puerta como un centinela.

Estuvieron dos horas sentados hablando de la muerte. Sus voces eran pausadas, tranquilas, como las de quien ha visitado el infierno y ya no le tiene miedo. Cuando terminaron la lectura se levantaron. La gente bajó la cabeza y no aplaudió. Pappenheim se acercó desde la puerta y se quitó el sombrero, parecía que iba a ponerse de rodillas.



## XI

Por la tarde sirvieron pastel de manzana. La señora Zauberblit se puso el sombrero de paja, Samitzky iba en pantalones cortos y el señor Pappenheim estaba en la puerta como un actor en paro. Parecía que los viejos tiempos habían vuelto a su lento caminar.

El día anterior, a medianoche, había llegado el *yanuca*. El vigilante no le dejaba entrar aduciendo que su nombre no estaba en el registro del hotel. El señor Pappenheim, que estaba de muy buen humor, dijo: «¿No ves que es judío?». La señora Zauberblit lo oyó y dijo: «Todo va según lo previsto. ¿No es fantástico?».

—También ustedes se enamorarán de él —dijo Pappenheim bajando la voz.

—El empresario cumple sus promesas. Por cierto, ¿en qué idioma cantará el joven cantante?

—¡Qué pregunta! Cantará en yiddish, en yiddish.

Luego, cuando fue presentado, vieron a alguien que era medio niño medio joven. Tenía manchas rojas en las mejillas. El traje nuevo le quedaba grande. La señora Zauberblit se acercó y preguntó: «¿Cómo te llamas?». «Se llama Nahum Slotzker, pregúntele despacio», intervino el señor Pappenheim, «el joven no entiende alemán». Entonces vieron algunas arrugas de adulto latiendo en las comisuras de sus ojos, pero su cara era de niño. Los mayores le desconcertaban.

—¿De dónde eres?, ¿de Lodz? —preguntó Samitzky en polaco.

El niño sonrió y dijo:

—De Kalashin.

Fue una tarde extraña. La señora Zauberblit estaba alegre como una joven enamorada. Samitzky caminaba a lo largo del pasillo como un profesor de gimnasia retirado. El director de la banda barajaba las cartas y bromeaba con la camarera. La camarera le sirvió pasteles de semillas de amapola recién hechos. Era medio judía. Sus padres habían muerto cuando era joven. Durante unos años había sido la amante del conde Schutzheim. El conde había muerto.

—¿Me permitirán ir con ustedes? —preguntó como para engatusarle.

—¡Qué pregunta! ¿Quién nos servirá en los países fríos?, ¿quién sino tú?

—Pero yo no soy completamente judía.

—¿Y yo?, ¿soy completamente judío?

—Su padre y su madre eran judíos, ¿no?

—Sí, querida, judíos de nacimiento, pero se convirtieron al cristianismo.

Al día siguiente apareció la señora Milbaum, la benefactora de los gemelos. Una mujer alta y elegante que dejaba a su alrededor un halo de realeza. El señor Pappenheim se alegró mucho. Cada vez que alguien volvía a Badenheim se alegraba. El secreto fue envolviendo a la gente, así como una cierta ansiedad producida por una nueva toma de conciencia. La gente caminaba en silencio y hablaba en voz baja. Los camareros servían fresas con nata. El verano, la sombra de su embriagadora locura,

llegó y cubrió la amplia terraza. Los gemelos se sentaban cerca de ella sin decir palabra. Entre la gente parecían niños. El señor Pappenheim había organizado un programa muy apretado y la gente vivía con una extraña expectación. Entre una inspección y otra los ancianos morían. La ciudad estaba impregnada de fuertes efluvios de alcohol. La tarde anterior, el señor Fürst se desplomó y se murió en el café. Había estado años pasando por esa calle elegantemente vestido. Y al lado, en el casino, otro hombre murió junto a la ruleta. A veces parecía que no se trataba de alcohol, sino de un aire distinto, con una pureza que no procedía de los bosques del lugar.

Y en el Departamento de Sanidad se organizaban inspecciones en silencio. Ahora era el centro de todo, y desde ese centro se movían los hilos. En el Departamento de Sanidad ahora se sabía todo. Había multitud de mapas, revistas, una biblioteca; si uno quería, podía sentarse a estudiar. El director de la banda fue a registrarse al departamento y volvió contento. Le enseñaron un armario entero de contratos, licencias y documentos. Era extraño, su anciano padre había escrito un libro de aritmética en hebreo, lo sabían todo y se alegraban de enseñarle a alguien su pasado, dijo el director.

En la entrada de la ciudad se puso un control. Nadie salía ni entraba. Pero la cuarentena no era absoluta. Los lecheros llevaban leche por la mañana y el camión de la fruta descargaba cajas en el hotel, los dos cafés estaban abiertos, la banda tocaba durante toda la tarde y, a pesar de todo, parecía que otro tiempo, un tiempo de otro lugar, había invadido la ciudad y se había establecido allí en silencio.

## XII

Y cambió el curso de la vida: no más bosques, paseos, picnics, salidas improvisadas ni salidas organizadas. Ahora la vida estaba reducida al hotel, a la pastelería y a la piscina. El agua esculpía la figura de la estudiante. Maravillaba con su silenciosa zambullida. La forma de nadar del señor Schutz era bulliciosa y algo pesada, pero ella no se burlaba de él, estaba absorta en sí misma. También Sally y Gertie pasaban las últimas horas de la mañana en la piscina. En su momento, ese rincón también estaba fuera de su alcance, pero el leal y anciano conde les había otorgado en los últimos años la condición de socias de pleno derecho de la piscina y la cancha de tenis. La gente se indignó al principio, pero después el descontento quedó olvidado. Aprendieron a nadar, a lanzar la pelota y a disfrutar de los juegos acuáticos.

Y por la tarde iban al Departamento de Sanidad. En la tienda de souvenirs ya vendían el mapa de la gran Polonia. Los aventureros hablaban entusiasmados del Vístula y de los Cárpatos. El primer estupor ya había pasado. Incluso los músicos dejaron de tener miedo a preguntar. Solo el señor Langmann refunfuñaba: «Hay que reconocer que el señor Pappenheim ha conseguido despertar a los viejos fantasmas».

—¿A qué se refiere? —preguntó Karl en voz baja.

—¿Aún hay que dar más explicaciones?

—¿Usted quiere que mandemos a nuestros hijos a una academia militar?

—¿Qué hay de malo en que los jóvenes hagan algo de deporte?

—Detesto el ejercicio físico.

—En tal caso, váyase a Polonia, a Lodz, con los judíos del Este, también ellos detestan el deporte. Se dedican con esmero al pequeño comercio.

—Yo no veo nada malo en el pequeño comercio. Es muchísimo más atractivo que la academia militar. Al menos ellos no comen repollo.

—Eso es lo que acabo de decir, Pappenheim ha logrado despertar a los fantasmas.

—Si se refiere a los pequeños comerciantes, debo decirle que deseo ser uno de ellos. Detesto el deporte, aborrezco la caza, mis músculos están flojos, mi cara está pálida, mis comidas son frugales, no bebo cerveza. ¿No le gusta esta forma de vida?

—No.

—En tal caso, ¿por qué se ha registrado aquí?

Lotte no intervino en la conversación. Era como si ese no fuese el Karl que había conocido poco tiempo atrás, sino un marido cuyas manías le eran de sobra conocidas.

En su momento, la gente se apuntaba en ese patio para hacer excursiones organizadas. En la explanada contigua se daban clases de equitación. Desde allí, los coches de caballos partían hacia la ópera, hacia Karlsheim. Hace unos años, apareció en ese patio un hombre que después fue conocido con el sobrenombre de «El pájaro azul». Era un hombre enjuto y con aspecto de monje que predicaba la *Vuelta a la naturaleza* en versión rusa. Encontró en la ciudad algunos adeptos que se retiraron con él a las montañas. Y, cuando volvieron, contaron cómo habían aprendido a

respirar y a hacer ejercicio. Leyeron en su compañía pasajes de los libros de Hermann Hesse. Al parecer, aquel hombre se los sabía de memoria.

A ese hermoso patio llegaron no pocos impostores, magos y gente con diplomas de todo tipo. No había un año sin algún escándalo. Y desde el nombramiento del señor Pappenheim se fueron multiplicando.

Hace unos años apareció en ese mismo patio un hombre de baja estatura, vestido con un sencillo traje, que por su aspecto parecía un vendedor ambulante, pero enseguida se puso en evidencia que no era un vendedor sino un vagabundo portador de un mensaje. Se quedó unos días en el patio gritando a los que pasaban por allí: «¡Salvad vuestras almas mientras estéis a tiempo!». También él encontró varios fieles. Pero esa aparición acabó con un gran escándalo. Aquel hombre persiguió a una bella estudiante y al parecer la sedujo. Cuando fueron a buscarla, sus padres interpusieron una demanda judicial contra el señor Pappenheim en la que se le acusaba de corrupción de menores.

Y ahora la gente se registraba en ese patio para Polonia. Los detalles no estaban claros. Pappenheim decía bromeando: «¡Qué más da aquí o allí! Es posible que nuestro verdadero sitio esté precisamente allí». Samitzky estaba alegre como un niño. El olor de Polonia le devolvía a su infancia. Pero los demás hacían todo lo posible para evadirse de esa situación. La oficina de correos bullía de telegramas y cartas urgentes donde se maldecía el nombre de Pappenheim.

Pero enseguida fue evidente que no se podía hacer gran cosa. En el hotel volvieron a servir comidas ligeras de primavera: empanadillas de queso fresco y sopa fría de remolacha con crema agria. El jefe de camareros estaba eufórico. La camarera medio judía le engañaba y, por la noche, daba sándwiches y vino a los músicos hambrientos.

## XIII

El banquete en honor del *yanuca* comenzó tarde. La gente iba de un pasillo a otro y la luz de las bombillas se derramaba en sus rostros. La oscuridad sobre las alfombras era suave y lanosa. Los camareros servían café con helado. En la sala pusieron mesas cubiertas con manteles blancos. Algunos músicos se reunieron en un rincón y tocaron para sí mismos. En las altas y estrechas ventanas se enroscaban lenguas de oscuridad.

La señora Milbaum estaba sentada en el trono real y de sus ojos verdes centelleaban luces verdes. La gente evitaba sus miradas. «¿Dónde están mis gemelos?», murmuró. No obtuvo respuesta. La gente parecía estar atrapada en una red. Los gemelos charlaban con Sally. Sally llevaba un vestido de flores largo y gesticulaba como una cantante. Los gemelos, que no solían conversar mucho con mujeres, se reían desconcertados.

Sally les habló de los primeros festivales. Gertie apareció y dijo, «Estás aquí». «Deja que te presente a dos auténticos caballeros», dijo Sally. Los gemelos tendieron sus largas y blancas manos. El *yanuca* estaba sentado en un rincón sin decir palabra. El señor Pappenheim le explicó en un yiddish balbuciente que enseguida comenzaría el banquete. La gente estaba esperando a oír su voz.

Todos bebían sin cesar. La señora Milbaum no se movió del trono real. Sus ojos verdes destilaban ahora veneno. Su vida estaba complicada en muchos lugares y también en Badenheim se había ido enredando. Ahora creía que se había tramado una conspiración contra ella. Por la mañana se había registrado en el Departamento de Sanidad. El funcionario no tuvo en cuenta los títulos nobiliarios que le había otorgado su primer marido, y tampoco mencionó al segundo, un aristócrata de sangre real. A excepción de su apellido, en el formulario no había nada anotado.

Samitzky estaba sentado en el sillón de al lado y charlaba en un polaco balbuciente con la alegría de un niño. Y con ese buen ánimo se volvió hacia la señora Milbaum y le dijo:

—Señora, ¿por qué no se une a nuestro círculo?, creo que es bastante entretenido.

Un velo metálico cubrió sus ojos.

—Se lo agradezco —dijo.

—Una compañía honorable, la aristocracia judía —Samitzky no cedió.

—Entiendo —dijo ella sin mirarle.

—Sería un placer para nosotros contar con su compañía —Samitzky volvió a molestarla.

—No te preocupes, la duquesa se acostumbrará a nosotros —murmuró el músico Zimbelman.

—Ella se ha registrado, ¿no? Entonces a qué viene este separatismo —añadió alguien desde el rincón.

La señora Milbaum los miró con sus ojos verdes.

—¡Chusma! —al final arrojó la piedra.

—Nos ha llamado chusma —dijo Zimbelman—. Chusma nos ha llamado.

Los camareros sirvieron queso y vino de Burdeos. El señor Pappenheim se sentó al lado del *yanuca* y le animó:

—No hay nada que temer. La gente es muy agradable. Sube al escenario y canta.

—Tengo miedo —dijo el niño.

—No hay nada que temer, la gente es muy agradable.

El director de la banda vaciaba una copa tras otra. Su cara se iba poniendo roja.

—Nos vamos a nuestra patria, Samitzky, hay que aprender a beber —dijo.

—Allí se bebe auténtico alcohol y no cerveza calentucha.

—¿Y qué le harán allí a un gentil como yo?

—No te preocupes, solo la circuncisión —dijo Zimbelman, y sintió que se había excedido un poco—. No te preocupes, a pesar de todo los judíos no son unos bárbaros.

En ese momento, el señor Langmann se acercó a la duquesa y le dijo:

—Mañana me voy de aquí.

—¿Es que no se ha registrado en el Departamento de Sanidad?

—Aún me considero un ciudadano austriaco libre. A los judíos de Polonia deben enviarlos a Polonia. Se merecen el país que tienen. Yo he llegado a esta situación por error, ¿es que una persona no puede cometer un error de vez en cuando? Igual que le ha ocurrido a usted. ¿Y por un error nos van a privar de la libertad de movimiento?

La mirada de la señora Milbaum capturó entonces a Sally y a Gertie. Se habían llevado a los gemelos a un rincón. «Rameras», dijo la duquesa echando chispas. Los gemelos bromeaban y estaban alegres como dos muchachos que se encuentran inesperadamente en una orgía.

Después de medianoche subieron al niño al escenario. Estaba temblando. El señor Pappenheim permanecía a su lado como un padre. El niño cantó una canción sobre los bosques oscuros donde habita el lobo. Era una especie de canción de cuna. Los músicos rodearon el escenario y se quedaron boquiabiertos. Su mundo se estaba derrumbando ante ellos. «Maravilloso», dijo alguien. Samitzky, que estaba borracho, sollozó. La señora Zauberblit se acercó a él y dijo: «¿Qué ocurre?».

En ese momento un miedo oculto atrapó a Sally y entonces decidió acercarse a Pappenheim.

—Querido señor Pappenheim, ¿también nosotras podremos irnos? ¿Hay sitio también para nosotras?

—¿Qué estás diciendo? —la reprendió—. En nuestro reino hay sitio para todos los judíos y para todos los que quieran ser judíos. Es un vasto reino.

—Tengo miedo.

—No hay que tener miedo, querida, todos nos iremos pronto.

Gertie se mantuvo al margen y no preguntó nada, como si no tuviese permiso para hacerlo.

## XIV

El verano estaba en todo su esplendor. En los jardines embriagados crecían rosas silvestres que se enredaban por las tapias. El señor Schutz saltaba como un niño y provocaba la juvenil risa de la estudiante. En los últimos días había estado sumida en la melancolía por culpa de la piscina. Nadar allí le producía una felicidad que solo los animales conocen. Y esa felicidad le había sido arrebatada. El Departamento de Sanidad había cortado el agua de la piscina. Desde entonces tenía una gran añoranza. Schutz le compraba cajas de bombones, le prometía que irían a los Alpes, a París, a pasar un fin de semana a Mallorca, a navegar por el mar Báltico. Hacía todo lo que podía para contentarla. Y, cuando las palabras no servían de nada, saltaba como un niño, saltaba como un oso.

Sally y Gertie se pusieron las faldas rojas y los sombreros de paja y se dirigieron hacia el hotel. El señor Pappenheim estaba en la entrada.

—Nos están privando de los placeres de la vida —proclamó Sally.

—¿De qué estás hablando? —se sorprendió Pappenheim.

—Han cortado el agua de la piscina.

—En tal caso —dijo Pappenheim— tendremos tiempo para estudiar.

Ellas se rieron.

—¿Por qué no baja con nosotras al bar? ¿Le apetece un poco de Málaga? —dijo Sally.

—Estoy dispuesto a todo.

En el bar había un buen ambiente. Los músicos habían llevado al bar a la camarera medio judía. Daba vueltas en el escenario como una bailarina, enseñando las piernas y diciendo que sus piernas no habían sido registradas en el Departamento de Sanidad: eran carne austriaca.

El dueño del bar regaba las plantas que estaban en el alféizar de la ventana enrejada. El jaleo no le afectaba. Conocía de sobra esa locura, pero ese año habían traspasado todos los límites. Varias veces había echado ya a la camarera medio judía, pero, como los músicos iban a boicotear el bar, al final cedió. Ese año las cosas no iban muy bien. El dueño de la pastelería le hacía la competencia con sus exquisitas tartas de fresa.

Después del baile, la camarera imitó a los gemelos, movió el arco del violín como Mandelbaum, se hizo tan pequeña como el *yanuca*. Había un ambiente festivo. Pappenheim dijo que presagiaba una buena temporada. Algunos artistas le habían fallado, no habían respondido a sus telegramas, y todo, al parecer, por culpa de los desórdenes.

—¿Y si nos obligan a emigrar? —preguntó Sally.

—Emigraremos —dijo Pappenheim—. Hay lugares maravillosos en Polonia.

Los olores del bar animaron al señor Pappenheim. Olvidó sus preocupaciones. La camarera medio judía era incombustible, contaba chistes, maldecía el repollo

austriaco y juraba fidelidad a la orden judía del señor Pappenheim.

Y de pronto cayó sobre el bar un silencio mezclado con oscuridad. Las palabras quedaron entrecortadas. El señor Pappenheim se quitó el gorro de paja. Parecía que iba a presentar a un nuevo artista, a un artista famoso.

—¿Qué pedimos? —preguntó Sally.

—Algo fuerte —dijo Gertie sin consultar al señor Pappenheim.

Y entonces se levantó la camarera medio judía, se quitó las medias y anunció que invitaba a todos los borrachines y tragones a probar esa tajada austriaca. Estaba completamente ebria. Intentaron bajarla al sótano, pero el dueño del bar se negó, porque el lugar estaba lleno de botellas y ella perdería aún más la cabeza.

—¿Es que no es una buena carne? —se lanzó directamente a por Pappenheim.

—Claro que sí —dijo.

—Entonces, coge un cuchillo y corta.

—No soy carnicero.

—¿Qué es lo que quieres de él?, ¿crees que es capaz de hacer eso? —dijo Sally.

—Entonces cortaré yo —nada más decir eso empezó a hacerse una incisión en el muslo.

Se armó un gran revuelo. Fueron a buscar a Martin. La sangre se derramaba por el suelo. «No me dejaréis aquí», gritaba, «también yo me voy». Los torpes músicos permanecía de pie como autómatas. Tenían los ojos petrificados de terror. Y entonces Pappenheim se levantó y dijo: «¿Qué te imaginas? Cuando nos vayamos, también tú lo harás». Pero ella ya no lo oyó.

Después de curarla, la subieron a la sala y la taparon con una manta de lana verde. El hotel estaba conmocionado: la desesperación le ha hecho perder la razón.

Al día siguiente, el hotel estaba sumido en un silencio gélido. La camarera dormía y sobre su sueño se cernían sombras grises. Los músicos se apiñaron en la hierba como un rebaño asustado. El campanario proyectaba su sombra a lo largo del jardín imperial. Schutz no se separaba de la estudiante. Ahora temía su atenta mirada. Parecía que lo absorbía todo con los ojos. Le contó que la camarera medio judía era una mujer muy agradable, aunque, lamentablemente, parecía que cierto desasosiego la atormentaba.

—¿Y la herida? —preguntó ella de improviso. A Schutz le pareció conveniente suavizar la impresión que eso le había causado y dijo que, a pesar de todo, lo herida había sido bastante superficial.

Karl se sentó en un sillón y observó el acuario iluminado. El jefe de camareros se acercó a él y le habló del terrible desastre que había ocurrido en el acuario el año anterior. Un amante de la naturaleza llevó unos peces cambium azules y convenció al dueño del hotel para meterlos en el acuario con los demás. El dueño del hotel tenía ciertas sospechas sobre esos peces azules, pero al final accedió. Durante unos días, los peces cambium azules se mostraron muy joviales, pero una noche organizaron una terrible matanza. Por la mañana el fondo estaba lleno de peces muertos.

—Entonces, ¿estos son descendientes de los asesinos? —preguntó Karl.

—No. Los asesinos fueron condenados a muerte por el dueño del hotel.

—Entonces ¿son otros peces?

—Son nuevos. Yo los quiero mucho. Nadan de forma grandiosa, son aristócratas, ¿no cree?

—¿Viven en paz? —quiso saber Karl.

—Eso creo —dijo el jefe de camareros—. Los verdes son muy modestos y no les gustan las peleas.

—¿No habría que separarlos?

—Es posible —dijo el jefe de camareros—. Es posible.

## XV

Noches tranquilas, templadas, volvieron a Badenheim. Taparon al *yanuca* con dos mantas y le hicieron sentarse en la terraza. La gente lo cuidaba como a un niño adoptado. De vez en cuando aún se infiltraba en la ciudad alguna carta urgente y se armaba un pequeño revuelo: alguna operación que no había llegado a realizarse. Un viajante errante que no había oído nada sobre la cuarentena llegó para realizar su trabajo. Se sorprendió: en los pueblos todo está tranquilo. ¿Qué está pasando aquí?

—¿Vuelven a Polonia? —se rio—. Y yo que una vez huí de allí.

—Todos hemos estado alguna vez en Polonia, y todos vamos a volver allí —dijo Pappenheim.

—¿Qué sentido tiene volver ahora allí? Yo soy viajante de una famosa empresa. De ninguna manera quiero volver allí —si no hubiese sido por aquellos saludos de lugares lejanos, la gente se habría acostumbrado a la cuarentena con mayor facilidad. Pero las cartas perdidas que se infiltraban perturbaban la ciudad y producían un momentáneo revuelo.

—¿Qué le dicen?

—Ya he dejado de leer cartas y periódicos.

—Pues, desgraciadamente, yo no —decía Pappenheim.

Cartas y periódicos. Ya no se oía el susurro del papel. El silencio era denso. Y se iba haciendo más denso de día en día.

—Yo no me preocupo —el viajante se sobrepuso—. Todo corre por cuenta de la empresa. Que se preocupe la empresa. Yo he cumplido con mi deber. Ellos tienen que afrontar todos los inconvenientes. Ya me han explotado bastante durante todos estos años. Ahora deben hacerse cargo de todos mis gastos.

—Afortunado usted que ha venido a parar aquí por asuntos de negocios.

—Hace años me sorprendió una nevada de primavera en un pueblo. Un mes entero estuve durmiendo allí. Todo por cuenta de la empresa.

—¿Y a Polonia no irá?

—Si ellos están dispuestos a costear un viaje tan largo, yo estoy dispuesto a ir.

Al día siguiente, el viajante se puso un traje blanco y se sentó a la entrada de la pastelería. Parecía un soldado a quien los muchos años de servicio habían enseñado a disfrutar de cualquier momento de descanso. El fin de semana haría que las autoridades que estaban en la entrada de la ciudad le diesen un justificante para su empresa. Él no tenía la culpa de estar allí.

Y como los días iban pasando y en la puerta de la ciudad le informaron de que de momento no había ninguna intención de abrirla por completo al tráfico, decidió que ya no tenía sentido seguir viviendo en la clandestinidad, como un ladrón, en la planta baja del hotel y que pediría una habitación, como corresponde a un viajante de una famosa empresa. La gente se alegraba de verle como si portase noticias de lugares lejanos. Y él se vestía de punta en blanco y de cuando en cuando proclamaba: «Salo

se va ahora a descansar, por cuenta de la empresa se va ahora a descansar, un descanso así no se paga ni con todo el oro del mundo». Y después Salo iba a pasear por los jardines, también por cuenta de la empresa. Lo hacía todo tal y como decían las normas de la empresa. La empresa le ordenaba descansar para estar sano, y llegado el momento también llegaría sano a la jubilación.

Por fin las cartas dejaron de llegar. Los músicos se sentaban y cuchicheaban: ¿Qué pasará la próxima temporada?

—A ensayar, chicos, a ensayar —les apremiaba Pappenheim—. Pronto iremos a Polonia y vosotros no ensayáis. El nivel artístico en Polonia es muy alto.

Al día siguiente, el señor Pappenheim les informó de que les había ascendido y desde ese momento les pagaría lo correspondiente a su nueva categoría. Se pusieron muy contentos. El director encontró el momento adecuado para reprenderles y decirles que la generosidad del empresario era digna de elogio. Él no los hubiera ascendido. Todos se comportaban con una extraña generosidad. El jefe de camareros aparecía de vez en cuando por el comedor y preguntaba si la comida era del agrado de todos. Parecía que le enviaba el dueño del hotel, pero tal vez él mismo se viera en la obligación de hacerlo.

—¿A qué se está bien aquí? —preguntó Karl.

—Muy bien —dijo Lotte.

—Hay que acostumbrarse a los placeres locales.

No dejaba de hablar de sus dos hijos, a quienes el general había encerrado en un cuartel. Seguro que estarían haciendo la instrucción, seguro que estarían corriendo.

## XVI

Los días pasaban rápidamente. La luz fría despuntaba por el norte y se extendía por el largo pasillo. No parecía luz, sino agujas tendidas que cortaban la alfombra en cuadrados. La gente se pegaba a las paredes como sombras.

La estudiante creció mucho. El abrigo de cuero entallado realzaba su figura, pero las mejillas, esas mejillas sonrosadas y mimadas, habían perdido el color. En vano intentaba el señor Schutz taparla con su abrigo.

Una risa similar al sonido de una delicada vajilla al romperse se oyó un instante en la sala: «¿No te veremos más?», dijo una fina voz de mujer. La voz no obtuvo respuesta y, por un momento, pareció que esa voz no se dirigía a otra persona, sino a sí misma. La estudiante se levantó y dijo: «Schutzi, vámonos, ¿qué estamos haciendo aquí sentados?». En su voz había una extraña determinación que no encajaba con su figura delicada y frágil.

—Enseguida servirán helado —dijo Schutz, intentado dominar sus impulsos. Ella volvió al sillón y de sus grandes ojos verdes emanó una mirada penetrante, como si quisiera silenciar el murmullo que la rodeaba.

Llevaban horas sentados. La luz del ocaso fue apresada por una mata de retama que crecía junto a la ventana. La sala se fue oscureciendo poco a poco, y fue un momento de alivio. La gente intercambiaba miradas. Pero la estudiante no apartaba las manos de las rodillas. Sus dedos parecían ahora transparentes y de un tamaño anormal.

—Pronto servirán helado —se oyó la voz del jefe de camareros, una voz de barítono: piña con helado. Y, mientras lo anunciaba, él y su séquito se dispusieron como en un teatro de marionetas. Se quedó un instante parado en la entrada como si quisiese presentar el manjar con todo su esplendor antes de ser devorado.

—Ya te lo había dicho —dijo Schutz, como hablaría un padre a su hija adolescente. La estudiante alzó la vista y le lanzó una mirada fría y reprobatoria.

La gente comía con avidez, en silencio, subyugada por ese pequeño placer. Copos de oscuridad llenaban ahora los ángulos de la sala y el espacio se iba reduciendo. Karl y Lotte se sentaron aparte en un rincón.

—¡Los peces del acuario!, ¿qué les ha pasado a los peces del acuario? —susurró de pronto Karl.

—Nada, están en el agua.

—Me refiero a los verdes, ¿dónde están los verdes?

—¡Qué raro! —dijo ella—, usted está pendiente de ellos todo el rato.

Karl cogió el plato con las dos manos y se lo acercó a la boca, pero antes de probar el helado dijo: «Los verdes, los peces más bonitos del acuario han desaparecido sin que nadie se haya dado cuenta». Comió y dejó el plato con cuidado en la mesa baja.

El café no tardó en llegar, un café espeso y aromático. Y la señora Zauberblit dijo

la siguiente frase:

—El jefe de camareros nos ofrece manjares y tendremos que agradecersele durante toda la vida.

—Quiere privarnos de los placeres del otro mundo —intervino Samitzky.

—¿Cómo?

—Esto no es café, es mirra.

El jefe de camareros se justificó diciendo que era café brasileño, de las reservas.

Cayó la oscuridad. La luz de la chimenea iluminaba a los que estaban alrededor y la música familiar, íntima, volvió a instalarse en la sala. La estudiante estaba completamente absorta en sus pensamientos. Schutz encendió la pipa, cruzó las piernas y se sentó como abandonándose en las suaves manos de la penumbra. Y, cuando todo estaba sumido en la penumbra, apareció el señor Langmann apoyado en su bastón. Se detuvo en la entrada y desde allí anunció:

—He estado en el departamento, con el director, y he exigido una revisión.

—¿Una revisión de qué? —Schutz se despabiló.

—De mi caso, de mi caso específico.

—¿En qué podemos ayudarle nosotros?

—No estoy pidiendo ayuda.

Por supuesto era un tardío arrebato de ira, una ira agobiante que solo buscaba un desahogo. Se detuvo en la puerta esperando una palabra de reproche, pero la gente no estaba enfadada con él.

—Sea como sea me mantendré firme en mi postura —volvió a declarar.

—¿Y cuál es su postura? —preguntó Schutz.

—Soy austriaco de pies a cabeza, y mientras viva se me deben aplicar las leyes austriacas.

—Pero, si no me equivoco, da la casualidad de que también es judío.

—¡Judío! ¿Qué es ser judío? Si es tan amable, dígame qué es ser judío.

—Por nuestra parte —dijo la señora Zauberblit— puede dejar de serlo.

—Esa es mi principal demanda.

—En tal caso, ¿por qué se enoja con nosotros?

—Pero ¿y Pappenheim?, ¿está de acuerdo con usted? ¿No ha oído que nos ha proclamado como la orden de la aristocracia judía?

—No sabía —dijo Schutz— que el señor Pappenheim tuviera tanto sentido del humor.

—No se tome esas declaraciones a la ligera —concluyó el señor Langmann.

Schutz fue a por carbón para reavivar el fuego de la chimenea. La cara de la estudiante cambió de color. Schutz no se acercó a ella. Los ojos de la joven estaban cada vez más concentrados en el fulgor que salía de las brasas. Un extraño vínculo se estaba forjando ahora en la sala en penumbra, un vínculo sin palabras. El señor Langmann encendió la pipa y el humo del tabaco propagó su dulce olor.



De pronto, la estudiante se levantó y dijo: «¿Por qué no me sacas de aquí? ¿Es que no ves que esta reunión me agobia?». Schutz se levantó y se acercó inquieto hacia ella, pero, antes de que pudiera extender los brazos, la estudiante perdió el sentido y se desplomó.

—La niña se siente mal —gritó la señora Zauberblit—, traigan alcohol.

Y así se hizo trizas de repente la hora del atardecer. Schutz se arrodilló, la levantó y la tendió en el sofá. Los demás se quedaron a su lado como si les hubiesen reprendido, como si todos los acontecimiento de la vida les hubiesen abofeteado.

Y entretanto se supo el secreto en el hotel. La estudiante ya estaba en el tercer mes de embarazo. El señor Schutz se quedó perplejo y desconcertado. Se puso a escribir una larga carta a su madre donde le informaba de que algo había pasado en su vida, de que iba a casarse con una mujer muy hermosa. Seguro que le gustaría. Lo que pasaba era que de momento estaba sin un céntimo; si pudiese enviarle algún dinero por correo urgente o con un mensajero, le sería de gran ayuda. Dobló la carta y la metió en un sobre, pero por el camino se acordó de que todo estaba cerrado, también la oficina de correos.

## XVII

Trude dejó de tener alucinaciones. De nuevo se asomaba a la ventana. Martin regaba el jardín y pintaba la puerta trasera. Esa puerta le preocupaba continuamente desde aquella inspección. Ya estaba registrado y también había registrado a Trade. El procedimiento fue breve.

—¿Judío?

—Judío.

—¿Judía?

—Judía.

—¿Y Helena? —preguntó el funcionario.

—Ella ya no es judía —sonrió Martin.

El funcionario le preguntó muchos detalles, sobre todo respecto a Helena. Martin estaba confuso y balbuceaba. Cuando volvió, se lo contó a Trude y ella le miró con mucho cariño, como si le hubiese traído noticias de otros mundos. Ahora estaba dedicada a los recuerdos de su infancia. Incluso volvieron a su memoria algunas palabras en polaco y, siempre que esas palabras afloraban a su memoria, ella sonreía. Helena no escribía. Eran pocas las cartas que llegaban a la ciudad, y las que lo hacían solo provocaban un revuelo. Los que solían bañarse en la piscina estaban en la cancha de tenis. El director de la banda hacía mucho ejercicio. Trude ya no hablaba de lo consumidos y delgados que estaban. Hablaba de su infancia en Polonia. Por un impulso estúpido se había escapado de casa. Sus padres no la habían perdonado. Llevaba años sin hablar de eso. Y, cuando lo hacía, Martin decía: «Aún sigues anclada allí, en las montañas». Ahora Martin se quedaba sentado, sorprendido: había cierta melodía en la voz de Trude. Era como si no fuesen los recuerdos sino una música lejana lo que revitalizaba su rostro. Entonces ella decía: «Si Dios quiere, cada uno volverá a su ciudad natal».

«¿Me perdonarán?». Esa pregunta se repetía intermitentemente, entre una comida y otra. Luego Trude volvía a la ventana u hojeaba una revista. Y una vez dijo: «Helena volverá, estoy segura de que volverá».

El profesor Fussholt estaba corrigiendo las pruebas de su libro. En su día, las conferencias que daba en los círculos académicos provocaban controversia. Él era quien había llamado a Theodor Herzl folletinista con pretensiones mesiánicas, y a sus ayudantes, militantes enganchados al carro del oro. Tampoco Martin Buber había salido bien parado. Fue él quien lo llamó medio profeta medio profesor. Si alguien se merecía el adjetivo de gran judío era Karl Kraus: él había renovado la sátira. Y ahora el profesor Fussholt estaba sentado corrigiendo las pruebas de su libro. ¿Contra quién arremetería en esa ocasión?, ¿contra los periodistas, contra los folletinistas, contra el llamado arte judío?, o a lo mejor era un libro sobre Hans Herzl, el hijo de Theodor Herzl que se convirtió al cristianismo. O tal vez era un libro sobre la sátira, la única expresión artística apropiada para nuestra vida.

En ese momento la señora Zauberblit estaba sentada en su habitación. El termómetro marcaba 37,8 y en las flemas había hebras de sangre gruesas como gusanos. Los dolores fueron en aumento y vagaban de costilla en costilla. Morir estando lúcida y no volver al sanatorio era su firme deseo. La muerte había dejado de preocuparle; ahora, simple y llanamente, creía en el otro mundo.

Le gustaban las flores del jardín luxemburgués, los paseos cortos, todo lo que se llamase Badenheim: miradas y palabras. Samitzky sin dejar el vaso, hablando alemán mezclado con palabras en polaco y siempre contando cosas de su ciudad natal.

La tarde anterior, la señora Zauberblit hizo una especie de esquema de su testamento:

1. Las casas de Viena, para Leon Samitzky.
2. Los títulos de valores, para que continúe el festival aquí, en Badenheim, o en Polonia. Según le parezca mejor al señor Pappenheim.
3. Las joyas, para el *yanuca*, para sus estudios de música.
4. El dinero en efectivo, para los gemelos.
5. El guardarropa, para Sally y Gertie.
6. Los enseres de la casa, para el jefe de camareros.
7. El cadáver no será incinerado. El señor Pappenheim recitará el Kaddish.

Dejó el pedazo de papel en un cajón. La fiebre iba subiendo poco a poco. La costumbre de anotar cada oscilación de la temperatura, una costumbre adquirida en el sanatorio, una costumbre que le producía náuseas, era ahora su secreto mejor guardado. Anotaba y se reía, como por un hábito que es difícil dejar.

Escribió muchas cartas. No se olvidó de la anciana aya y le envió una cantidad para su manutención, pero sobre todo le gustaba la mórbida melodía de Samitzky. Parecía que no había sido una relación de varios días sino de incontables años. Muchos clientes habituales no habían ido ese año. Los apreciaba a todos, incluso a Mitzi.

«Si Mandelbaum nos traiciona invitaremos a Kraus, todo se cargará a mi cuenta; pero no esté triste, señor Pappenheim, no esté triste». Samitzky bebía y ella no le decía que no lo hiciera. Le gustaban él y sus borracheras.

## XVIII

La luz dejó de fluir. Había una especie de atención congelada. Una sombra naranja de otro lugar roía en secreto las hojas de los geranios. La humedad amarga, la humedad oculta, era absorbida por las plantas trepadoras. Pappenheim estaba preocupado por los músicos. Les compraba chocolate y pasteles de crema. Ellos, agradecidos, se volvieron sumisos. Se acabaron las disputas. Ahora esa luz se filtraba por las nubes e iluminaba la amplia terraza. El amor del señor Schutz ya no era tan ligero como en días pasados. La sombra naranja se posaba ahora en él y en su amante. La estudiante se atrincheraba en su abrigo de verano como si temiese una repentina separación.

La oficina de correos estaba cerrada. Luces frías se deslizaban por las pulidas escaleras de mármol. La puerta y sus grabados góticos recordaban por alguna razón a un monumento en ruinas. La tarde anterior, el señor Pappenheim se detuvo junto a la oficina de correos cerrada y se rio, todo estaba cerrado.

Mientras el señor Pappenheim se detenía junto a las escaleras de la oficina de correos, se produjo una lucha desesperada en la farmacia. Dos forasteros se lanzaron sobre el armario de los venenos. Martin se enfrentó a ellos, les quitó los frascos de las manos y gritó: «No lo permitiré». Eran dos hombres delgados que habían llegado hacía unos días. En sus rostros había una fría desesperación.

Por la noche aparecieron Mandelbaum y su terceto como ladrones. Pappenheim los condujo al vestíbulo y les ofreció té.

—¿Qué ha ocurrido?

—Hemos obtenido el permiso para pasar.

—¿Lo pidieron?

—Claro que lo pedimos. Un muchacho, un joven oficial, ya había mandado nuestros papeles aquí. Le explicamos que teníamos que llegar al festival. Se rio y dio su permiso. ¿Qué le parece? Nos hemos implicado, ¿eh?

—Estupendo —dijo Pappenheim—, no me lo esperaba. Tienen que descansar.

En la ciudad de veraneo de Reizenbach les había sorprendido la cuarentena. Al principio parecía una broma, pero enseguida se puso de manifiesto que la eficacia austriaca no era menor que la alemana. A la gente del lugar la mandaron a casa y a los judíos, sí, a los judíos, tal y como suena, les impusieron la cuarentena. Mandelbaum envió cartas a la Academia, pero no obtuvo respuesta. Si no hubiese sido por el joven oficial, no habría salido de allí. «Un poco de iniciativa, los judíos se distinguen siempre por la iniciativa, ¿no se suele decir eso, señor Pappenheim?», bromeó Mandelbaum.

El señor Pappenheim se alegró y se apresuró a llamar al jefe de camareros. Este llegó temblando, como si le hubiesen ordenado atender a Su Alteza Real, el emperador Francisco José.

El señor Pappenheim llevaba años intentando llevarle a Badenheim. El tiempo pasaba y no recibía respuesta. El señor Pappenheim se jactaba a veces de sus

promesas y las consideraba una señal de afecto y una esperanza para el futuro. El año anterior había conseguido abrir una brecha en el muro y había sido recibido en su despacho, en la Academia. Y entonces, el artista había prometido ir en verano. El señor Pappenheim no creía lo que estaba oyendo. Y ahora el gran artista estaba en Badenheim. Quién sabe si había ido por deseo propio. Sea como fuere, ahí estaba, no se podía negar que fuera así.

—¿Solo judíos? —preguntó Mandelbaum con cierta ligereza, como si no fuese el mismísimo Mandelbaum.

—Las sirvientas han huido, pero el jefe de camareros, gracias a Dios, es judío de pies a cabeza, y también una camarera.

—Entonces, todo es kasher —bromeó.

El jefe de camareros se permitió decir:

—Aquí, en Badenheim, el maestro tiene muchos admiradores.

Luego organizaron una visita por la ciudad. Mandelbaum quedó impresionado. Dijo que Badenheim era una ciudad mucho más bonita que Reizenbach. Si lo hubiese sabido habría respondido antes. Uno nunca sabe dónde se oculta la auténtica belleza y dónde están sus admiradores. Después de la visita se sentaron en el salón y de pronto Mandelbaum dijo riéndose:

—La Academia no contesta a mis cartas. Han oído, la Academia no contesta a su presidente.

Reniega de su fundador, ¿no es para dar que pensar?

—Lo lamentarán —dijo Pappenheim. Luego le explico—: los veraneantes son un público muy simpático. Y este año, a causa de la cuarentena, el ambiente es muy íntimo. Si el maestro se digna actuar, será la experiencia de nuestra vida.

—¿Yo?, yo solo soy un judío, un número, un expediente. Si no hubiese sido por el joven oficial, me habría podrido en Reizenbach. ¿Ustedes me añoran?, ¿es que soy un rabino o un cantor de sinagoga?

—Usted es nuestro maestro, no tenemos otro, no queremos otro.

—Nosotros —dijo Mandelbaum dirigiéndose al terceto—, nosotros seremos una banda en las bodas judías, la Academia no contesta a su presidente, no contesta a las cartas certificadas, no contesta a las cartas urgentes. Seremos una banda de música.

Los torpes músicos permanecían a un lado sin decir palabra. El gran artista les inspiraba un gran respeto. Estaban apiñados como aves amaestradas siguiendo todos sus movimientos. También el director de la banda lo observaba como paralizado. La princesa Milbaum, que conocía a todos los grandes artistas de Viena y oyó que había llegado, descendió de su trono y dijo: «¡Profesor Mandelbaum! ¡También el profesor Mandelbaum está con nosotros!».

Mandelbaum se levantó, le besó la mano y dijo:

—Al final me han humillado públicamente.

—¿Y qué dice la Real Academia?

—No contesta a mis cartas.

—Yo rompería mi relación con ellos de una vez por todas. ¡Que aprendan la lección!, ¡que aprendan buenos modales!

El señor Pappenheim no se sentía cómodo, era como si hubiesen intervenido fuerzas superiores a él.

Mandelbaum habló de Reizenbach. La princesa escuchó la grotesca historia.

—Tendrán su merecido —dijo, y un rayo de orgullo brillo en sus ojos.

—¿Y aquí? —preguntó Mandelbaum.

—Podrido hasta los cimientos —declaró ella.

Esa misma noche, Mandelbaum se encerró en su habitación, sonidos puros, sonidos pulidos cortaban el silencio. Un nuevo miedo se apoderó de la gente: Mandelbaum.

## XIX

El sol plomizo no desaparecía del frío horizonte. «¿Qué distancia hay de aquí a Viena?», preguntó alguien como dejando al descubierto sus debilidades. «Creo que unos doscientos kilómetros, no más». Esas palabras flotaban ahora en el espacio como cuervos cansados. Abajo, en la cocina, estaban preparando el querido pastel de manzana. El dulce olor se propagó por la terraza.

—¿Por qué no vamos a pedir un visado? —dijo uno de los músicos, que de joven solía vagar de un sitio a otro.

—Si tuvieras un visado en la mano, ¿adónde irías?

El hombre enmudeció como si le hubiesen hecho una pregunta embarazosa. El director de la banda dejó las cartas y dijo:

—Yo estaría dispuesto a ir a cualquier parte.

Martin sacó la ropa de invierno y el olor a naftalina inundó la casa. El sueño de Polonia calmó a Trude. Martin le prometió que allí todo iría bien. «Vinimos de Polonia y ahora debemos volver a Polonia. Quien ha estado allí debe volver allí», qué melodiosa era su voz.

Varias personas enfurecidas estaban junto al teléfono maldiciendo la burocracia que de repente, sin previo aviso, les había dejado incomunicados de sus seres queridos. «¡Orden!», gritaban amargamente, «¡orden!». Algunos no tardaron en escribir largas y detalladas cartas donde explicaban las molestias que el corte de las líneas telefónicas les había ocasionado. Exigieron indemnizaciones a las agencias de viajes y a las autoridades que los habían llevado allí. Por supuesto, fueron invectivas inútiles. Todas las líneas estaban cortadas y la oficina de correos cerrada. Las sirvientas huyeron de las casas como de un incendio. La ciudad comenzó a vivir su vida dentro de sí misma.

—¿Qué harán con nosotros allí, en Polonia? —preguntó uno de los músicos.

—¡Qué pregunta! Serás músico, como lo has sido siempre —le respondió su compañero, que estaba sentado a su lado medio dormido.

—En tal caso, ¿para qué todo este trajín?

—Tendrá que ser así —su compañero encontró las palabras adecuadas.

—¡Que me aspen si entiendo algo! Esto no es de sentido común.

—Entonces, acaba con tu sentido común y empezará a entender.

Las casas se fueron llenando de silencio. Las finas plantas trepadoras crecían salvajes. Las acacias no dejaban de florecer. Otoño y primavera se amalgamaban de forma extraña. Por la noche faltaba aire para respirar. Samitzky no dejaba la botella. Bebía como un campesino, mezclaba el polaco con el yiddish. Era como si, de todos sus idiomas, solo le quedase esa lengua de juventud.

—¿Por qué bebe tanto, querido? —le preguntaba la señora Zauberblit con ternura.

—Cuando uno vuelve a casa, tiene que estar alegre.

—¿Allí hace frío?, ¿realmente hace frío?

—Sí, pero es un frío sano, diáfano, un frío con sentido.

Se acabaron los registros. En el Departamento de Sanidad los funcionarios se sentaban y tomaban té. Habían hecho lo que se les había mandado. Ahora estaban esperando nuevas órdenes.

Pero en las calles no se acabaron las sorpresas. Unos días antes, se detuvo junto a la oficina de correos un ciudadano de Badenheim que había sido comandante en la I Guerra Mundial y, con el tono que seguramente solía utilizar en el ejército, preguntó por qué estaba cerrada la oficina de correos. El señor Pappenheim, que por costumbre iba allí todos los días, le contestó, quizá imprudentemente, que la ciudad estaba en cuarentena.

—No comprendo —dijo el comandante—, ¿hay alguna epidemia?

—Una epidemia judía.

—¿Es que pretende burlarse de mí?

—No es ninguna broma, ¿ha intentado salir? —el hombre volvió la cabeza, y su estrecha y férrea mirada, acostumbrada a escudriñar mapas y campos, se concentró entonces en la baja estatura del señor Pappenheim como si fuese a reprenderle o a ordenarle que se apartara de su vista.

—¿No se ha registrado en el Departamento de Sanidad? —Pappenheim continuó importunando.

Durante dos días estuvo peleándose con el Departamento de Sanidad. Blasfemó contra los judíos y la burocracia. Provocó el pánico en las desiertas calles de la ciudad. Al final se pegó un tiro en la cabeza. El señor Langmann, que no se apartaba de la ventana, se dijo: «Hay que admitir que los judíos son un pueblo feo. No encuentro en ellos ningún provecho».

En ese momento, el director de la banda dejó las cartas y preguntó:

—¿Recuerdas algo de tu casa?

—¿De qué casa? —dijo Blumenthal, un músico ingenuo que se había pasado la vida como en un continuo estupor. En su día, cuando se formó la banda, el director le trataba muy mal. Pero no sirvió de nada. Él continuó sumido en su somnolencia.

—De tu casa judía.

—Nada.

—Mis padres —dijo el director— se convirtieron al cristianismo, ¡al infierno!

—Entonces, déjalo todo y vuelve a Viena.

—Amigo mío, aparezco en un lugar de honor en el Departamento de Sanidad.

—¿Qué quieren de nosotros?

—Es difícil de entender —dijo el director, como si tuviera delante una complicada partitura—. Si es cierto el rumor de que nos trasladamos a Polonia, debemos empezar a estudiar. Yo no sé nada.

—A nuestra edad tenemos la cabeza bastante dura, ¿no crees?

—No queda más remedio. Tendremos que aprender polaco.

—¿Crees que las cosas serán así?

## XX

Los días siguientes fueron tranquilos. La pastelería cerró y las plantas trepadoras se enredaban a sus anchas por las contraventanas verdes. También en el bar dejaron de servir bebidas. Los peces del acuario crecieron y engordaron. Si no hubiese sido por el fuerte y denso olor a tabaco, el bar habría parecido un modesto club donde se intercambiaban impresiones.

El señor Pappenheim decidió poner orden en sus papeles y fue rasgándolos uno por uno: expedientes, correspondencia antigua, contratos, folletos de publicidad y todo tipo de papeles que convertían su habitación en un lugar asfixiante. Cuando terminó de hacer limpieza, salió a dar un paseo con Sally y Gertie. Sally llevaba un vestido de encaje que le había comprado el anciano conde en Venecia, Gertie iba vestida de corto.

—Vamos —dijo Pappenheim—, por hoy ya he hecho lo que tenía que hacer.

En la puerta de la pastelería estaba el anciano pastelero con su traje azul. Después de pasar tantos años con el dueño de la pastelería, había dejado de tener voluntad propia. En su rostro alargado había cierta perplejidad balbuciente.

—¿Se están preparando? —preguntó Pappenheim.

Al oír la pregunta, el anciano se acercó y dijo:

—Yo ya estoy listo.

—No hay por qué apresurarse, aún hay tiempo.

—Quería preguntarle a Su Excelencia —dijo el pastelero con gran respeto— cómo se realizará el traslado.

—En tren. Los viajes en tren son encantadores, ¿no cree?

Tantos años encerrado en el horno no habían doblegado su rudo cuerpo. Parecía un campesino que había casado a sus hijas años atrás y ahora solo le quedaban tiempo libre y recuerdos.

—¿Me permitiría hacerle una pregunta personal? —dijo el pastelero—. Llevo treinta años ininterrumpidos trabajando aquí. ¿Tendré derecho a la pensión allí también?

—Todo se trasladará allí —dijo Pappenheim—. Nadie será desposeído de nada.

—Me lo imaginaba —dijo el pastelero.

Avanzaron. Los castaños se desprendían de sus hojas. Un mudo vacío estaba absorto en la plaza. Llevaba años en Badenheim. Nunca había tenido tiempo para sí mismo. Siempre había sido esclavo de los caprichos de los artistas; por primera vez Pappenheim sentía que el tiempo era suyo.

—Me gustaría volver a la investigación —dijo sin venir a cuento.

—Y nosotras ¿qué haremos? —dijo Sally—. ¿Qué propondría usted, señor Pappenheim? Puedo imaginarnos haciendo por las tardes un curso de formación. ¿Qué opina usted? En todas las grandes ciudades hay cursos de formación por las tardes.

Antes en Viena había anuncios sobre cursos de formación por las tardes.

—Por supuesto —dijo el señor Pappenheim.

En el jardín de la princesa Salpina las rosas crecían salvajes, como nutridas por remolacha podrida. La casa estaba vacía. En la puerta, una puerta de madera, no se oían los ladridos del perro. Durante el último año, la princesa no había participado en la vida social de Badenheim. Prefería vivir en Viena. Y la pequeña y cuidada casa había perdido su esplendor, pero no su secreto. Al principio, también ella estaba entusiasmada con los gemelos, pero una tarde, sin ninguna razón lógica, abandonó Badenheim. Algún tiempo después se recibió una larga carta llena de ira donde exponía todas sus quejas contra los gemelos. El señor Pappenheim respondió defendiendo la honorabilidad de los hermanos.

—¿Por qué está enfadada con nosotros? —preguntó Sally.

—No lo sé. Si lo supiese —Pappenheim se encogió de hombros.

—Podíamos habernos ido de aquí juntos. ¿No hubiese sido bonito irnos juntos?

—A la princesa Salpina le gusta mucho el arte eslavo. Estudió en Berlín —dijo Gertie, y se quedó atónita por la frase que acababa de decir.

—Sus conocimientos del arte eslavo antiguo son muy sólidos —dijo Pappenheim.

—¿No podríamos escribirle?

—Yo le he escrito una extensa carta —dijo Pappenheim—, pero ella no ha respondido.

Estuvieron un buen rato paseando. Pappenheim se encontraba de buen humor y les habló de sus estudios en Dresden. Dresden era una bella ciudad, pero Viena lo era aún más. A quien había nacido en Viena le costaba vivir en otro lugar. Y, cuando regresaron, encontraron al *yanuca* llorando. Quiero volver a casa. Sally le dio una caja de bombones rosa, pero el niño no dejaba de llorar. Y como la caja de bombones no sirvió de nada, Gertie se levantó y anunció: «Te compraré un tren eléctrico, un tren con vías».

El niño se tranquilizó. Y Gertie se sentó y contó que Varsovia era una gran ciudad, una ciudad con muchas jugueterías. Cuando llegasen a Varsovia le compraría un tren eléctrico. El niño preguntó muchos detalles y Gertie se explayó: Varsovia es la gran capital de Polonia, y en Varsovia hay de todo.

## XXI

Volvieron a infiltrarse en la ciudad algunas cartas perdidas procedentes de un mundo olvidado. Uno de los viejos pretendientes de Mitzi le envió una postal pintada con palabras halagadoras. Mitzi lloró. Salo se quedó a su lado e intentó consolarla diciendo que no había que darle demasiada importancia a las palabras escritas, pero no sirvió de nada, ella siguió llorando como una niña.

El director de la banda recibió el extracto de su cuenta bancaria. Se encerró en su habitación y comparó. Sus acciones habían subido.

También Karl recibió una carta de su hijo mayor. Le hablaba largo y tendido, y con gran sensibilidad, de sus nuevas experiencias en la academia militar. Se había matriculado, había pasado los exámenes de ingreso y ahora estaba dando sus primeros pasos. En los estudios ya había obtenido dos buenas notas y también en la formación práctica estaba progresando. Comía mucho repollo y salchichas, bebía cerveza, hacía ejercicio, y pronto iría a sus primeras maniobras. Su aspecto era atlético. Y, entre otras cosas, ya había hilvanado varias expresiones habituales de la jerga del colegio. Ya se había ganado el apodo de «Bocado de Adán», por haber logrado superar la carrera de obstáculos sin caerse. Karl le enseñó la carta a Lotte. Lotte la leyó y dijo que el estilo del joven era intachable. El padre olvidó por un instante su enfado. Su corazón estaba lleno de orgullo.

—Es muy sensible, ¿cómo podrá superar toda esa brutalidad?

—¿Es que no lo ve?, el chico ya puede formarse sus propios juicios de valor — esa frase, que fue dicha en un tono pausado y práctico, devolvió de pronto a Karl la fe en que no había perdido a su amado hijo.

Schutz no recibió ninguna carta. La estudiante se pasaba el día tumbada en la terraza disfrutando de los templados rayos del sol. Estaba absorta en sí misma y en su feto. En vano intentaba Schutz hacerle hablar. Era como si todo lo que había entre ellos se hubiera apurado hasta la última gota. A ella le gustaba el sol más que ninguna otra cosa. Schutz no formaba ya parte de su mundo, la palabras iban escaseando entre ellos. Era extraño, él no lo comprendía.

Y esas pocas cartas propagaron una fría desesperación. Era como si la gente hubiese comprendido por fin lo que estaba sucediendo allí. «El teléfono, el teléfono», se oyeron algunos gritos.

Durante los últimos días la farmacia bullía como una colmena. La gente compraba medicinas indiscriminadamente. Martin estaba contento, pero poco a poco se fue dando cuenta de que no se trataba de compras normales y corrientes. La gente se estaba abasteciendo de grandes cantidades de drogas. Se asustó y cerró las puertas. La gente protestó. «Abra, abra», y como las protestas no sirvieron de nada, comenzó un agresivo asedio de miradas que terminó con el asalto a la farmacia.

La nostalgia sacaba a la gente de quicio. Se detenían junto a la entrada de la ciudad y preguntaban: «¿Cuándo?, ¿cuándo nos vamos?».

—¿Qué tiene de malo estar aquí? —decía el centinela—. No hay instrucción ni guardias que hacer.

Preguntaban como lo hace un enfermo sobre su enfermedad. Si el médico no daba muchas explicaciones, a lo mejor se le podía sacar algo a la práctica enfermera.

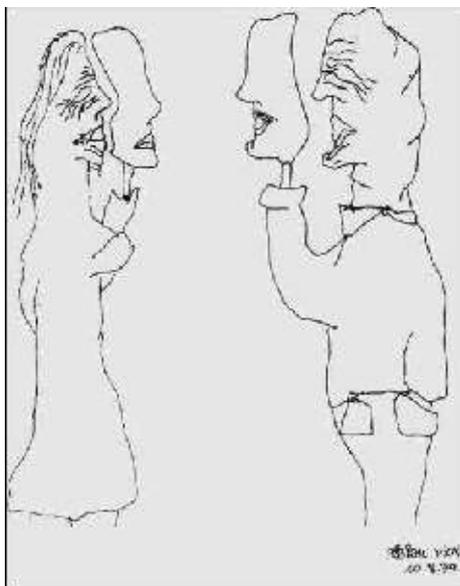
Los artistas no llegaban. El señor Pappenheim iba todos los días hasta las puertas de la ciudad. Mientras la compañía no estuviese completa no llegaría la salvación. Nos completamos los unos a los otros. Y mientras falte uno, no será posible la restauración de la armonía original. Y eso era lo que le desesperaba.

Y cuando la desesperación estaba a punto de instalarse en el lugar, la señora Zauberblit se levantó y anunció que los gemelos actuarían esa tarde.

Los gemelos habían crecido y parecían dos jóvenes delgados, medio atletas medio bailarines. Pero, en el momento en que subieron al escenario, su delgadez adquirió el poder de fascinación de la realeza. Dominaban las palabras de tal forma que no parecían palabras, su dicción era fluida, etérea.

Durante una hora entera permanecieron sobre el escenario en absoluta concentración. Y al final, las palabras actuaron por sí solas, volaron como pájaros atrapados por el fuego.

—Lo han hecho, les dije que lo harían —dijo Pappenheim. Las lágrimas se agolparon en sus ojos. Sally se apresuró a servir limonada. Tras la actuación, la seriedad abandonó el rostro de los gemelos. Parecían dos jóvenes después de una competición de atletismo, satisfechos pero algo vacíos. Contaron chistes y la gente se rio. La princesa Milbaum no bajó a ver el milagro. Su hostilidad era venenosa. Unos días antes había anunciado que iba a desvelar algunos asuntos muy feos. Llamó a Pappenheim impostor internacional. Se encerró en su habitación y escribió varias cartas largas y detalladas donde hablaba de los payasos, de los judíos del Este que se habían apoderado de Badenheim y estaban cubriendo de fango cada pizca de auténtica cultura.



## XXII

El camión de los alimentos no llegaba y el dueño del hotel abrió el almacén de las reservas. El jefe de camareros se quedó en la entrada iluminando la oscuridad con una linterna. Le temblaban las manos como si le estuviesen mostrando los tesoros del otro mundo. Era una habitación amplia llena de olores antiguos. Un tenue silencio, propio de lugares cerrados, parecía congelado allí.

—¿Por aquí? —preguntó el jefe de camareros con temor.

—Sí —dijo el dueño del hotel con una especie de sonrisa que no tenía vuelta atrás.

El jefe de camareros se puso tan contento como si le hubiesen ascendido.

Y por el hotel se esparcieron aromáticos olores a licores, chocolate suizo, vinos franceses, nueces de pecán y melocotón en almíbar de la mejor calidad. La gente se sentó a las mesas y comió con silencioso placer.

—Estos días aquí los recordaremos siempre —dijo Zimbelman exultante.

—Sí, pero lo pagaremos todo contante y sonante —dijo el director de la banda.

También los gemelos abandonaron su reclusión para probar los nuevos manjares. Habían adelgazado mucho. Sus abrigos blancos les estaban caídos de hombros. Qué parecidos se habían vuelto.

—¿Cómo se encuentran los artistas? —preguntó Sally.

—Es estupendo ver a los artistas entre nosotros —dijo el jefe de camareros en tono alegre.

Los gemelos parecían ahora dos jóvenes de buena familia. Se reían y preguntaban hasta el más mínimo detalle, y el jefe de camareros se esforzaba por explicarles algunas cosas de la gastronomía francesa, pues era un gran amante de la cocina francesa y llevaba años queriendo erradicar del hotel los aromas austríacos.

Llegó la tarde. El *yanuca* cantó la famosa canción de cuna *Pasas y almendras*. Durante las últimas semanas había estado sumido en la melancolía y se había negado a cantar. En más de una ocasión Pappenheim habló con él, pero el niño no tenía consuelo, estaba enojado y triste. Y ese fue el gran momento del jefe de camareros. Pronunció los nombres de las comidas francesas como amasando las sílabas, como si no se tratase de manjares sino de criaturas a las que había que tratar con mimo.

A los rostros de Sally y Gertie volvió la habitual expresión de sus días jóvenes, de esa época en que persuadían a los hombres con elegancia. El final del verano estaba asombrosamente bello y, desde la terraza, Badenheim parecía una alfombra salpicada de luces doradas. No había nuevas noticias en el tablón de anuncios. El director de la banda no apremiaba a los músicos. La camarera medio judía se sentaba entre los clientes con un vestido azul y una sonrisa escéptica en los labios. Martin la había cuidado con absoluta entrega y ella se había restablecido. El jefe de camareros la mimaba con manjares y cálidas palabras.

Y había una especie de extraño bienestar. La gente dormitaba en los sillones. Salo

se sentó al lado del director de la banda y dijo que la estancia allí le resultaba muy agradable. No tenía sentido acelerar el final. Y el dueño del hotel tampoco se iba a arruinar. El director farfulló que aquello era una indecencia. Pero Salo volvió a torturarlo diciendo que aquel desorden le resultaba muy agradable: a río revuelto, ganancia de pescadores. Los precios se habían disparado en los últimos años. La empresa se enriquecía y él siempre tenía deudas. «¿Qué tiene de malo estar aquí? Estoy seguro en el hotel, escucho música, estoy en buena compañía, además, ¡eche cuentas!». El director se estremeció por las palabras y por el tono, pero no dijo nada.



Y de pronto una cierta apatía envolvió a la gente. El jefe de camareros pasaba de mesa en mesa anunciando: «Es posible que no vuelva a tener la oportunidad de ofrecerles manjares como estos». Tenía lágrimas en los ojos. Pero la gente no tocaba la comida. Todos miraban el acuario iluminado y la pintura al óleo que estaba junto a él. El dueño del hotel permanecía en la puerta sin decir palabra.

Mandelbaum humillaba a su terceto sin piedad. Farfullaba, amenazaba, golpeaba la mesa con el puño. Desde la silenciosa sala parecía que algo terrible estaba sucediendo arriba. La estudiante dijo de pronto: «Hay que subir y salvarles. Mandelbaum los está maltratando como un sádico». Nadie se levantó. Todos estaban tan absortos que no reaccionaron. Tampoco se despertaron al ver las tazas de café, y entonces la estudiante se puso en pie y dijo que le repugnaba tener esa compañía. Arriba un sádico estaba torturando a gente inocente, y todos seguían sentados sin decir nada.

## XXIII

Y al final de la temporada sirvieron sidra, una bebida suave que siempre produce una ligera melancolía. El jefe de camareros estaba orgulloso de esa bebida, era un descubrimiento suyo. Normalmente a esas alturas la gente hacía las maletas, se despedía de los amigos, contemplaba Badenheim desde la terraza y partía al día siguiente.

En esa ocasión, la sidra servida intencionadamente por el jefe de camareros tenía un sabor puro, algo mareante. La gente la tomaba despacio en jarras rústicas con extraño placer.

A esas alturas, lo normal era que el señor Pappenheim se sentase a hacer balance de las llamadas «lecciones de la temporada»: la imprudencia de los músicos, las malditas pérdidas, y todos los pequeños y grandes problemas que le habían amargado. Pero aquel año ese sufrimiento se desvaneció por completo. No se enfureció con nadie. El afecto llenaba su corazón. Quería levantarse y agradecerle a la gente su confianza, su actitud, su cooperación, volver a nombrar a los artistas que no habían ido en esa ocasión, decir unas palabras en su honor, y explicar que, desde ese momento, no habría diferencia, ni temporal ni espacial, entre Badenheim y Viena, entre los nativos y los forasteros. Desde ese momento, todo sería Badenheim, tanto allí como en otro lugar.

Y mientras las palabras se agolpaban en su mente, el dueño del hotel apareció en la entrada y dijo que quería pedir perdón a los presentes por la desorganización. Si él tenía parte de culpa, quería pedir perdón por ello. Su voz era tranquila, como si pronunciara las palabras midiéndolas con una regla.

Por un momento hubo una especie de conmoción en la terraza. La señora Zauberbliet se levantó y dijo que el dueño del hotel no debía atribuirse ninguna culpa. Todos los años había una fiesta en Badenheim y ese año también la habría.

El jefe de camareros continuó sirviendo. En la terraza hacía frío y la gente se cubrió las piernas con mantas de lana. La familiar calidez de tantos años volvió a propagarse por la terraza. El dueño del hotel bebió con los demás. Parecía un poco avergonzado. Y era como si de un momento a otro alguien fuera a levantarse y a decir, como se había hecho durante años, «Vamos, chicos, a hacer el equipaje». Pero nadie se levantó. El momento parecía congelado en el tiempo.

El sol iluminaba la terraza y los rostros de la gente. Martin se sentó fuera en una hamaca, Trude estaba a su lado y no hablaban, era como si no hubiese ocurrido nada. Los músicos estaban tumbados en la hierba. Parecía que, de un momento a otro, el director iba a gritar: «Levantaos, muchachos, levantaos y poneos los uniformes». Pero nada se movió. El jefe de camareros continuó sirviendo en las jarras rústicas, que por alguna razón ahora parecían pesadas, como hechas de metal. Schutz arrojó a la estudiante con otras dos mantas. El sol se iba poniendo y dejando tras de sí una luz alargada y fría.

—¿Por qué no bebes? —la apremió Schutz—, estás ofendiendo al jefe de camareros. Está orgulloso de esta sidra —la estudiante se incorporó de mala gana y dio un largo sorbo. Su rostro era tan diáfano que se podía ver claramente el movimiento de su mandíbula.

Sally y Gertie se unieron al grupo y se sentaron al lado del *yanuca*. El *yanuca* estaba de buen humor y les preguntó cómo se llamaban. Pappenheim había dicho que el *yanuca* no hablaba alemán, pero al parecer sí entendía las intenciones de las dos mujeres: insistían en que cantase. El *yanuca* preguntó si estudiaban en la universidad, y ellas se rieron a carcajadas.

Incluso Karl estaba tranquilo. Se tragaba una jarra tras otra, pero no se emborrachaba. Parecía feliz.

—¡Qué bien se está aquí!, ¿verdad? —se dirigió a Lotte como solía hacer antes.

—Muy bien —dijo Lotte.

Cayó la noche y disminuyeron las palabras, el rostro de la estudiante iba siendo cada vez más diáfano. En sus ojos no se apreciaba miedo ni pesar. Era como si no fuera una estudiante que se había escapado del instituto, sino una joven que conocía el placer y el desengaño. Estaba acurrucada en las mantas como quien ha aprendido a preciar los objetos inanimados.

¿Qué le ha pasado a la niña?, preguntaban las miradas. Parecía que esa misma pregunta pendía también de la mirada del propio amante.

Y durante un buen rato las miradas rodearon el rostro de la estudiante. Pero su rostro no reveló ningún secreto, como si una luz enfermiza lo iluminase por dentro. Luego también se apagó la luz y su rostro se enfrió.

—¿Por qué no vamos esta noche a dar un paseo? —preguntó Schutz.

—¿Adónde? —dijo ella y, más que como una pregunta, sonó como una firme decisión.

## XXIV

Los noches eran ahora altas y transparentes. El hotel bullía de música. Hasta los torpes músicos ensayaban. Ya nadie podría decir: «Ustedes no ensayan». Nunca se había oído en Badenheim una concentración de sonidos así.

—¿No es un placer para los oídos? —exclamó el señor Pappenheim.

—Me sacan de mis casillas —refunfuñó Mitzi.

—No podemos aparecer en Polonia desentrenados. ¡Qué dirían de nosotros!

El verano no sonreía a Mitzi. Ni un pretendiente, ni un amigo. Uno ensayaba, otra estaba enamorada y otro contaba sus ahorros. Hasta los torpes músicos hacían lo que no habían hecho en todos esos años, ensayaban. Fussholt estaba completamente absorto en su trabajo. Ella lloraba. Su pequeña vanidad, alimentada con gran dosis de femineidad, se había derrumbado ante ella, y sin esa pequeña vanidad, ¿qué le quedaba en el mundo? De nuevo Fussholt, de nuevo las pruebas de imprenta. Y así sería siempre. En Badenheim o en Polonia, ¡qué más daba! Era un llanto amargo. Todos esos años parecían haberse aliado para hacerle daño.

—En pocos días cambiaré todo. Estamos ante un cambio radical —Pappenheim pronunció la frase con absoluta intencionalidad.

Diez años antes, Fussholt había sido un brillante y estimado profesor, y un buen jugador de tenis de mesa. También entonces Mitzi le engañaba, pero su fama la encubría todo. Fussholt se fue concentrando cada vez más en sus investigaciones, y en Badenheim se convirtió en un auténtico adicto al trabajo. Diez años en compañía de Fussholt no le dejaron a ella ni un atisbo de esperanza, tan solo una eternidad de desolación.

—El viaje me da mucho miedo —dijo Mitzi.

—No hay nada que temer —dijo el señor Pappenheim—, en Polonia viven muchos judíos, al final el hombre debe volver a sus orígenes.

El dueño de la pastelería estaba en la calle refunfuñando: «Ellos trastornan la ciudad. Pappenheim es quien debe emigrar, no nosotros. ¿Qué mal hemos hecho? Nosotros no hemos traído aquí a miserables ni hemos alimentado un arte pervertido».

—¿Le interesa la música? —volvió a preguntar Pappenheim.

Mitzi permanecía como un trasto inútil, y en sus estrechos ojos brillaba ahora un miedo sin esperanza: ¿Qué ocurrirá en Polonia? Otra vez lo mismo. Fussholt con sus investigaciones y yo sola.

—Será completamente distinto —dijo Pappenheim—, no puede ni imaginarse lo distinto que será.

Samitzky dejó el instrumento, se acercó a ellos y dijo:

—Si hubiésemos ensayado durante todos estos años como lo estamos haciendo ahora...

—¿Es que Mandelbaum no ensayaba?

—No estoy hablando del gran artista. Hablo de nosotros. Nos quemaremos en el

infierno.

—El terceto —dijo Pappenheim—. Creo que no tenemos por qué avergonzarnos de él. También los gemelos han hecho un buen trabajo en los últimos meses.

Los manjares se terminaron. Aunque parezca extraño, la gente no tenía hambre, solo quería tabaco. Si hubiese habido tabaco, habrían seguido estando a gusto, pero sin tabaco era un suplicio. Y se produjo el milagro: Sally encontró un paquete y todos fueron a verlo con sus propios ojos. Sally repartió un cigarro a cada uno. Era una noche alta y transparente. Los sonidos llegaban desde el último piso. La gente se sentó en los sillones y succionó el humo.

—¿Ellos no fuman? —preguntó alguien.

—No. Antes fumaban, pero Mandelbaum se lo prohibió.

—¿También han superado eso?

El jefe de camareros se puso su traje negro, bien planchado, y se sentó como un huésped más. Ahora ya no eran necesarias las formalidades. Ahora podía sentarse como un huésped más y escuchar música. Salo succionaba el cigarro con ansia. Llevaba dos días sin fumar y, sin fumar, ¿qué sentido tenía la vida?

—Estoy dispuesto a dar todo el dinero de las dietas por un paquete de tabaco —dijo Salo.

—¿Qué está diciendo? —exclamó el director de la banda—, eso es una fortuna.

—¿Y mi pequeño deseo?, ¿mi deseo de un cigarro?, ¿tan insignificante es para usted?

—¿No puede controlarse?

—Ya no trabajo para la empresa. Mis pequeños caprichos son más importantes para mí que la empresa. El dinero no me va a cegar. Si no fuera por los caprichos, ya sería rico, pero soy un hombre caprichoso. La empresa puede despedirme si quiere.

—Compórtese, compórtese —dijo el director muy serio.

—He rebuscado por los armarios, había un montón de frascos, podría abrir una perfumería, pero no había tabaco, y de repente, entre todos los frascos de perfume, ha aparecido un paquete —dijo Sally.

Al parecer, Salo se había tomado una copa de más. Maldijo a la empresa, a sus empleados y sus productos, y prometió que no volvería a servir a nadie salvo a sus pequeños caprichos. Mientras, sacó del bolsillo de su chaleco todas las facturas y las dispersó por el suelo. El director de la banda se inclinó, las recogió y murmuró: «Este hombre ha perdido el juicio».

## XXV

¿Por qué no salir a la calle? Si no hubiese sido por la gente enfadada, se podría haber salido a la plaza a tomar el fresco. El sol aún estaba en el firmamento, pero la gente enfadada se apegaba a las viejas palabras como a un viejo aparato en desuso. Como no se liberaban de las viejas palabras ni del miedo, deambulaban proyectando su sombra enfadada. «El exhorta al deporte, al deporte», murmuraba Karl refiriéndose al señor Langmann. Esa palabra no había salido de los labios del señor Langmann, pero, al parecer, Karl no había olvidado aquella dura conversación en el jardín frente a la oficina del Departamento de Sanidad. Parece que llevaría con él su hostilidad a cualquier parte adonde fuese exiliado.

Viejos asuntos, conversaciones olvidadas y palabras escapadas por casualidad. Parecía que nada se había desvanecido. Todo seguía como el día en que fue dicho. Las personas se alejaban unas de otras como del enemigo. Y la plaza estaba desierta.

El hermano del comandante deambulaba a lo largo de la calle principal con el uniforme de su difunto hermano y, cuando se acercaba a la entrada del hotel, gritaba: «A pasar revista. Voy a contar hasta diez. Sargento, hoy los llevará a la plaza de armas. Dos horas de instrucción y después una carrera de obstáculos. Esta semana nos visitará el capitán, ha oído». Salo le desafiaba: «Señor, los soldados están en el frente».

—¡Firme!, ¡desvergonzado!, ¡firme!

—Señor —decía Salo—, tenemos revisión médica. Tenemos permiso para no pasar la revista de la mañana.

—La revista de la mañana es lo primero.

—¿No tenemos permiso? Un momento, voy a decirles que no tienen permiso.

—Voy a contar hasta diez.

—Señor, cuente despacio.

Karl intentaba liberarse de las débiles manos de Lotte. Lotte imploraba: «Déjelo. No está hablando en serio. Está loco».

Una tarde llegaron los centinelas que estaban en la entrada de la ciudad y lo arrestaron. Él gritó, amenazó, pero su vieja estirpe no sirvió de nada. Los soldados le empujaban. Él caminaba erguido como un soldado.

Noches pesadas, densas, cayeron sobre Badenheim. Prohibido mencionar la palabra «deporte». Karl estaba en la entrada escuchando a hurtadillas. El señor Langmann se encerró en el último piso, temía la mirada de Karl. En el centro de su mirada ardía una llama azul.

Luces afiladas, luces sin el azul del cielo, trepaban por las pesadas rejas de las ventanas. Palabras sin cuerpo vagaban por la sala.

—¿Viene?

—Un momento, ya voy.

—Coja el abrigo, le espero abajo.

No parecían palabras del ahora sino palabras de la primavera que, por alguna razón, habían quedado ahí, como suspendidas en el vacío. «El programa, ¿tiene el programa?», preguntó una mujer, «¿el programa del festival?». Pero cuando vio la mirada colérica de Karl, retrocedió y enmudeció, y sobre la sala cayó ese silencio cargado que alejaba a unas personas de otras.

Si se pudiese abrir la terraza delantera. ¿No se puede abrir la terraza delantera? La terraza delantera estaba cerrada. Los geranios crecían fuertes como la maleza. Una oscuridad diurna soplaba sin producir ningún murmullo.

—¿Por qué no salimos? —dijo Lotte.

—¿Y los peces?, ¿vamos a abandonar a los peces del acuario?

—No, por Dios —dijo Lotte.

—No somos junkers ni prusianos. Nosotros nos apiadamos de los pequeños peces del acuario. Nos apiadaremos de los pequeños peces del acuario durante toda la vida.

—Por supuesto que sí —dijo Lotte.

—Entonces, ¿por qué dice que salgamos?

Tampoco los músicos se atrevían a salir de sus habitaciones. Karl aterrorizaba a todos. Lotte era la única que no le temía. Le hablaba en voz baja y con palabras delicadas, y se pasaba el día recogiendo migas de pan en la cocina para los peces del acuario. Y por la noche Karl iluminaba el agua con una linterna.

La locura de Trude estaba ahora tranquila y llena de fuerza. El miedo se había apartado de ella. Dormía en paz y tenía una voz serena.

—Pronto nos iremos a Polonia y todo irá bien.

—Y también Helena volverá.

—Por supuesto.

Martin le preguntaba como si fuese un oráculo. Desde que habían saqueado la farmacia, el mundo se le había venido encima. Se quedaba en su habitación sin salir. A veces Trude le decía, ¿por qué no sales? ¿Ya no te interesa lo que pasa fuera? Y, cuando Trude hablaba de Polonia, sus ojos se iluminaban y la pena se iba borrando de su frente. Su rostro parecía cubrirse con una nueva piel. Se reía.

Y Martin preguntaba sin cesar: «¿Son bonitos los ríos de Polonia?».

Y Trude no escatimaba detalles. No hay un país tan bonito como Polonia. No hay un aire tan puro como el de Polonia.

—¿Y el yiddish? Yo no hablo yiddish.

—No hay nada más fácil que aprender yiddish. Es un idioma sencillo y hermoso. También el polaco es un bello idioma.

Había fuerza en sus ojos y en su voz. Martin permanecía decaído a su lado. Había absorbido la enfermedad de Trude, pero la suya no tenía fuerza ni raíces. La tristeza lo rodeaba como una llanta. Trude se irritaba con él y le decía: «Si tuvieses fe estarías contento».

Y, cuando caía la noche, ella metía en la habitación las bulliciosas calles de Lodz, a su madre, a su hermano y a sus hermanas, hablaba yiddish y polaco

alternativamente. Martín se sentaba a escuchar las diferentes voces. Y, cuando los voces la agotaban, decía buenas noches, como quien se despide de personas queridas para irse a dormir.

## XXVI

La ciudad estaba llena de desconocidos. Las sombras del bosque volvieron a la ciudad y se tendieron sobre los adoquines de la plaza Imperial. Por las callejuelas soplaban los vientos de las montañas y había humedad. Sally y Gertie estaban en la puerta de su casa sirviendo platos de sopa a los desconocidos.

—¿Qué sitio es este? —preguntó un hombre como si acabara de despertar de un mal sueño.

—Badenheim, la ciudad de veraneo, la ciudad de los festivales de música.

—Entonces, ¿dónde se realizan los conciertos?

—En la sala.

Al oír esas palabras, el hombre pareció volver a la vida.

Al atardecer, la gente se reunía junto al vestíbulo del hotel y el señor Pappenheim les hablaba. ¡Cómo había cambiado su rostro en los últimos meses! Hablaba de la gran Polonia. De ese maravilloso mundo al que iban a trasladarse.

«Aquí ya no hay vida para nosotros. Aquí todo ha quedado vacío».

Tan solo unos días antes estaban en sus cálidas casa, ocupados en prácticas florecientes. Ahora estaban sentados ahí, sin amparo. Todo les había sido arrancado como en un mal sueño. Alguien quería saber detalles sobre las condiciones de la vivienda, el empleo, el cambio de moneda, y un hombre que había perdido a su mujer por el camino preguntaba si su esposa se habría adelantado y habría llegado ya a Polonia.

—¿Podríamos escuchar a los gemelos? —alguien ofreció su voz a través de la tenue oscuridad.

Salo estaba contento. Su estancia en la ciudad le costaría a la compañía una fortuna. Todo sería cargado a su cuenta, también el viaje a Polonia. Los músicos le querían y le llamaban «el viajante». Y Salo, que estaba habituado a las palabras y a los halagos, se sentaba en el sillón y los utilizaba sin cesar: el hombre debe ampliar sus horizontes. Desde joven le ha gustado ir de un lado a otro. Ustedes deben hacer firmar al señor Pappenheim el formulario 101. Todos los empresarios tienen ese formulario. Viajar, sí, pero viajar como lo hago yo, a cuenta de la empresa.

—¿El formulario 101?, no lo había oído en mi vida —dijo uno de los músicos.

—Llevo años utilizándolo, es un formulario legal. Lo descubrí enseguida. Me ha proporcionado no pocos beneficios indirectos.

Uno de los forasteros irrumpió en el hotel y amenazó con matar al dueño. Judíos del Este, vosotros sois los culpables. Yo no tengo la culpa de nada. El dueño del hotel se quedó a su lado como un prisionero. Él gritó y amenazó con los puños. Y, como el hombre estaba como loco, la gente se acercó a él y le dijo que no era tan terrible como parecía. El comité de apelación le eximiría con toda seguridad.

Cada tribunal tenía su comité de apelación. Ninguno podía hacer lo que le pareciera. Había procedimientos. Y si el tribunal de primera instancia se equivocaba

en algo, el tribunal supremo corregía el error. No había por qué ponerse así.

—En tal caso, ¿dónde se encuentra el comité de apelación? —el hombre se sosegó un poco.

—Seguro que lo notificarán, es lógico que lo notifiquen.

—No lo entiendo —dijo el hombre—, ¿qué crimen he cometido para que me echen de mi casa? Díganmelo, por favor.

—No se trata de ningún crimen, sino de un malentendido. También nosotros, de alguna forma, estamos encerrados por un malentendido.

Por alguna razón, las palabras «procedimiento» y «apelación» le convencieron. Parecía que alguna vez había estudiado derecho. Se tranquilizó un poco. El contacto con esas viejas palabras le devolvió la lucidez.

Al ver que esas viejas palabras hacían efecto en el agitado ánimo del hombre, el dueño del hotel continuó en ese mismo tono: «Seguro que el comité de apelación comenzará por oír las apelaciones. Es de suponer que se descubrirán muchos fallos en ese precipitado procedimiento. Al parecer ha habido alguna confusión. En el último piso hay camas libres. Descanse un poco. Mañana sabremos algo más».

El hombre estaba desconcertado, avergonzado.

—No lo sabía —dijo—, les pido perdón. De repente me lo han quitado todo. Me han empujado hasta aquí con el pretexto de que soy judío. Seguramente se referían a los judíos del Este. Y yo soy como ustedes, austriaco. ¿Mis antepasados? No lo sé. Es posible. ¿Quién sabe? ¿Qué importa quiénes fueran mis antepasados? Le pido mil perdones —se dirigió en voz alta al dueño del hotel. Este se apresuró a ayudarlo como si se tratase de un huésped distinguido. Subieron al último piso.

—Duerma. Ha pasado unos días muy duros —dijo el dueño del hotel—. Aquí hay un pijama, y aquí una toalla.

Como si le hubiesen reprendido, el hombre se quitó el jersey y los zapatos y dijo, como tal vez solía decirle a su mujer:

—¿Sería tan amable de despertarme por la mañana temprano?

## XXVII

Días grises se tendieron sobre la ciudad. En el hotel dejaron de servir comidas. La gente hacía cola junto a la ventanilla para recibir el almuerzo: sopa de sémola y pan duro. Los músicos abrieron sus maletas. El olor a residuos y a caminos se propagaba por los largos pasillos.

De pronto apareció en la calle el anciano rabino. Muchos años atrás le habían llevado a Badenheim desde el Este. Durante varios años había dirigido la sinagoga local, la residencia de ancianos, a decir verdad. Desde que los ancianos habían muerto, el lugar permanecía vacío. El rabino se quedó parálítico. En la ciudad todos estaban convencidos de que había corrido la misma suerte que los ancianos.

El dueño del hotel salió a la puerta y dijo «Entre, señor», como si no fuera el dueño sino un portero. Dos músicos subieron la silla de ruedas. El rabino se protegió los ojos del sol y una vena azul latía en su frente blanca.

—¿Judíos? —preguntó el rabino.

—Judíos —dijo el dueño del hotel.

—¿Y quién es su rabino? —preguntó el rabino.

—Usted, usted es nuestro rabino.

El rostro del rabino mostró cierto estupor. Su vieja memoria intentaba averiguar si se estaban burlando de él.

—¿Nos permite ofrecerle algo de beber?

El rabino arqueó las cejas:

—¿Kasher?

El dueño del hotel bajó la vista y no respondió.

—¿Todos son judíos? —el anciano se sobrepuso. Una lejana chispa de picardía brilló en sus ojos.

—Creo que todos.

—¿Qué hacen aquí?

—Nada —dijo el dueño del hotel, y sonrió.

—Nos disponemos a volver a Polonia —dijo Samitzky, para echar una mano al dueño del hotel.

—¿Qué? —dijo el rabino aguzando el oído.

—Volver a Polonia —repitió Samitzky.

Al día siguiente se aclaró algo el enigma. Una mujer cristiana, una mujer piadosa, había cuidado de él durante todos esos años, pero de repente se fue de la casa. El rabino intentó durante varios días mover la silla de ruedas, al final lo consiguió.

El rabino preguntaba y la gente le respondía. Tantos años de aislamiento le habían hecho olvidar el idioma, y hablaba yiddish mezclado con hebreo. Algunos músicos aparecieron en la puerta con las maletas en la mano.

—¿Quiénes son? —preguntó el rabino.

—Los músicos.

—¿Van a tocar?

—No. Les gustaría volver a casa, pero los caminos están cortados.

—Que celebren el Shabbat con nosotros.

—¿Qué ha dicho? —se sorprendieron los músicos.

Una luz otoñal, una luz plomiza, reinaba ahora en la ciudad. El dueño del hotel estaba en la cocina como un sirviente repartiendo sopa. Las provisiones no llegaban. Las reservas se iban acabando. El comedor parecía una casa de beneficencia. Y por la tarde, las largas sombras reptaban por las mesas. En los ojos de los músicos había cierta perplejidad balbuciente. Unos días antes aún refunfuñaban. Y ahora parecía que se les habían agotado los deseos. Comprendían: no había vuelta atrás. El optimismo del señor Pappenheim también había desaparecido. El dueño de la pastelería alzaba el puño hacia el hotel, aunque realmente se dirigía a Pappenheim y amenazaba con matarlo.

—¿Qué dice el rabino? —preguntó la señora Zauberblit.

—Está durmiendo —dijo el dueño del hotel en voz baja.

Los músicos no se apiadaron del hotel y metieron en los macutos vajillas y cubiertos de plata. Samitzky los reprendió: «¿Para qué? En Polonia la gente no come en vajillas de porcelana». «¿Qué mal hacemos?», dijo uno como un ladrón inexperto, «cuando volvamos lo devolveremos todo».

Las frondosas plantas trepadoras reptaban ahora hacia adentro y se adueñaban de la terraza. Era su última manifestación de vida antes del invierno. Las sillas abandonadas permanecían inertes en su sitio. La espesa sombra anidaba en los geranios. Las flores enrojecían como remolacha podrida.

—¿Qué le ha ocurrido al comandante? —preguntó alguien.

—Se ha suicidado.

Junto a las contraventanas cerradas de la pastelería estaba Bertha Shtumglantz. La habían llevado a la ciudad la noche anterior. Sus padres habían muerto años antes y la casa había pasado a ser propiedad del Estado.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó Sally.

—Creo que te recuerdo, ¿no estudiamos juntas en el instituto?

—No querida, no, me llamo Sally, y esta es Gertie.

—Entonces, me he confundido —dijo Bertha como justificándose.

—Me llamo Sally, y esta es Gertie.

Bertha no se acordaba. Era evidente que le fallaba la memoria. Sus ojos vagaban sin objetivo.

—¿Por qué está todo cerrado?

—La ciudad va a ser trasladada. El señor Pappenheim dice que todo será trasladado a Polonia, también nosotros.

—¿El señor Pappenheim?

—El empresario, ¿no te acuerdas de él?

Gente desconocida era trasladada hasta allí desde las puertas de la ciudad. El

señor Pappenheim estaba en la entrada del hotel como un portero.

—¿Por qué han venido? —preguntó alguien.

—Han nacido aquí, y aquí deben volver.

—¿Qué tiene de malo estar aquí? —intervino Pappenheim—. Mandelbaum está con nosotros, los gemelos están con nosotros.

—¿Los gemelos?, ¿quiénes son los gemelos?

—¿De dónde vienen, judíos? —preguntó el rabino como se solía hacer antes. Una pena antigua vidriaba sus ancianos ojos.

—Es nuestro rabino —se enorgulleció Pappenheim—, un auténtico rabino de la vieja escuela.

El rabino no dejaba de preguntar. El dueño del hotel se ponía una kipá en la cabeza y le servía agua fresca.

Cada día llegaban personas nuevas, descendientes de los originarios de Badenheim. La maldición de la ciudad los había perseguido durante años y ahora los había alcanzado. Vagaban sin rumbo por el espacio paralizado de la ciudad y se perdían en ella. Entretanto, el señor Pappenheim recibió una carta del Departamento de Sanidad donde se exigía poner a disposición del departamento a los artistas que tuviese registrados. Pappenheim se alegró: nos espera una larga gira.

El otoño se iba volviendo gris. En las calles vacías silbaba el viento. Mandelbaum torturaba a su terceto sin compasión. Afinaba cada tono. Los gemelos habían vuelto a encerrarse. La severidad reinaba en el hotel. Pappenheim caminaba de puntillas y susurraba: «Shuuu, shuuu, no hay que molestarle mientras está tocando». Los músicos comían su pan en silencio. De nada nos servirán los ensayos. Lo que no has hecho de joven no puedes hacerlo ahora. Pappenheim los consolaba: «En los lugares a los que vayamos tendrán tiempo, podrán ensayar. Con voluntad se consigue cualquier cosa». También él se estaba preparando para dedicarse a la investigación.

El señor Pappenheim intentaba continuamente tratar con el dueño de la pastelería. ¿Por qué está enfadado con nosotros? ¿Qué hemos hecho? No hemos cometido ningún crimen. Si no es así, diga qué crimen hemos cometido. En Polonia podrá abrir una pastelería más grande que esta. Las personas deben ampliar sus horizontes. Pero las palabras no servían de nada. El dueño de la pastelería estaba junto a la ventana blasfemando. Si no hubiera sido por ese hotel, si no hubiera sido por esa corrupción, no habrían cerrado la ciudad. Todo era por culpa de Pappenheim. Había que detenerlo. Solo por la noche se callaba.

Mandelbaum parecía más contento. El terceto le entusiasmaba. También él extraía del violín nuevos sonidos.

—¿Cuándo nos ponemos en camino? —se dirigió a Pappenheim en el tono que utilizaba a veces con su propio empresario.

—Pronto —dijo Pappenheim, como quien está bien informado.

—Hemos mejorado un poco, hemos mejorado.

Al término del Shabbat llovió con fuerza. El rabino rezó en voz alta. La gente se

pegó a las paredes como sombras. El dueño del hotel preparó el vino y las velas, y el rabino recitó la Havdalá.

Nada más terminar la oración, los músicos se fueron a hacer las maletas. Eran grandes y estaban a rebosar. El señor Pappenheim se sorprendió del revuelo: «Yo iré tal y como estoy», dijo, «sin nada. Si quieren aceptarme tendrán que hacerlo tal y como estoy, sin nada».

## XXVIII

Y los últimos días en Badenheim fueron iluminados por una luz de pergamino. Se acabó el tabaco. La gente se nutría en secreto con las drogas robadas. Unos estaban eufóricos y otros cayeron en un estado melancólico. El silencio se desvaneció por completo. La gente se asomaba a las ventanas o subía a los pisos más altos. Las últimas lluvias habían revivido las hojas caídas en el jardín luxemburgués. Era una imagen alentadora. Y el hotel parecía ahora una especie de templo donde estaba permitido gritar o guardar silencio. Nadie preguntaría por qué.

El jefe de camareros estudiaba yiddish. Samitzky había anotado en su cuaderno infinidad de palabras y él se las aprendía de memoria. Estaba cargado de espaldas y miraba absorto. Su fuerte acento austriaco era imposible de corregir, pero él se esforzaba en superar también eso. Salo le consolaba diciendo que en Polonia aprenderían con facilidad. Allí todos hablaban yiddish.

—Me interesa mucho esa lengua —dijo el jefe de camareros.

Martin estaba roto de pena. Habían saqueado la farmacia y no habían dejado ni un medicamento. Los cosméticos tirados por el suelo daban testimonio de la tragedia. ¡De qué servirían las súplicas! La gente le evitaba como si fuese un policía.

El rabino se sobrepuso. De su cara pálida brotaba una fría lucidez. Pappenheim estaba a su lado hablando sin parar: «La gente va gustosa a Polonia. Todos están contentos. Esperan ansiosos».

—¿Y qué harán allí?

—¿Qué quiere decir?

—¿Tienen intención de respetar los preceptos? —el rabino sonrió con cierta picardía, como si estuviese hablando de temas personales.

—El jefe de camareros se está aplicando mucho en el estudio y yo mismo estoy leyendo ahora el gran libro de Buber.

—Buber. En su momento se habló de él. ¿Aún se distribuyen sus libros?

—Puedo asegurarle que la hostilidad hacia los judíos del Este desaparecerá por completo.

Qué tono de súplica se oía en la voz del señor Pappenheim, era como si le estuviese pidiendo su consentimiento para emprender el viaje. El rabino permaneció inmutable.

—¿Y de qué vivirán? —el rabino volvió a la vieja cuestión.

—Hay grandes artistas entre nosotros —la lengua de Pappenheim volvió a soltarse—, artistas de gran talla. El señor Schutz es un joven genio de las matemáticas. El profesor Fussholdt es un famoso historiador.

Y la extraña alegría fue en aumento. Sally y Gertie se pusieron sus mejores galas. Salo no dejaba de bromear. Hasta la pobre Mitzi se desternillaba de risa. Las píldoras de Martin consiguieron lo que ningún artista había logrado. Tan solo la pena de Martin no tenía límite. Nombraba todas las drogas mortales por su nombre latino y

alemán. Pero era una voz clamando en el desierto.

Al parecer, a Karl las drogas le sentaron mal. Estaba furioso. En sus ojos brillaba un fuego extraño. Lotte no se apartaba de su lado, pero él no podía controlarse y dirigía toda su rabia contra Langmann. «¡Quiere introducir deporte!, ¡deporte!».

—¿Qué dice el rabino? —preguntaba la gente.

—Es un hombre maravilloso —decía Pappenheim con orgullo.

Los músicos se sentían ahora desgraciados. Habían saqueado, habían hecho las maletas, habían atesorado una considerable fortuna, por la noche se tumbaban en las camas y mordisqueaban chokolatinas. Pero esa deliciosa comida no les causaba ninguna alegría. Ahora se veían a sí mismos como ladrones. Sencillamente, tenían miedo. Samitzky se acordó de una canción que cantaban en Polonia cuando era pequeño, y esa melodía prendió en él como una llama. La llama se fue propagando entre la gente como una especie de fervor religioso. Gertie rodó por el suelo como una pelota. Aunque parezca extraño, nadie se sorprendió.

Las drogas se fueron terminando. La gente se quedó absorta en sí misma, en su propia tristeza. La desesperación brotaba ahora de cada pared. La cocina estaba oscura, el rincón del té desierto, y las dos lámparas estaban desprendidas como después de una fiesta loca. ¿Qué se podía hacer? ¿Qué se podía remediar? Si fuera posible reanimar el festival. ¿Era posible reanimar el festival? Mandelbaum se ensañaba con los artistas y no estaba dispuesto a salir de su habitación. Los gemelos dijeron, «Ya actuaremos en Varsovia». El *yanuca* parecía ahora un niño mimado. Solo a cambio de bombones estaba dispuesto a cantar. Tenía las mejillas sonrosadas. Había engordado. Al parecer, había perdido la voz. Y, como no había música ni actuaciones para insuflar vida a la gente, todos estaban concentrados en sí mismos.

El señor Pappenheim estaba en el vestíbulo del hotel sermoneando a los forasteros. Alguien preguntó algunos detalles sobre el programa del festival. Pappenheim se disculpó por la confusión. Había hecho todo lo que había podido, pero qué se le iba a hacer si ese año otros asuntos habían sido prioritarios.

Si fuera posible reanimar el festival. ¿Era posible reanimar el festival? La gente perseguía al señor Pappenheim no con reclamaciones sino con súplicas. Esa droga a la que se habían acostumbrado durante tantos años era lo que más echaban de menos. El señor Pappenheim estaba junto a la puerta del artista suplicando, «Solo un concierto, solo uno, nada más. Compadézcase de nosotros».

## XXIX

Las sorpresas no tienen fin: Helena volvió. Apareció en la puerta con un vestido largo y un pañuelo en la cabeza, como una campesina repudiada por su marido. Entró y los vigilantes no preguntaron adónde iba. Caminó despacio y sin una especial curiosidad, como quien vuelve a su casa familiar, de mala gana, se detuvo un instante junto a la farmacia saqueada y luego entró.

—Helena —dijo Trude, como hacía cuando Helena volvía del instituto, sin aspavientos.

Helena acercó una silla y se sentó.

La tarde anterior, Trude estaba sentada en el sillón murmurando: «¿Cuándo volverá Helena? Mañana o pasado regresará. Ya está en camino». Martin estaba acostumbrado a no hacer muchas preguntas. La enfermedad de Trude le ocupaba por completo. Trude hablaba de su ciudad natal en Polonia como si se hubiese ido de allí unas semanas antes, y una vez se dirigió a Samitzky en polaco. Samitzky se puso tan contento de oír la lengua de su ciudad que entabló una conversación con ella. La señora Zauberblit permaneció a un lado asombrada por el amor que sentían hacia su idioma.

Y Helena seguía sentada en silencio. Trude no preguntó cuándo ni por qué. Martin se arrodilló, le besó las manos y, llevado por el desconcierto, dijo:

—Tu madre dice todo el rato, Helena está en camino, Helena está en camino.

—Tu padre está emocionado —dijo Trude—, mira lo emocionado que está.

Martin sabía ahora que todo lo que decía Trude era cierto. Y la pena con la que cargaba desde hacía años se deshizo en lágrimas.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Martín, tal y como solía preguntar por una excursión o un examen—, estábamos un poco preocupados.

—Yo no estaba preocupada —dijo Trude.

—Tu madre está muy contenta de volver a su ciudad natal en Polonia.

Y por la tarde, Martin sirvió té y galletas. Se sentaron como antes. Helena se quitó el pañuelo de campesina de la cabeza y en su amplia frente se apreció entonces cierta pena reseca. Removió con la cucharilla y los sonidos se fueron disipando uno tras otro.

—Nos vamos —dijo Trude—. Tu padre ha liquidado sus negocios.

Helena alzó la vista y su mirada los rodeó.

—El gentil siempre será gentil. Y también tu gentil lo será siempre. No lo lamento —dijo Trude.

Helena bajó la vista.

—¿No tengo razón? —dijo Trude. Era un viejo asunto del que nunca habían hablado en casa.

## XXX

Los perros intentaban pasar al otro lado de los muros, pero no lo conseguían. Los vigilantes los ahuyentaban hacia dentro. Estaban escuálidos y eran hostiles con la gente. El jefe de camareros los acariciaba con ternura y decía que, si se portaban como es debido y eran obedientes, se los llevaría a Polonia. Todo dependía de ellos, solo de ellos. Los perros al parecer no comprendían bien lo que pasaba. La mirada furiosa de sus ojos resplandecía como metal bruñido.

Y por la noche hacían jirones el silencio. La gente tenía malos sueños. Mitzi decía que jamás había tenido unas pesadillas tan aterradoras. Salo lo intentaba arreglar diciendo que todo era por culpa de los perros, que si no fuese por los perros se podría dormir en paz. El aire otoñal era templado y ayudaba a dormir.

El señor Langmann ya no refunfuñaba. Estaba sentado en un sillón mirando a la gente, solo de vez en cuando decía una palabra. La gente no le molestaba. Parecía que ni siquiera Karl le guardaba rencor. Pero Mandelbaum estaba muy enfadado con los perros, cada vez que salía de su habitación decía a voz en grito: «Silencio, bárbaros. Habría que envenenarlos». El dueño de la pastelería estaba abstraído. El anciano pastelero estaba absorto en la entrada con su ropa bien planchada. Tantos años cerca del horno habían acabado con su voluntad. Salo le explicaba que se trataba de una mejora de las condiciones sociales y económicas. El trabajador es explotado. En Polonia hay un proletariado que lucha por su puesto en la industria. Evidentemente se necesita coraje, pero si se vence el miedo inicial, se aprecia lo estúpidos que hemos sido. Pero, al oírle decir eso, el dueño de la pastelería dijo que no había que hacer caso a los payasos. Lo único que se pretendía era devolver al Este a los judíos de Europa Oriental. En los últimos años habían inundado Austria.

—¿Y el dueño del hotel? —objetó el anciano.

—El dueño del hotel es austriaco, pero se ha dejado cautivar y nos ha traído al bufón, al señor Pappenheim, el archijudío del Este y fuente de todos los males y calamidades. ¿Quién ha inventado y traído al mundo el festival si no el señor Pappenheim?, ¿quién nos ha traído a esos artistas enfermos y a esos decadentes veraneantes?

—¿Y yo? —preguntó el pastelero.

—Tú has nacido aquí, tus antepasados nacieron aquí, tú eres parte de la fe judía, pero no eres un judío del Este.

El pastelero se puso muy contento. El dueño de la pastelería nunca había conversado con él largo y tendido, durante años le había maltratado y en verano le había hecho trabajar a destajo. Ahora estaba charlando con él.

—¿Y quién trajo a Sally y a Gertie? —quiso saber el pastelero.

—¿Cómo que quién las trajo? Fue Pappenheim. ¿No te acuerdas?, las presentó como cantantes. De todos modos, yo no les he permitido nunca entrar en la pastelería.

El jefe de camareros perdió el control sobre los perros y estos mostraban mayor

hostilidad hacia la gente de día en día. Se lanzaron sobre Lotte y le rasgaron el vestido. Karl juró que los iba a envenenar. El jefe de camareros les imploró: «No sois perros callejeros. Si os comportáis así no podré llevaros a Polonia. Os he estado alimentando durante todos estos años y ahora que no tengo comida no me obedecéis».

—¿Qué puedo hacer? —dijo el jefe de camareros desesperado.

—El dueño de la pastelería cuidará de ellos, él se queda.

—Los odia.

Las flores de otoño ya esparcían su fuerte aroma y el sol plomizo no se apartaba de las altas ventanas, trepaba lentamente y succionaba la sombra. La cancha de tenis estaba cubierta de hojas doradas y ahora parecía un campo abandonado.

—¿Qué puedo hacer?, ya no puedo controlarlos —murmuró el jefe de camareros—. Si tuviese comida fresca tal vez podría dominarlos, al fin y al cabo son perros.

Y, cuando el sol se ponía y la luz de la noche caía sobre la calle, el dueño de la pastelería asomaba la cabeza y decía a voz en grito: «Todo es por culpa del señor Pappenheim. Yo no le habría dejado poner un pie aquí. Que se vaya al Este, su sitio está allí. Nosotros no le hemos hecho daño a nadie». Lo decía con un ritmo terco y, en la gran sala, parecía que hablaba por un altavoz. Al final escondía la cabeza y un profundo silencio caía con la oscuridad y envolvía a la gente en los rincones de la sala.

## XXXI

Lo dicho, las sorpresas no tienen fin. La noche anterior llegaron dos vigilantes del sanatorio para llevarse a la señora Zauberblit. La habían buscado durante mucho tiempo y, ahora que la habían encontrado, estaban contentos. La señora Zauberblit no se sorprendió, era como un preso fugado que se amolda a todo, también a esa amarga posibilidad.

Los dos ancianos vigilantes parecían robustos con los uniformes del sanatorio. Llevaban en una cartera de cuero una orden de búsqueda y una orden de arresto administrativa.

—¿Cómo me han encontrado?, esto es un agujero perdido —se rio.

—Hemos buscado mucho —dijeron sin ninguna muestra de ira.

En los últimos días le habían aumentado la tos, la sangre en las flemas y sobre todo los dolores de espalda. Los medicamentos se habían ido agotando y la muerte había vuelto a ella bajo la misma forma con la que solía aparecer en el sanatorio.

—¿Por qué no se sientan? ¡Cuánto tiempo sin verles! —dijo la señora Zauberblit, dirigiéndose a ellos como si fuesen viejos conocidos.

—También nuestro sanatorio emigra.

—Los pacientes judíos.

En su momento, cuando fue hospitalizada por primera vez, los vigilantes aún eran jóvenes. Las pacientes coqueteaban con ellos. Les gustaba el campesino que había en ellos. Los años habían pasado y también ellos habían envejecido, pero su fuerza no los había abandonado. Sus caras habían enrojecido por las salchichas y la cerveza.

—En el honorable Departamento de Sanidad me han registrado aquí, en el hotel.

—¿Por qué no viaja con los demás? —dijeron en un tono paternal.

El señor Pappenheim salió en su ayuda, pero los ancianos vigilantes, que parecían dos hombres de Dios llegados para una misión religiosa, explicaron con calma que todos los pacientes judíos ya estaban agrupados y que solo faltaba la señora Zauberblit. El transporte no podía salir sin ella.

—¿Solo faltó yo? —se sorprendió—. Entonces, vámonos. Dicen que el aire en Polonia es más puro. Yo necesito aire puro.

—Eso dicen nuestros médicos.

—Entonces, vámonos —dijo la señora Zauberblit—, volvamos al sanatorio. Las personas deben volver a su lugar, creo que eso dicen.

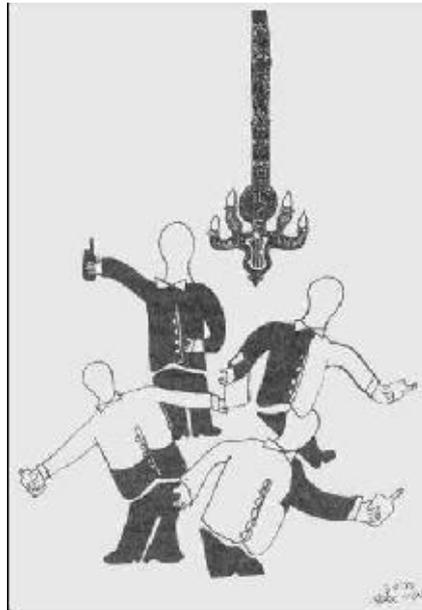
—¿Tiene maleta? —preguntaron los vigilantes—, al anochecer hace frío.

—¿Qué prisa hay? —el señor Pappenheim intentó retrasar la partida—. Todos vamos al mismo sitio.

—Los pacientes del sanatorio van con atención médica —dijo uno de ellos con mucho tacto.

—¿Nos abandona? —se lamentó Pappenheim.

—No por mucho tiempo.



La señora Zauberblit se puso el vestido de verano y dijo:

—Estoy lista.

—¿No es una ropa demasiado ligera? —volvió a preguntar uno de ellos, como si se tratase de alguien de la familia.

—No soporto la ropa gruesa. ¿Se han escapado muchos este año? —quiso saber.

—Solo cinco, ya los hemos llevado de vuelta. También ellos deben ir a Polonia.

En ese momento, Samitzky estaba durmiendo en el jardín luxemburgués. Había estado bebiendo toda la noche, peleándose con el pastelero, insultando a Karl y amenazando con romper el acuario. Por la mañana cayó destrozado en el jardín. La gente intentó despertarle, pero fue inútil. Su sueño era muy profundo.

—Entonces, vámonos —dijo—. ¿Por qué estamos aquí sin hacer nada? —una belleza enferma brotó en su rostro. La gente la acompañó hasta la puerta. Besó al *yanuca* en la frente y le dijo, «Espero grandes cosas de ti». No se detuvo ningún carruaje. Caminaron hacia la estación. La luz otoñal, la luz plomiza, reinaba en los campos. Los efectos de la lluvia se apreciaban ya en las haciendas. De cuando en cuando se veía algún caballo o alguna vaca suelta. Y el río era como un músculo de plata. «¿No es hermoso?», preguntó la señora Zauberblit a los vigilantes.

Y cuando Samitzky se despertó y se enteró, no dijo nada. Por la tarde rompió el cristal de la puerta trasera. Los fragmentos se dispersaron por todas partes. El dueño del hotel no fue de inmediato al lugar del desastre. La gente lo sabía, el dolor de ese hombre era superior a él, y no había consuelo.

El anciano pastelero se liberó del yugo del dueño de la pastelería. Por la noche enterraba a los muertos en la parte trasera del jardín luxemburgués. Por la templanza de sus movimientos se diría que, que en lugar de pastelero, había sido enterrador toda su vida. Cada día hacinaban a más gente. Los recién llegados estaban tan débiles y ensimismados como aves que han perdido el contacto con el aire. Morían en silencio, sin lamentos. El viejo pastelero hacía una buena obra y los enterraba por la noche.

## XXXII

Y la última tarde celebraron que Gertie cumplía cuarenta años. Sally y Gertie adornaron la casa para agasajar a los invitados. Era una vieja casa de pueblo bien conservada y engalanada con arriates de rosas. Dentro siempre había reinado una delicadeza femenina. Duques, condes, industriales y todo tipo de intelectuales cansados habían encontrado allí un alojamiento nocturno. Lo cierto es que la casa ya no era la de antes. Hicieron un gran esfuerzo para que el salón estuviese impregnado de esa delicadeza femenina que tanto les gustaba. En vano. Ahora la casa parecía una pobre posada a punto de derrumbarse. Una luz gris fluía de las lámparas y se derramaba por el suelo. La pesada alfombra parecía bastante ajada.

El señor Pappenheim llegó el primero, dio dos besos a Gertie y dijo con solemnidad, «Hace mucho que no he estado aquí».

Ellas se alegraron como si no se tratase del familiar señor Pappenheim sino de un huésped llegado de lejos. «Hoy traigo buenas noticias», añadió, «las normas para la emigración ya están puestas en el tablón de anuncios».

—¿Qué está diciendo? —dijo Gertie.

Después llegaron el señor Schutz y la estudiante. Ella se había puesto para la ocasión un vestido largo, azul. Le sacaba a Schutz una cabeza. Había una tranquila autoridad en su forma de estar. Schutz le acercó un sillón y ella se sentó. Sally y Gertie retrocedieron un poco, como ante un extraño.

En la mesa baja estaba extendido un mantel bordado. En una esquina había un jarrón con flores secas. Un ligero olor a perfumes de mujer impregnaba el aire.

—¿Lo han oído? —dijo Gertie—, las normas para la emigración ya están puestas en el tablón de anuncios.

El señor Langmann entró encorvado por la puerta trasera. La mirada de Karl no se apartaba ni un instante de él. Tal vez allí le dejase tranquilo. Había encontrado una gran botella de licor y la había llevado a la fiesta. Besó la mano de Gertie y dijo, «¡Qué bien se está aquí!». Karl no se apartaba del acuario. ¿Qué quería de los peces? ¿Qué culpa tenían ellos?

—Él cambia el agua y les da de comer migas de pan —dijo la estudiante con una fría gravedad.

El señor Langmann la miraba como a alguien sospechoso.

El señor Pappenheim había hecho todo lo posible para que Mandelbaum acudiera a la fiesta, pero sus súplicas no habían servido de nada. «El artista está haciendo su último esfuerzo», explicó. Pero los gemelos habían accedido a ir. Al *yanuca* le pusieron un traje nuevo, y se sentó en un sillón como un adulto.

Gertie estaba muy desconcertada y se pasó todo el rato diciendo, «Perdón». Sally, que era dos años mayor que ella, por alguna razón parecía ahora su tía. Tenía las piernas hinchadas y destrozadas por las varices.

También fue Salo. Contó que Karl tenía intención de llevarse a los peces. Estaba

todo el rato rebuscando en la pecera. Nadie se rio. El desconcierto de Gertie consiguió cohibir a la gente, hasta que Pappenheim se levantó y dijo que había llegado el momento de alzar las copas y brindar por la feliz ocasión.

En ese momento Salo se acercó al señor Langmann y le susurró:

—No hay más remedio, debemos ir.

El señor Langmann no respondió.

—No hay de qué tener miedo. En Polonia hay muchos judíos. Los judíos se ayudan los unos a los otros.

El señor Langmann tampoco prestó atención a esas palabras, pero Salo no desistió.

—Yo vengo de allí —añadió—. Pasé mi infancia y mi juventud en Polonia. Los conozco bien. Un año o dos en su compañía le harán olvidarlo todo. La gente se levanta por la mañana y va a la sinagoga. ¿Qué hay de malo en ello? La gente reza, ¿qué hay de malo en ello? ¿Es que está prohibido rezar? Y, si a uno le sonrío la suerte y consigue tener una tienda en el centro, puede vivir de eso holgadamente. También los vendedores ambulantes viven bien. Mi padre era vendedor ambulante y mi madre tenía un puesto en el mercado. Éramos muchos niños en casa. Demasiados. Se lo juro. ¿Me oye?

—No —dijo Langmann con desprecio.

—No tenga esos humos, va a ir a mi país, a mi patria. Solo pretendo darle información. Le aconsejaría que dejase aquí esos aires arrogantes. En Polonia se trata con respeto a las personas.

Sally se acercó a los gemelos y dijo:

—¿Cómo podríamos alegrar a los artistas? —los gemelos parecían ahora dos ermitaños. El cabello les había crecido de forma descuidada. Estaban sentados en un rincón sin decir palabra. Mitzi se reía. Todo lo que se decía la hacía reír—. ¿De qué se ríe? —quiso saber Sally.

—De nada, simplemente la gente me hace reír.

Pero el licor no alegraba a nadie. La gente se iba hundiendo en los sillones. La luz de las lámparas se derramaba sobre el suelo como si saliese de un tubo roto. La pared de colores, adornada con reproducciones, revivió. Era como si hubiesen comenzado a latir dentro de ella venas adormecidas. En las ventanas se posaron las sombras de la noche y una mosca enorme se agitaba en la mosquitera. Si hubieran quedado palabras, estarían en Salo. Pero Salo tampoco hablaba, una especie de sonrisa se abrió en su frente, una sonrisa malvada, como pintada con carmín venenoso.

Las luces se fueron apagando y finas sombras penetraron desde fuera. Parecía que el salón rústico tenía ahora vida propia, una vida sin personas.

—Las normas para la emigración son muy precisas, yo diría que extremadamente precisas —dijo Pappenheim.

—Entonces, las expectativas no eran en vano —dijo Schutz.

—Precisas, extremadamente —Pappenheim repitió esas palabras.

—Usted podrá enseñar en la facultad de matemáticas —Salo se dirigió al señor Schutz—, Polonia es un país culto.

—¿Tienen relaciones con la universidad de Viena? —quiso saber el señor Schutz.

—Me imagino que sí —dijo Salo—. Todos los centros culturales están conectados con Viena o con Berlín.

Se tomaron otra copa. El licor estaba dulzón y tenía un sabor desagradable. Viejas palabras salieron a la superficie, y también caras, como «El pájaro azul» y como ese impostor que estaba en el patio proclamando a voz en grito, «¡Salvad vuestras almas mientras estéis a tiempo!».

—Señor Pappenheim, ¿cómo terminará esta extraña acusación? —preguntó Gertie con una falsa curiosidad, como seguramente les preguntaba a los duques por sus negocios.

—¿Qué quieres decir? —dijo Pappenheim—. Llevé al profesor Fussholt al estrado como testigo. Hizo un discurso brillante.

—¡Qué interesante! —dijo Gertie en el mismo tono afectado—, y usted ha sido declarado inocente.

—Yo, para ser sincera, sospechaba de él —dijo Sally.

—Un simpático impostor. Un profeta y un mujeriego en el mismo saco —dijo Pappenheim.

El jefe de camareros estaba sentado en un rincón, muy elegante con su traje negro. Ese traje negro se lo ponía muy pocas veces, solo en ocasiones especiales. Por alguna razón parecía alguien a quien el fuego de la vida se le ha apagado. Se le notaba incómodo. Se secaba la frente, amplia y roja, con un pañuelo doblado. Escuchaba y no intervenía en la conversación, como si estuviesen hablando de temas demasiado elevados para él.

Gertie estaba en la entrada de la cocina y se excusaba:

—¡Qué vergüenza! No tengo nada.

—Entonces haremos una fiesta en Varsovia —dijo Pappenheim—, una fiesta digna de un rey.

—Me comprometo a ello —dijo Gertie.

Pappenheim bebió de su vaso y volvió a su tema:

—En Polonia podremos hacer nuestro festival más variado. Allí hay abundante folclore. Folclore de verdad.

—Por supuesto —intervino Salo—, yo vi con mis propios ojos una obra de teatro estupenda, creo que se llamaba *Bontze, cállate*. Me llevó mi padre.

—¿Qué opina, señor Langmann?, ¿Oriente y Occidente se convertirán en un solo ser? —dijo Pappenheim.

El señor Langman se sacó la pipa apagada de la boca y espetó:

—Romanticismo barato.

Siguieron sentados charlando. Las voces se mezclaban unas con otras. Sobre todo hablaba Salo, y toda su intención era enfurecer al señor Langmann, pero al señor

Langmann no parecían incomodarle sus palabras.

Ya era tarde. El señor Pappenheim se levantó y dijo: «Adiós, casa, hasta la vista, casa. Tú te quedas aquí y nosotros nos ponemos en camino. Adiós, muchachas, hasta las siete en punto junto a las escaleras».

Una noche húmeda golpeó sus rostros. En la ventana de Mandelbaum se apagaron las luces. La música se detuvo. Karl estaba encorvado y concentrado junto al acuario como si estuviese registrando las ligeras vibraciones del agua verde. Lotte le seguía con la mirada desde un sillón. La gente caminaba despacio. La humedad cubría los adoquines. En el aire se respiraba un denso olor a musgo fresco que llegó con el otoño de los bosques. Nadie mencionó a la señora Milbaum. Hacía ya dos semanas que no se la veía en el salón. Pensar que estaba ahora sentada en su trono, un cuerpo sin alma, era más terrible que expresarlo con palabras.

La farmacia parecía ahora una cueva oscura. La contraventana arrancada estaba tirada en el canal y el borde roto, retorcido, apuntaba hacia la calle con la expresión amarga del metal. Trude estaba sentada en un sillón hojeando una revista. El regreso de Helena le había devuelto sus movimientos habituales. Su felicidad estaba narcotizada y carecía de expresión.

—Los músicos, mis músicos han saqueado el hotel —recordó Pappenheim riéndose.

La pastelería se cubrió de enredaderas. La farola oxidada vertía su luz sobre los arbustos y las hojas secas. En la casa reinaba una total oscuridad.

—¿Qué les parece un pastel de fresa recién hecho y un vaso de café? —dijo Mitzi.

—Yo daría por eso todo el oro del mundo —dijo Salo.

Se acercaron hacia el jardín luxemburgués. Los perros estaban junto a la farola sin moverse. Qué anhelo manaba de sus silenciosas miradas. Habían adelgazado más que las personas. El jefe de camareros les machacaba pan duro, pero ellos no digerían esa insípida comida. Varias veces habían intentado salir de la zona de cuarentena, pero los vigilantes les maltrataban. Dos habían muerto de un disparo, y los dos que quedaban parecían comprender que su destino no sería distinto del de sus compañeros. Era evidente que querían morir, pero, al parecer, la muerte aún no les quería a ellos. Desde la muerte de sus compañeros habían dejado de implorar, de rebajarse, y se habían alejado hacia la espesura a esperar la muerte, pero, como la muerte no llegaba, se quedaron al lado de la farola.

El jefe de camareros se acercó a la espesura. Su mirada rozó por un instante la de ellos y gritó: «¿Quién quiere ir conmigo a Polonia?». Los perros no se movieron.

—Lo voy a repetir —dijo el jefe de camareros con una voz suave pero muy clara—: ¿quién quiere ir conmigo a Polonia?

No se movieron.

—Por lo que veo, preferís quedaros aquí —dijo, y se dio la vuelta.

—Desagradecidos —murmuró Pappenheim—, los perros son solo perros.

—No estoy enfadado con ellos —dijo el jefe de camareros—, están de duelo.

El viento soplaba en el jardín luxemburgués y finas sombras, las sombras del bosque, enredaban los antiguos adoquines. Detrás del jardín, en la tenue oscuridad, se concentraban varias figuras tan escuálidas como las sombras que bailaban a su lado. «Hay que dormir», dijo el señor Pappenheim, «el camino a Polonia es largo». Entraron por la puerta trasera para no toparse con la mirada de Karl. Karl estaba sentado en un sillón con Lotte, no muy lejos del acuario.

Sally y Gertie observaban cómo se alejaba la gente. Tenían miedo de quedarse solas en casa. En los dormitorios todo estaba revuelto.

—Yo lo dejaría todo tal y como está. ¿Qué hay aquí?, solo vestidos de noche y camisones —dijo Gertie cansada.

—Hay que echar un vistazo —Sally intentó poner un tono de voz práctico.

—He perdido el apego por esta casa. ¿Te has dado cuenta de que la estudiante no ha dicho ni una palabra? Nos odia.

—Las mujeres embarazadas son rencorosas.

—El pobre Schutz parece infeliz a su lado. No puedes ni imaginarte lo infeliz que es. Siempre ha sido un chico travieso y alegre.

—Sí, me he dado cuenta —dijo Sally—, lo tiene completamente dominado.

Las maletas no estaban hechas. Y la habitación volvió a llenarse de fuertes perfumes de mujer. Gertie se desplomó y se durmió en el sofá, y Sally la tapó con una manta de lana. Ahora a Sally le daba miedo dormir en el dormitorio revuelto, así que abrió la cama plegable y la acercó al sofá. El sueño de Gertie era muy profundo y carente de cualquier contacto con el mundo exterior. Todo ha terminado, se dijo Sally, y pasó la mano por la frente clara de Gertie.

## XXXIII

Al día siguiente estaba despejado y hacía frío. Mandelbaum madrugó y se reunió con el terceto en las pulidas escaleras del hotel. El traje blanco le daba un aire informal. Las semanas que había pasado encerrado en su habitación habían dejado huella en él, tenía el rostro demacrado y en sus ojos se apreciaba el nerviosismo que suele preceder a un concierto. Los componentes del terceto, también con trajes blancos, estaba en silencio a su lado. En los años que llevaban con Mandelbaum habían perdido la libertad de movimiento. Estaban contemplando el paisaje. La mañana estaba despejada y un ligero plumaje de luz cubría los tejados. El aire era fresco y limpio.

—¿Dónde está el coche de caballos? —gritó de pronto Mandelbaum.

Y el señor Pappenheim, que solía conceder a los artistas todos sus caprichos, salió y dijo:

—Al parecer, los preparativos para la emigración no han terminado aún.

—En tal caso, hemos perdido el tiempo para nada —no había enfado en su voz. Estaba bastante contento. El terceto hacía lo posible y lo imposible—. ¿Y la pastelería?, ¿qué ha pasado con la pastelería?

—Todo está cerrado de cara a la emigración —explicó Pappenheim.

—En tal caso, ya tomaremos algo en Varsovia —dijo Mandelbaum al terceto.

—¿Ha actuado ya en Varsovia? —quiso saber Pappenheim.

—Varias veces; es un público entusiasta y sensible, yo diría que más sensible que los austríacos.

—Me alegra oír eso —dijo el señor Pappenheim.

Y mientras estaban hablando aparecieron el señor Schutz y la estudiante. Ella llevaba el mismo vestido largo que la noche anterior. Tenía el porte arrogante de una mujer que se ha labrado su destino con sus propias manos y no lo lamenta. Schutz parecía débil a su lado. La última juventud se había desvanecido de su rostro. Una red de arrugas recorría sus sienes. Seguía estando delgado, pero caminaba ligeramente ladeado. Llevaba un grueso abrigo de invierno.

—Permítame presentarle al señor Schutz —dijo Pappenheim.

—Encantado —dijo Mandelbaum; y Schutz, que llevaba una pesada cesta de mimbre, vaciló entre estrecharle la mano o no.

—Esta es mi mujer —dijo Schutz completamente confuso.

La estudiante giró la cabeza como si fuese a regañarle.

Y por un instante pareció que de un momento o a otro iban a aparecer los ligeros y elegantes carruajes de la ópera. Ese siempre había sido un momento solemne. El plumaje de la escarcha brillaba con el último resplandor. Se podían ver de nuevo las casas bajas algo inclinadas, como cubiertas con una vieja red de pescar. No había nadie en las puertas, y en casa de Sally y Gertie quedaba una ventana abierta.

Karl se pasó toda la noche intentando arrancar el acuario, pero los fuertes

tornillos, los malditos tornillos, estaban oxidados. Al final, cuando también desistió con el viejo serrucho, metió los peces en una botella. No fue una tarea fácil. Lotte le ayudó. Ahora también él estaba en las pulidas escaleras con la botella envuelta en un jersey verde, parecía que llevaba a un niño dormido. Lotte permanecía a su lado como para animarle. «Podría coger otra botella de agua, de reserva», le dijo Karl. Era evidente que ahora estaba absolutamente sometida a sus locuras. Lotte volvió a entrar y Karl retiró el jersey y observó los peces.

—Señor Pappenheim, con retraso, como siempre —dijo Mandelbaum. La palabra «retraso» era habitual en él. Unas veces se retrasaba él y otras se retrasaba el carruaje que iba a recogerle. Aunque en esa ocasión Mandelbaum sabía que la salida no dependía ya de las disposiciones del empresario, las palabras se le escaparon de la boca como un hábito que cuesta dejar.

Mitzi llevaba un vestido verde de flores. Había estado toda la noche acicalándose. Las decepciones de la temporada se habían borrado en parte de su rostro y había brotado en él una nueva esperanza. Su marido, el profesor Fussholt, aún seguía ocupado en las pruebas del libro. El señor Pappenheim también se la presentó a Mandelbaum. Y Mandelbaum dijo con gran sorpresa, «¿El profesor Fussholt?, ¿el profesor Fussholt está con nosotros?».

—El profesor Fussholt ha revisado esta temporada las pruebas de su último libro —dijo Pappenheim—, un libro muy extenso.

—¡Qué lástima no haberlo sabido antes! —dijo Mandelbaum con tristeza.

Mitzi guardó silencio. Que Mandelbaum mencionara el nombre de su marido, y con tal veneración, no le agradaba especialmente.

—Enseguida bajará —dijo—, está ocupado en la corrección de pruebas.

El dueño del hotel estaba en la entrada. Del buen porte que había tenido solo le quedaba ya el pelo canoso, que ahora llamaba la atención. De sus ojos verdes salía una tristeza silenciosa. Por el vestíbulo aparecieron los músicos arrastrando los pesados macutos, el botín. El señor Pappenheim les había hablado largo y tendido, pero la codicia les había podido. El director de la banda rompió toda relación con ellos. El dueño del hotel no se enfadó. Permanecía en la entrada y su triste mirada estaba llena de resignación.

El jefe de camareros salió con un perro. Por la noche había muerto el tercero y por la mañana el último había accedido a sus ruegos y se había acercado a él. Los músicos, que tenían reservas de víveres, le dieron una lata de sardinas. El perro hambriento no quiso comer, pero sí bebió. Y el jefe de camareros hizo la maleta. Primero había pensado ponerse en camino sin maleta, pero la repentina aparición del perro le hizo cambiar de idea y preparar una maleta mediana. Aún le dio tiempo a lavarlo y cepillarlo. Ahora se le veía delgado pero no descuidado.



—Veo que el perro ha accedido a venir —dijo Mitzi.

—Se ha quedado solo.

—Si no me equivoco, ayer por la noche eran dos.

—Sí. Al otro lo mataron de un disparo.

—¡Qué dice! ¿Cómo se llama?

—Lutzi.

—Nunca he podido distinguirlos. ¿Dice que se llama Lutzi?

—Cada uno tenía su propio carácter. Eran muy distintos. Lutzi es el más tranquilo. Es un perro con muchos complejos, si es que se puede decir eso. Lutzi, ¿tengo razón o no?

El perro no reaccionó.

—Entonces, ¿Lutzi ha decidido venir a Polonia? Qué raro, ¿lo ha decidido esta mañana?

—Yo habría estado dispuesto a llevarme a todos —dijo el jefe de camareros—, pero, al parecer, ellos no pudieron afrontar este traslado.

—¡Qué pena! —dijo Mitzi con la boca pequeña.

Tampoco Salo durmió esa noche. Se puso su viejo traje, el traje de viajante con el distintivo de la empresa descolorido. En la gorra llevaba una W metálica. Antes parecía muy joven con ese uniforme, pero ahora estaba encorvado como un viajante exhausto. «¿Cuándo nos vamos?», preguntó. La pregunta quedó sin respuesta. Dejó la maleta a un lado. Era una maleta bastante gastada sobre la que recientemente se había grabado la letra W y un número ordinal. Salo corría de un sitio a otro como un topo expuesto a la luz del día. Al final se detuvo en el vestíbulo, junto a los músicos. Los músicos estaban sentados en el suelo, apoyados en los paquetes.

Sally y Gertie vistieron al *yanuca*. El dueño del hotel había encontrado en el vestuario de hombres un traje de niño de invierno. El traje era de su talla. También encontró un sombrero con una pluma. «Eres un príncipe», dijo Gertie, «un príncipe del país de las maravillas».

Los días transcurridos en Badenheim también le habían cambiado a él. Los centelleos de miedo habían desaparecido de sus ojos. Había engordado, sus mejillas estaban sonrosadas, había aprendido a entender alemán, al parecer había perdido la voz por completo, los pocos detalles que recordaba de su casa, de sus padres, del

orfanato de Viena se habían borrado. Ahora hablaba con acento austriaco y se comportaba como un niño mimado.

Sally encontró betún y le limpió los zapatos. El *yanuca* no dio las gracias ni se rio, estaba concentrado devorando bombones. Desde que había descubierto el sabor de las golosinas no dejaba de engullir. La gente le daba presentes para calmarle y él se había acostumbrado a aceptarlos como algo normal. Había perdido por completo la inocencia, si es que alguna vez la había tenido. Había comprendido ya que Sally y Gertie no habían estudiado en la universidad y que la estudiante se había quedado embarazada del señor Schutz sin estar casada con él. Entonces apareció Salo y el *yanuca* gritó:

—Salo, ¿qué opinas de mi ropa? Sally y Gertie dicen que parezco un príncipe del país de las maravillas.

—Sí. Llevan razón.

—En tal caso —dijo el mocoso—, el príncipe te ordena darle la caja de bombones que llevas en el bolsillo.

—No es una caja de bombones, tesoro —dijo sorprendido—, solo son un par de medias, medias de mujer. Soy viajante de una famosa empresa.

En ese instante se oyó la voz del rabino:

—¿Me vais a dejar aquí?

El señor Pappenheim, que estaba junto a la entrada inmerso en una conversación con Mandelbaum, se apresuró a ir hacia la puerta y dijo:

—Estamos aquí, estamos todos aquí. Fuera hace frío.

—Por favor, sáqueme de aquí —dijo el rabino, haciendo caso omiso de lo que acababa de decir el señor Pappenheim. Una secreta sospecha había anidado en el corazón del anciano. Se le veía vital, con la vitalidad de un enfermo que ya no siente el dolor. El señor Pappenheim agarró la silla de ruedas y le condujo hacia la entrada.

El sol caía de los árboles y se tendía sobre los adoquines del jardín luxemburgués. De las fuentes, que llevaban mucho tiempo sin funcionar, salían ahora chorros de agua. El agua iluminaba ascendía a gran altura y caía con un fuerte estrépito. Posiblemente también fueron abiertos los grifos de la piscina, porque la estudiante giró la cabeza, o mejor dijo la nariz, hacia el norte, hacia la piscina, como si hubiera olido el correr del agua.

El jefe de camareros acarició a Lutzi e intentó darle unas galletas, pero Lutzi se negó a comer. Karl se acercó a él, retiró el jersey de la botella y le consultó algo. El jefe de camareros opinó que si el viaje no se alargaba demasiado sería posible salvar a los peces. Karl dijo: «Tengo una botella de agua de reserva». Y, mientras todos estaban conversando, el dueño del hotel bajó las escaleras, se dirigió a la pastelería, se detuvo junto al postigo cerrado y gritó: «Peter, ¿vienes con nosotros?».

Todos se quedaron petrificados. No esperaban un gesto así del dueño del hotel. No hubo ninguna respuesta desde el interior. El dueño del hotel volvió a alzar la voz: «Peter, estás contraviniendo una ordenanza municipal. Estás asumiendo una gran

responsabilidad».

Tras un instante de silencio se oyó la voz del dueño de la pastelería:

—Yo no voy, con Pappenheim no, de ninguna manera.

—Eres un hombre inteligente —volvió a gritar el dueño del hotel, con la mayor prudencia posible—, ¿cómo puedes asumir tal responsabilidad?

—Yo me quedo aquí.

—Si aceptas un consejo —dijo el dueño del hotel con delicadeza—, te sugeriría que te unieras a nosotros. Sabes perfectamente que siempre he deseado solo lo mejor para ti. Tenemos rabino. También él viene con nosotros. Si a él le ha parecido acertado unirse a nosotros, ¿por qué no vienes tú también?

—No soy creyente —sentenció la voz desde dentro.

Se hizo el silencio. El dueño del hotel volvió a acercarse a las escaleras.

—¿Por qué se mete conmigo? ¿Qué le he hecho yo? No le he hecho nada —masculló Pappenheim.

—Está enfadado —dijo Mandelbaum. Era evidente que estaba distraído. Su cuerpo volvía a estar lleno de música. Sus pies se movían ligeramente, como si tuviesen vida propia. Los componentes del terceto también movían los pies en silencio. Al parecer se les había pegado la misma melodía.

—¿Qué quiere de mí? —volvió a decir Pappenheim, pero lo hizo con un hilo de voz que no llegó a oídos de nadie.

Eran las ocho y en la entrada de la ciudad no había ningún movimiento. Las casas vacías exhalaban silencio y los vapores de la mañana se elevaban de los lugares iluminados. Había muchas sombras y se amontonaban en los rincones de las casas, atemorizadas. El agua de las fuentes se elevaba a gran altura. Nadie había visto una mañana en Badenheim, y menos en esa época. Esas horas estaban destinadas siempre a dormir.

—¿Se va sin nada? —preguntó Salo al señor Pappenheim—. Son ya las ocho y no se ve ningún movimiento. Es como en el ejército —recordó Salo—. Uno se pasa horas tumbado en la trinchera. El comandante del batallón se va de parranda por la ciudad, los oficiales se quedan en el cuartel bebiendo cerveza, los suboficiales están felices por no tener nada que hacer y el soldado, el soldado raso, se tumba en la trinchera.

—Eso pasó en la I Guerra Mundial.

—Eso, eso exactamente. Y me parece que eso va a pasar también ahora. Hay que acostumbrarse a una nueva forma de vida.

## XXXIV

Y por fin se dio la señal. Mandelbaum bajó con la ligereza de un atleta y se colocó en cabeza. Era extraño, los días de estricta reclusión ya no se reflejaban en él. Los componentes del terceto estaban a su lado, delgados y obedientes. Justo detrás de ellos iban los gemelos, y luego Sally y Gertie, con el *yanuca* en medio. El señor Langmann parecía formar él solo una fila. Los músicos, comprimidos entre sus pesados bultos, temían las primeras filas y retrocedieron. El director de la banda no les prestaba ninguna atención, estaba inmerso de pies a cabeza en una conversación con la camarera medio judía. La camarera caminaba muy erguida apoyada en un bastón tallado.

—¿No es un paisaje maravilloso? —dijo el director. Nunca había sido hombre de muchas palabras y ahora le faltaban como si fuese adrede.

Los campos se extendían verdes y húmedos. La fina bruma de la mañana se elevaba delicadamente. El traslado fue tan fácil que casi ni se percataron. El dueño del hotel empujaba la silla de ruedas del rabino como si hubiese nacido para eso. Nadie se acercaba a ayudarlo.

Durante los últimos días de lío y confusión se había trabado una extraña relación ente la camarera y el director de la banda. Cuando ella estuvo enferma, el director fue a verla e intercambiaron algunas palabras. Desde entonces no habían dejado de pensar el uno en el otro. La noche anterior, mientras todos estaban de fiesta en casa de Sally y Gertie, ellos fueron al jardín luxemburgués. Él estaba desconcertado como un niño y ella se rio. Él le habló de su herencia y de sus ahorros, de los detalles confidenciales que había acumulado en su mente ordenada.

—Entonces, es usted un hombre rico —le dijo ella.

Después de tantos años encerrado en sí mismo y en sus pequeñas cuentas, y enredado con los músicos, sentía por primera vez que se había desprendido de las cadenas. Ella hablaba del viaje previsto, de una nueva forma de vida. De su padre austriaco hablaba con gran desprecio, como si no fuese una persona sino una bestia.

Ahora caminaban juntos. Los campos invadían los espacios. Y no se oía nada salvo el rumor de los pasos. Los policías iban a cierta distancia, no los apremiaban. El profesor Fussholt estaba contento. Había terminado de corregir su nuevo libro. Las hojas estaban atadas con un grueso cordón. Mandelbaum iba a su lado preguntando todo el rato con gran interés. El profesor Fussholt imitaba la forma de hablar de los funcionarios judíos que presumían de que con sus discursos llegaría la salvación. Su hostilidad hacia todo lo llamado cultura judía, arte judío, era ahora exultante. La amargura ya la había depositado en su libro. Mitzi iba detrás de él como una extraña. A medida que avanzaban, su conversación se iba volviendo más fluida y llenándose de ingeniosos juegos de palabras y adjetivos con doble sentido. Llevaba meses sin intercambiar una palabra con nadie y ahora las palabras manaban de él.

El rabino se adormiló en la silla de ruedas. La caravana se acercó a las casas de

pueblo. Olores a leche fresca y a basura se mezclaban en el aire. Hace tiempo, junto al roble, los amantes de la naturaleza solían descansaban y escuchar a los pájaros. Allí se detenía «El pájaro azul» y daba sus entusiastas discursos.

Salo estaba desconcertado en esos espacios tan familiares. Durante años había atravesado esos campos con su maleta mediana. Los campesinos, a decir verdad, no le querían. Siempre estaba a crédito y no saldaba las deudas. El entusiasmo le abandonó de pronto. Se refugió al lado de los músicos. Los músicos le protegían.

—El director nos odia. ¿Qué le hemos hecho? —dijo Zimbelman.

—No le hagan caso —dijo Salo.

—Ni siquiera el dueño del hotel nos odia.

—Se le pasará, no le quedará más remedio. Ustedes y nadie más que ustedes son sus músicos. Por cierto, ¿le han hecho firmar al señor Pappenheim el formulario 101?

—No —dijo Zimbelman—, se nos ha olvidado.

—Es una lástima. El formulario 101 es estupendo, otorga grandes derechos.

—El señor Pappenheim ha sido benevolente con nosotros. Nos ha ascendido de categoría. Nosotros no nos hubiéramos atrevido a pedírselo.

—Es muy importante —dijo Salo—, al fin y al cabo, los niveles son semejantes en todas partes. Les ha ascendido al nivel undécimo. Es un nivel muy bueno.

—Yo, por mi parte, —añadió Zimbelman— habría rebajado mis horas de trabajo. Los tambores me sacan de quicio. Con mucho gusto habría descansado un año o dos. Créame, es imprescindible para mí.

—Le creo. Pero los años que están próximos a la jubilación son bastante críticos. Es preferible cuidar de los intereses de uno. También yo me hubiera prejubilado, pero mi empresa es muy estricta, exprime al trabajador hasta la médula. Ya tengo veinte años de antigüedad, y sin haber faltado ni un día. Me merezco un mes de vacaciones. Le prometí a mi mujer unas vacaciones en Mallorca. Créame, se las merece.

—¿Mallorca? —se sorprendió Zimbelman—, no he oído hablar de ese sitio.

—Es una isla cálida y maravillosa. Se lo debo a mi mujer. Ha criado a los niños. Unos niños estupendos.

—¿Podremos ahorrar algo en Polonia? —quiso saber Zimbelman.

—Por supuesto. Los precios son mucho más bajos y, si continuamos recibiendo el sueldo en dinero austríaco, ahorraremos mucho.

Y los campos se iban volviendo más y más verdes. Las parcelas estaban cortadas en cuadrados como si hubiesen sido medidas con una regla. Un caballo retozaba por el prado y una campesina permanecía en la puerta de su casa. Así había sido siempre y así era también ahora.

—Es extraño —dijo la camarera, y las lágrimas se agolparon en sus ojos.

—¿Qué dice? —dijo el director de la banda—, esto es solo el tránsito. Pronto llegaremos a Polonia. Paisajes nuevos y personas nuevas. Hay que ampliar horizontes, ¿no cree?

—Y yo me siento tan mal, tan insignificante.

—Esto es solo un tránsito, solo un tránsito. Pronto llegaremos a la estación, al kiosco. Me gusta mucho la limonada del dueño del kiosco, es limonada casera, muy buena —y las palabras que habían estado ocultas en él durante años brotaron de repente. Quería colmarla de palabras. Pero, por alguna razón, las palabras que tenía no se unían en frases coherentes.

El rabino salió de su letargo y dijo en voz alta: «¿Qué pretenden? Durante años no han escuchado la voz de la Torá. A mí me encerraron en un asilo. No quisieron saber nada de mí. Ahora quieren ir a Polonia. No hay expiación sin petición de perdón».

La voz del rabino sorprendió a la caravana. Era una mezcla de yiddish y hebreo. La gente no entendió ni una palabra, pero el enojo se apreciaba claramente. El dueño del hotel no detuvo la silla de ruedas, la empujaba como si lo hubiera estado haciendo durante años.

Mitzi se acercó al señor Langmann, que caminaba ensimismado, y le dijo que había tenido un sueño muy real. Y el señor Langmann, que no soportaba su verborrea, giró su cabeza alargada y calva y dijo que el perro tampoco le había dejado dormir. Mitzi le contó que cuando era pequeña, a los cinco o seis años, su padre la llevó a Viena, al Prater: era un maravilloso día de otoño, pero la intención del padre, un hombre ocupado y sufridor, no era otra, tal y como quedó de manifiesto, que aturdiría y cansarla antes de llevarla al hospital para que la operasen de las anginas. Desde que llegó al hospital sintió la inminente desgracia e intentó escapar. Todo el personal fue movilizad. La operación se realizó. Todo eso lo había soñado esa noche, tal y como ocurrió.

—¡La estación!, ¡la estación! —se oyó la voz de una mujer. Los policías de la estación hicieron señas a los policías que los acompañaban.

—¡Hemos llegado!, ¡por fin hemos llegado! —gritó Mitzi.

## XXXV

Desde la estación aún se podía ver Badenheim: una loma baja cortada como un cono y los tejados de las casas como pedazos de cartón doblado. Solo el hotel y el campanario parecían reales. El dueño del kiosco se alegró y los ojos de la gente se iluminaron al ver las botellas de limonada, los periódicos y las revistas: un testimonio de que la vida continuaba. El señor Langmann compró el semanario económico y lo repasó como quien vuelve después de muchos años a una ciudad querida. Descubrió una noticia sobre una operación financiera absurda y se echó a reír. Sally y Gertie se aprovisionaron de dos grandes paquetes, uno de bombones y otro de tabaco. El *yanuca* se ensució el traje y ellas se molestaron en limpiárselo.

La amargura escéptica no se iba de la boca del rabino. No creía en esos engaños. Había visto mucho y lo único que había quedado en él eran sospechas, y ese alto en el camino no había hecho más que aumentar esas sospechas. El jefe de camareros se aprovisionó de salchichas. Las salchichas les resultaron sabrosas al perro. La felicidad del jefe de camareros fue desmedida.

Los músicos se agruparon en un rincón, a la sombra. Algunas piezas de porcelana se habían roto por el camino y tuvieron que volver a abrir los macutos y a ordenarlo todo. Esa molesta tarea, que estuvo acompañada de arrebatos de ira y de recriminaciones, perturbó un poco el ambiente festivo. Aunque parezca raro, Mandelbaum no los menospreció. Les preguntó cómo estaban y se interesó por los lugares de veraneo en los que solían tocar. Esas preguntas suavizaron algo la tensión.

La gente no se olvidó de Samitzky y le compró varias botellas de vodka. Samitzky se sentó en un banco sin decir palabra. «¿Cuándo nos vamos?», se oyó la voz de una mujer. Otra mujer se maquilló junto a una ventanilla cerrada. Salo se volvió a poner su expresión de viajante. Parecía que de un momento a otro iba a abrir su maleta mediana y a poner su mercancía a la venta. Desde allí los coches de caballos recogían a la gente, y siempre había esa fragancia propia de los lugares de tránsito, desde la ciudad al pueblo y desde la estación de ferrocarril a la fascinante Badenheim. Ahora no había coches de caballos, pero sí ese olor mezclado con una embriagadora humedad.

Y de pronto se abrió el cielo y la luz despuntó en el firmamento. Y el valle, con todo su esplendor, y las colinas dispersas alrededor se llenaron de abundancia, y también los árboles deshojados y temblorosos, que estaban adormecidos en un extremo de la estación, parecían emitir un suspiro de alivio. «Os lo dije», dijo el señor Pappenheim, haciendo un gesto desmesurado. Lágrimas de alegría brotaron en sus ojos. El sufrimiento de los días de reclusión se hizo pedazos de repente en su interior. Sally y Gertie taparon al *yanuca*. Karl retiró el jersey de la botella: dos pececillos ya estaban muertos y el resto se agitaba con movimientos lánguidos y apáticos. «¿No hay nadie que pueda ayudarme?», imploró Karl.

La luz fluía ahora desde las colinas bajas directamente hacia la estación. No había

dónde cobijarse. «Venid a ver esto», gritó de pronto Mitzi con una afectada voz femenina. A cierta distancia, como sobre una bandeja iluminada, caminaba un hombre seguido de otros dos armados, se acercaban como trasportados por la luz.

—¡Peter, Peter! —gritó el dueño del hotel con alivio.

Peter.

Pero la sorpresa se congeló al instante. Una locomotora, una locomotora enganchada a cuatro vagones de carga mugrientos, surgió de entre las colinas y se detuvo en la estación. Su aparición fue tan repentina como si hubiese salido de un pozo. ¡Adentro!, ordenaron unas voces. Y la gente fue siendo absorbida hacia el interior. Incluso los que estaban con una botella de limonada en la mano, con una tableta de chocolate, el jefe de camareros y el perro, fueron absorbidos sin dificultad, como granos de trigo por un embudo. Y, a pesar de todo, el señor Pappenheim aún tuvo tiempo de decir la siguiente frase: «Si los vagones están tan sucios, es señal de que el camino no es largo».





AHARON APPELFELD, Nació en 1932 en la región de Bukovina, hoy parte de Ucrania, en una familia judía asimilada de lengua alemana. Cuando el ejército nazi ocupa su ciudad es recluido con sus padres en el gueto. Su madre es asesinada y él es deportado con su padre. En otoño de 1942 se evade del campo de Transnitria y sobrevive solo en el bosque acogido por ladrones y prostitutas. En 1946, huérfano, emigra a Israel donde reside desde entonces y aprende la lengua hebrea en la que ha escrito toda su obra. Autor de más de cuarenta obras de ficción y no ficción, sus libros han merecido los más prestigiosos premios literarios de Israel, Francia, Alemania, Italia o los Estados Unidos.

# Notas

[1] Se han mantenido los títulos en inglés de las obras de Appelfeld que cita Roth cuando no existe traducción al español. (N. del E.) <<

[2] Además de partidarios de la estricta observancia de la ley judaica y precursores de los fariseos, los «hasidim» son miembros de una secta fundada por Israel ben Elizier en la Polonia del siglo XVIII. Tiene reminiscencia de la Cábala y es de carácter profético. La secta aún existe, y sus dirigentes espirituales han influido notablemente en la vida judaica y en ciertos teólogos contemporáneos, por mediación de Martin Buber. (*N. del T.*) <<

[3] Vocablo yiddish, pasado al ruso, de muy difícil traducción: un perdedor, un torpe; el sentido no coincide exactamente con el del mismo vocablo en alemán. (*N. del T.*)

<<

[4] Shmuel Yosef Agnon (1888-1970) fue el primer escritor en lengua hebrea a quien se concedió el premio Nobel de Literatura, en 1966. (*N. del T.*) <<

[5] «Goy» significa «pueblo», «nación», en hebreo. Entre los judíos actuales, el término, cuyo plural es «goyim», se utiliza para designar a un no judío, un gentil, como los gitanos llaman «payos» a todos los no gitanos, sin más distinción. (*N. del T.*) <<

[6] Pequeña ciudad judía típica de la Europa oriental. (*N. del T.*) <<